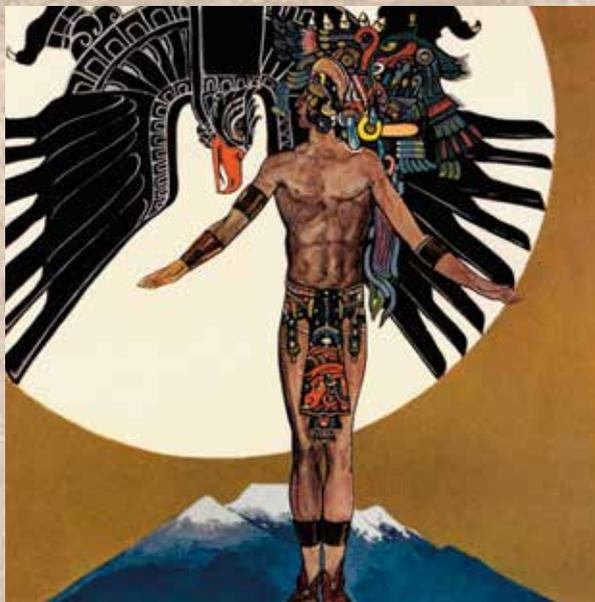


LECTURAS CLÁSICAS



AMÉRICA

ANTOLOGÍA

V

LECTURAS CLÁSICAS



CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Dip. TOMÁS BRITO LARA, <i>Titular</i> <i>Presidencia</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Dip. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, <i>Titular</i> Dip. ELIGIO CUITLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, <i>Titular</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, <i>Titular</i> Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO DEL TRABAJO	Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, <i>Titular</i> Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO	Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, <i>Titular</i> Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, <i>Suplente</i>
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO NUEVA ALIANZA	Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, <i>Titular</i> Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, <i>Suplente</i>
SECRETARIO GENERAL	Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA
SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS	Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO
CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA
CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

ÉDGAR PIEDRAGIL GALVÁN
Secretario Técnico del Consejo Editorial

LECTURAS CLÁSICAS



AMÉRICA

ANTOLOGÍA



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS CONSEJO EDITORIAL

ce

MAPorrúa
librero-editor·México

MÉXICO

2014

V

Coceditores	H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura Consejo Editorial, Cámara de Diputados Miguel Ángel Porrúa, librero-editor
Edición príncipe	México, 1924 Departamento Editorial de la Secretaría de Educación © 2013 edición en 2 volúmenes © 2014 edición en 5 volúmenes
Derechos reservados por características tipográficas y de diseño editorial	© 2013-2014 MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor Amargura 4, San Ángel Delegación Álvaro Obregón 01000 México, D.F.
Proyecto y dirección	Miguel Ángel Porrúa
Edición	Aldonza María Porrúa
Textos preliminares	Danner González
Bibliografía	Biblioteca MAP
Diseño	Verónica Santos Omar Ponce
Cuidado editorial	Gabriela Pardo Mónica Beltrán Norma García
Arte digital	Moisés Yrizar Gerardo Cruz José Luis Martínez
Apoyo técnico	Antonia Peralta Teresa Santana

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA
ISBN 978-607-401-849-3 TOMO V

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.





ESTAS LECTURAS



DISCURSO SOBRE AMÉRICA

DANNER GONZÁLEZ

Esta colección de Lecturas Clásicas no podría completarse de mejor manera que compendiando textos de América, aunque debe afirmarse que este volumen es más bien una suerte de mapa geopolítico en la cual la memoria oral y la historia nos brindan un gran cuadro donde, por supuesto, lo latinoamericano crece. Hay que tener presente que el siglo XX fue marcado por la intención de generar un sentido de pertenencia a nuestra tierra, lo mismo en textos como el Ariel, de José Enrique Rodó, como en La raza cósmica, de José Vasconcelos.

Se integran aquí poesía y prosa, géneros complementarios que sirven de crisol para una misma realidad. Toda la literatura latinoamericana, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, tiene solamente dos grandes temas: la glosa de la soledad y la búsqueda de la identidad americana. Esta selección forma parte de un programa educativo que aspiró —y continúa haciéndolo— a que el lector cobrara conciencia de su realidad y se situara en su latitud y en su tiempo.

Gabriel García Márquez dijo al graduarse del bachillerato: “Yo no vengo a decir un discurso”. Permítaseme decir que yo, en cambio, sí he venido a decir un discurso, porque América es también oralidad y porque la de los americanos debe ser una voz que, a la manera de Ramón López Velarde, se levante en mitad del foro “para cortar a la epopeya un gajo”.

El contenido de este volumen es un discurso sostenido que encuentra sus raíces en la larga noche de los tiempos, en el florecimiento de las ciudades de Uxmal y Tenochtitlan, a medio camino entre Quito y Cuzco, en los proverbiales poemas de Netzahualcóyotl.

El discurso americano atraviesa el Atlántico a bordo de las tres carabelas de Colón y surca los océanos en el primer viaje de circunnavegación de la historia —primero con Magallanes y a la muerte de éste en Filipinas, con Juan Sebastián Elcano, capitanes siempre ávidos de descubrir nuevas rutas, territorios inexplorados.

Este volumen recorre un vuelo casi fugaz, se ocupa de más de 400 años, inicia con la partida de Quetzalcóatl, pasando por el descubrimiento de América y la defensa de Tenochtitlan en manos de Cuauhtémoc, continúa con la Conquista y la Colonia, donde se advierten tiempos oscuros de expoliación e injusticias en contra de los pueblos indígenas, apenas defendidos por la trémula luz humanitaria de Fray Bartolomé de las Casas. Nos lleva también más allá del Río Magdalena, en el sueño independentista del libertador de América: Simón Bolívar. Narra las luchas libertarias valerosamente sostenidas

por Hidalgo y Morelos, por Sucre y San Martín. Esta es la carta de navegación del esplendor y la esperanza de América. Aquí la realidad y la fantasía se mecen juntas sobre una delgada línea, como un equilibrista sin miedo de caer al vacío.

La historia de los pueblos americanos es la historia ejemplar de sus hombres y mujeres. No se trata de vana palabrería. América ha sido desde sus orígenes tierra de artificio, de imaginación floreciente, de sabios y científicos, de artistas y guerreros. Nuestra estirpe desciende de hombres y mujeres curtidos bajo el sol del esfuerzo, con un hondo sentido de respeto a la naturaleza. Nuestras ciudades precolombinas nada tuvieron que envidiarle nunca a Egipto, Roma o Constantinopla.

Sabemos quiénes somos y de qué somos capaces los latinoamericanos. Nos queda el deber puntual de construir un futuro acorde a la grandeza de nuestro pasado y a las expectativas del presente. Que la lectura de estos textos sirva para reafirmar nuestra fe en América y para hacer viable el gran proyecto del maestro Vasconcelos: ¡Que por nuestra raza, hable el espíritu!



TEXTOS PREVIOS



LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN

DANNER GONZÁLEZ

A casi un siglo de distancia, la cruzada educativa de José Vasconcelos sigue siendo la más importante que se haya hecho en México por la claridad de sus objetivos y a pesar del alcance de sus medios. Vasconcelos soñó con una república de hombres y mujeres instruidos. Había nacido en la provincia mexicana y conocía de cerca la miseria de sus paisanos, su analfabetismo y su consecuente pobreza cultural y material. Sabía que el 80 por ciento de la población era iletrada y que la mitad ni siquiera hablaba español. Definió bajo un lema en apariencia simple, los grandes ejes sobre los cuales habría de definirse la política cultural del momento: “Alfabeto, pan y jabón”; revitalizó la Universidad Nacional e impulsó decididamente la Secretaría de Educación Pública y las escuelas rurales, además de influir en innumerables misiones educativas y embajadas culturales.

En los años veinte del siglo pasado, el libro era un objeto cultural “demasiado raro, demasiado caro y demasiado

inaccesible”.¹ Agotada ya la primera década de este nuevo siglo, el libro continúa siendo raro y caro. Este nuevo esfuerzo editorial pretende hacerlo accesible. La única solución a los grandes problemas nacionales sigue siendo la misma que planteó Vasconcelos: educación, educación y más educación.

En el canon propuesto por Vasconcelos para estas *Lecturas Clásicas* en 1924, se agrupan en el primer volumen los fundamentos místicos de la humanidad, el encuentro de los hombres y los dioses: “Los Vedas” y “El Ramayana”, la literatura en sánscrito de Oriente, la vida de Buda, los cuentos y poemas de Tagore, “La Ilíada” y “La Odisea”, las historias bíblicas del “Antiguo” y “Nuevo Testamento”, y en la estructura original de su segundo volumen se incluye, entre otros: “El Cantar del Mío Cid” y “El Quijote”, “El Juglar de Nuestra Señora”, “Tristán e Isolda”, “Parsifal”, “El Rey Lear”, “La tempestad”, “Cuentos de Tolstói”, cuentos de Andersen y los Hermanos Grimm, leyendas americanas y textos históricos sobre Colón, Magallanes, Simón Bolívar, Hidalgo y Morelos, entre otros. Las estampas de Roberto Montenegro y los grabados de Gabriel Fernández Ledesma, además de descansos visuales, son un goce estético para el lector.

La épica o se vive o se lee, pero siempre se aprende a recrearla en la imaginación. No hay cineasta tan grande ni

¹Claude Fell, *José Vasconcelos: Los años del águila, 1920-1925: educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, UNAM, México, 1989, p. 479.

producción tan colosal para contarnos con exactitud la majestuosidad del palacio de Aladino o el combate de Áyax y Héctor. En cambio las espadas de los Atridas sonarán con la misma intensidad en nuestros oídos, siempre que visitemos las páginas de las *Lecturas Clásicas*.

Esta es una obra para recrear y sentir deseos de volver a crear el mundo. Cervantes escribió “El Quijote” y al parecer, Salvador Novo fue quien lo adaptó para niños.² Luego entonces Novo sería autor de Cervantes, reflejo de Avellaneda,³ de Cide Hamete Benengeli⁴ y del creador de “Pierre Menard, autor de El Quijote”.⁵ Es probable que de entre los lectores de estas obras surjan mañana escritores clásicos de los grandes temas de su tiempo. Lo imposible, escribe Borges, es no componer, siquiera una vez “La Odisea”.

Me vincula a estas lecturas un cariño especial, porque fueron los libros de cabecera de mi infancia. Por eso, cuando Miguel Ángel Porrúa me encargó hacer una incitación a la lectura de estos textos me pareció que no podía encargármese tarea más bella y más gratificante. Aquí

²Blanca Rodríguez, “El Quijote en las *Lecturas clásicas para niños*”, en María Stoopan (coord.), *Horizonte cultural del Quijote*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. 303.

³A Alonso Fernández de Avellaneda (seudónimo), se le atribuye el segundo tomo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Tarragona, España, 1614.

⁴Cide Hamete Benengeli (historiador musulmán), personaje creado en el texto de la novela de Cervantes quien afirmaba que ésta había sido escrita, a partir de su capítulo IX, por este personaje. Se trata de un giro literario metaficcional para dar credibilidad al texto. Sostenía que la historia presentaba décadas de antigüedad y que don Quijote fue un personaje real.

⁵Título de un relato escrito por Jorge Luis Borges, mismo que se incluye en su libro *Ficciones*, 1944.

están los pilares de la civilización entera. Esta selección compendia las bases sólidas, reales y ficticias, humanas y divinas, sobre las que la humanidad ha cifrado a lo largo de su historia, sus alegrías y sus miedos, el lamento de sus horrores y sus cantos de esperanza.

En esta nueva edición desaparece el adjetivo “para niños”, porque como deben verse, son lecturas para niños y jóvenes, pero también para hombres y mujeres de todas las edades. Son libros para formar lectores. A pesar del imperio de la imagen en nuestro siglo, tendremos relatos mientras tengamos el beneficio de la palabra en libertad, mientras no nos dejemos esclavizar por el televisor, mientras sigamos entendiendo que los libros son una de las mejores creaciones del alma humana. Allí donde haya un lector, la palabra escrita seguirá encendiendo la imaginación.

Tenemos que devolver a las bibliotecas su carácter formador del espíritu y del lugar donde germinan las ideas que han ordenado y prefigurado por siglos a las sociedades. Que nunca más se les asocie como lugar de aburrimiento, porque allí viven las grandes historias que desatan la imaginación y la creación, estímulos esenciales de la grandeza humana. Que nunca más vuelvan a calificarse como el lugar donde van a morir los libros, sino que vuelvan a ser espacios de alegrías y de consolación de penas, lugar de amor y desamor, morada de héroes y campo de épicas batallas, sitio donde habita la poesía, lugar de rito, anunciación y profecía.

A GUISA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO*

JOSÉ VASCONCELOS

Todo el que haya comparado nuestro ambiente hispanoamericano y aun español, con la cultura intensa de los países anglosajones, se habrá dado cuenta de lo escaso que son entre nosotros los libros; no tanto por su carestía, sino por lo difícil que comúnmente se hace encontrarlos, entre otras causas porque no existen traducidos a nuestro idioma. De allí que para hacer en nuestra raza, obra de verdadera cultura sea menester comenzar por crear libros, ya sea escribiéndolos, ya sea editándolos, ya traduciéndolos. Un hombre que sólo sepa inglés, que sólo sepa francés, puede enterarse de toda la cultura humana; pero el que sólo sabe español, no puede juzgarse, ya no digo culto, ni siquiera informado de la literatura y el pensamiento del mundo. Y siempre será para nosotros un bochorno tener que aprender lenguas extrañas, no sólo para comunicarnos

*El texto de José Vasconcelos se refiere a la obra de la cual emana el presente volumen. *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.

con nuestros semejantes, lo cual estaría muy bien, sino aun para conocer el pensamiento del mundo.

Si los gobiernos de nuestros pueblos castizos tuvieran siquiera una noción de los deberes que impone el destino de una raza, si los gobernantes pudieran ver un metro más allá del ruin interés personal y de la corta preocupación del momento; si su patriotismo fuera de verdad un sentimiento elevado de decoro y de amor común, ya hace mucho tiempo que nuestras repúblicas se habrían puesto de acuerdo para establecer una casa editorial enorme, que diera a los 90 millones de hombres de habla española, todos los libros de que hoy carecen, escritos en su lengua y vendidos a mínimo precio. Urge fundar ya que no un gobierno común, por lo menos un Consejo Educativo Cultural, que dirija el pensamiento y el desarrollo espiritual de este pueblo.

Pero ya que éstos son por ahora sueños irrealizables, nosotros resolvimos dedicar atención siquiera a las realizaciones parciales, y reflexionando particularmente en lo que leen los niños en las escuelas primarias, echamos de menos la maravillosa literatura infantil que han creado o traducido los ingleses, adaptándola siempre ingeniosamente a su propio temperamento. En cambio nuestros textos de segundo y tercer año son una prueba lamentable de que apenas copiamos las formas de la cultura, pero sin penetrar su intención. ¿Por qué graduar la lectura en dos y tres libros, si esto está muy bien en inglés, donde cada palabra tiene que ser aprendida ortográficamente, además de

ideológicamente, mientras que en nuestro idioma, quien aprende a leer un buen libro de primer año, ya puede entender cualquiera otra obra escrita? ¿Por qué no se ha visto que estas lecturas graduadas tienen por objeto realizar ejercicios de deletreo (*spelling*), que en nuestro idioma son completamente absurdos? ¡En cambio, no se advierte que los ingleses complementan sus libros de simple ejercicio de lectura con cuentos maravillosos y lecturas de clásicos adaptados a la imaginación infantil! ¿Por qué el niño de México atiborrado de textos ha de carecer, sin embargo, de esa amenidad de información literaria que un niño de habla inglesa adquiere desde el tercer año de su enseñanza?

Tales reflexiones quedaron englobadas hace algunos años en una circular —que pasó inadvertida— la cual recomendaba que se substituyeran los textos mediocres con lecturas originales o adaptadas de *La Iliada* y *La Odisea*, del *Quijote* y el *Romancero*. En honor de la verdad, la circular que menciono quedó sin efecto, no sólo por la indiferencia con que fue acogida, sino porque padecía del vicio tan común a nuestras leyes de mandar hacer las cosas, antes de que existan los medios de ejecutarlas. Sucedió con ella, en menor escala, lo que con nuestra famosa ley de enseñanza obligatoria y con los decretos de algunos generales revolucionarios, que han dictado penas severas contra el que no aprenda a leer; sucede que nadie toma en cuenta todo esto, por la sencilla razón de que no hay escuelas ni libros donde se pueda aprender. Si tuviésemos más sentido de

gobierno, ya desde el 57, a la vez que dictar leyes copiadas sobre enseñanza obligatoria, hubiésemos dedicado algunas de las fincas expropiadas al clero, para formar fondos de enseñanza, antes de permitir que los bienes desamortizados llegasen a constituir fortunas privadas y latifundios que han sido una nueva calamidad social.

Así nos pasó a nosotros con la circular aludida, no pudo permanecer en práctica porque no se hubiese podido encontrar un número suficiente de ejemplares. Al darnos cuenta de ello, pensamos que se podría hacer una gran edición infantil del *Quijote* para regalarla por todo el país, y en efecto, pudimos arreglarnos con una casa española que nos ha vendido 50 mil ejemplares, muy aceptables, a un precio extremadamente bajo.

Así que estuvo en nuestro poder la edición de referencia, el señor doctor Bernardo J. Gastélum, subsecretario de Educación, mandó expedir una nueva circular en la que con mayor acopio de datos se señalaron los defectos de los textos usuales de lectura y la conveniencia de que los niños se instruyesen en los mejores ejemplos de la literatura universal, adaptada convenientemente a sus capacidades.

Esta segunda circular superó a la primera, cuando menos por las resistencias que ha suscitado. Muchos libreros se sintieron lastimados en sus intereses; algunos pedagogos se creyeron postergados; los diarios —con incompleta información sobre el asunto— escribieron, sin embargo, sesudos editoriales, condenando nuestros

proyectos. Finalmente las principales casas editoras interpelan al suscrito en un concurrido banquete. El Estado no debe editar libros, nos dijeron “porque al hacerlo arruina a la industria privada, mediante una competencia desleal”. Los niños no deben leer los clásicos, agregaron, “porque no están al alcance de sus pequeñas inteligencias”.

Repusimos que el Estado tiene el derecho de abaratar el libro y difundirlo, aun cuando por hacerlo se arruinen 20 empresas, pero que en realidad lo que tendría que pasar era que todos aquellos que han aprendido a leer en el millón de libros repartidos por el gobierno tendrían que volverse clientes de los editores, porque tenían que seguir leyendo, y así, lo que hubieren dejado de vender de cartillas de enseñanza, lo recuperarían con creces, con los libros de todo género que un pueblo instruido consume.

Por lo que hace a la lectura escolar, les hicimos ver la petulancia con que nosotros los mayores juzgamos el cerebro infantil. Nuestra propia pereza nos lleva a suponer que el niño no comprende lo que a nosotros nos cuesta esfuerzo; olvidamos que el niño es mucho más despierto y no está embotado por los vicios y apetitos. Tanto es así, agregué, que me atreví a formular la tesis de que todos los niños tienen genio y sólo al llegar a los 16 años nos volvemos tontos. Además, les dije, es menester desechar el temor de los nombres que no se comprenden bien: la palabra CLÁSICO causa alarma; sin embargo, lo clásico es lo que debe servir de modelo, de tipo, lo mejor de una época.

Lo que hoy llamamos genial, será clásico mañana, y lo clásico es lo mejor de todas las épocas. ¿Por qué ha de reservarse eso para los hombres maduros que frecuentemente ya no leen? ¿Y por qué a los niños se les ha de dar la basura del entendimiento únicamente porque nosotros suponemos que no entienden otra cosa?

Sin embargo, todos los problemas sociales, fáciles en la teoría, encuentran escollos a veces insuperables en la práctica. ¿Cómo íbamos a hacer para dar a los maestros los libros cuyo empleo se les recomienda? ¿Dónde están en castellano los bellos cuentos, las adaptaciones de Shakespeare y de Swift, de Grecia y Roma, que andan en las manos de todos los niños ingleses? Hay, es claro, unas cuantas obras, debidas a la reciente actividad de los editores de España; pero no bastan ni por el número, ni por la extensión, ni por el precio.

Se hace menester, por lo mismo, fabricar los libros; así como es necesario construir los edificios de la escuela. Y aquí está el presente libro, creación desinteresada de colaboradores de la Secretaría de Educación Pública, seis nobles ingenios que han puesto su esfuerzo a disposición de los niños de habla castellana.

Quien examine el índice de esta obra advertirá que se trata de una selección respetuosa de toda la literatura universal, depurada sin empequeñecimientos, rica y amena.

Podrá parecer extraño al criterio superficial que se mezclen tesis tan disímiles como el *Aladino* y el *Prometeo*

y la *Historia de Sarmiento* o de *Bolívar*; pero a esto hay que responder que es así la vida de compleja en la apariencia, aunque uniforme en su sentido profundo y alto. En todo caso, se ha observado el único criterio posible en una selección de esta índole, el criterio cronológico combinado con el de calidad.

Se nos ha sugerido que se adicione el volumen con noticias históricas, con reseñas geográficas; nos hemos negado porque no nos propusimos hacer una enciclopedia; quisimos ofrecer a los niños una visión panorámica ordenada en el tiempo, y la enseñanza profunda que sin duda derivarán de sentirse en contacto con los más notables sucesos, los mejores ejemplos y las más bellas ficciones que han producido los hombres.

JV

[*Ciudad de México, 1924*]

RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN*

BERNARDO J. GASTÉLUM

El niño posee dentro de sí mismo, cierta potencialidad de desarrollo que le basta por sí sola para ejercitar determinadas adquisiciones mentales; la acción docente, cuando no la respeta, resulta errónea, porque hace artificiosa la enseñanza, ahogando la espontaneidad y mecanizándola. No hay que discutir la utilidad de obras preparadas para facilitar formas especiales de conocimiento, frecuentemente se exagera esta modalidad, produciendo en el espíritu estrechez que lo mantiene dentro de un infantilismo forzado, ya que las materias de enseñanza carecen en sí mismas de la parte estimulante que deben tener para facilitar su aprendizaje.

El espíritu que se educa bajo una disciplina fecunda, tiene en todos los instantes de su evolución, en derredor de los conocimientos formados, una penumbra de ideas, hipótesis, etcétera; de aquí su progreso continuo; en cambio, el individuo que sólo lee textos, sabe o no sabe, sin término medio, todo lo aprecia dentro de fórmulas hechas.

*Texto tomado de *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.

La intención de hacer a todas horas obra pedagógica, echa a perder el mejor propósito y es causa fundamental de errores de enseñanza; en tanto que si tiene por condición permanecer siempre accesible y ser constantemente penetrable, los niños la soportan celebrándola, porque ennoblece su espíritu formándoles su gusto literario y artístico. La acción de las lecturas en esta forma, es continua, nunca pierde su interés, ya que cumple con aquel principio de psicología experimental que ha servido de base para grandes innovaciones pedagógicas, “de la penetración de lo parcialmente inteligible”, que debe exigirse a todo el material pedagógico; y no sucederá, como ahora con las lecturas escalonadas, que su acción es momentánea, perdiendo su interés de un día para el otro, no educando por consecuencia y obstruyendo el desarrollo mental del niño; pues los libros exclusivamente para niños, les parece a ellos mismos demasiado pueril lo que contienen, la inteligencia del niño descubre con frecuencia algo que no le agrada en esa afectada simplicidad de los textos, les ocurre exactamente lo que nos pasaría a nosotros con libros que nos fueran hechos para nuestra edad y profesión.

Los libros de lectura para escuelas son obras en que falta inspiración, y aunque la tuvieran, por ser hechos por inteligencias eminentes, pierden su carácter por el solo hecho de ser textos, estando, por este motivo, dentro de cierto radio.

El idioma español se pronuncia generalmente como se escribe. Desde el momento que el niño después de su primer año de escuela debe dominar los fundamentos de la lectura

mecánica, la práctica de continuar obligándolo a que use textos para aprender a leer durante los años sucesivos de escuela, obliga a su espíritu a que se mantenga dentro de cierto plan mental, hecho condenado por las investigaciones psicológicas, en las que se basan los métodos pedagógicos modernos, ya que generalmente esos libros los forman lecturas peptonizadas.

La existencia de esos libros tiene su explicación en aquellos países cuyo idioma se escribe en una forma y se pronuncia en otra distinta; pero entre nosotros, ha resultado una imitación servil de los métodos sajones. Por consiguiente, desde el momento que el niño ha cursado su primer año escolar, habiendo aprendido a leer, esta Secretaría considera conveniente, que las prácticas sucesivas de lecturas, en los años posteriores de escuelas, se hagan en ediciones de clásicos apropiadas a su edad, para lo que desde luego se procederá a formar un libro. Estas lecturas, al mismo tiempo que perfeccionarán al niño en este ejercicio mucho mejor que lo hacen los malos textos de lectura usados hasta ahora, servirán manteniendo siempre su interés, para formar su gusto literario y artístico, puesto que desde una edad temprana, habrán estado en contacto con espíritus verdaderamente superiores, no dándose el caso, como sucede ahora, que hay jóvenes que llegan a adquirir un título profesional y en ninguna ocasión de su vida han leído un verdadero libro.

BJG

[Ciudad de México, 1924]



AMÉRICA





LAS LEYENDAS





EL CÍMBALO DE ORO

ANTONIO MEDIZ BOLIO

En el tiempo que no se cuenta hubo en la Tierra del faisán y del venado un pueblo feliz. Feliz el pueblo de aquel reinado porque olvidando guerras y sacrificios supo cuidar los campos de tal modo, que hasta los cerros florecieron y más feliz el rey sabedor de los bienes de sus súbditos, viendo ensancharse la ciudad, rica ciudad, alrededor del Palacio Blanco que habitaba, siempre guardado por muchos y muy buenos guerreros devotos de la “serpiente de plumas de oro”, su jefe y señor.

Pero la mano que todo lo domina, la que reparte el rocío del cielo y el calor de la tierra, tenía dispuesto lo que sucedió y que vais a oír.

Cerca de los dominios del rey Feliz y en la falda de un monte misterioso, habitado por corcovados, había un pueblo y en el pueblo una vieja hechicera que conocía los secretos de las hierbas y podía recoger la plata de la luna. Habitaba una cabaña formada con tierra y hojas de palmera en el confín del pueblo; nadie vivió en ella nunca sino la vieja desde hacía

muchos años, hasta que sintiendo próxima su muerte, quiso tener un hijo. Para lograrlo, fuese una noche al monte de los corcovados misteriosos y de ellos recibió un huevo grande, mucho más grande que los de las águilas, que puso a incubar debajo de la tierra de su choza.

Del huevo brotó un niño con cara de hombre que no creció más de siete palmos y dejó de crecer; pero era despierto como una ardilla y desde que nació hablaba y sabía tantas cosas que maravillaba a la gente. La vieja contó que era su nieto, para que se lo creyeran.

La vieja acostumbraba ir todos los días con su cántaro a traer agua del pozo público, y el enano quedaba solo en la casa y lo registraba todo.

Sucedió que él había puesto su atención en que su abuela no se separaba nunca de las tres piedras del hogar, y, cuando iba a salir, lo tapaba cuidadosamente. El enano quiso saber lo que había allí escondido.

Para esto, como era sagaz y malicioso, imaginó hacer un agujero en el fondo del cántaro, para que cuando la vieja fuese con él por agua, no lo pudiese llenar y tardara mucho y entonces él tuviera tiempo de remover las cenizas del fogón.

Y aquel día, mientras la abuela estaba esperando que el cántaro agujereado se llenara, el enano fue y removió las cenizas y metió las manos adentro de ellas; y he aquí que sacó afuera un címbalo de oro. Y fue y lo golpeó con una varita.

Y el címbalo resonó con un sonido terrible, como el de un trueno espantoso, que se oyó en toda la tierra y la estremeció.

Corre y viene la abuela y dice desolada al enano:

—¿Qué has hecho infeliz?...

Y él dice:

—Yo no he hecho nada, un pavo fue el que gritó dentro del monte. Y ya había ocultado presuroso el címbalo bajo las cenizas. Pero la vieja sabía la verdad y no le creyó.

Estaba dicho que aquel que encontrara el címbalo de oro escondido debajo de la tierra y del fuego, haciéndolo sonar, destronaría al Rey Feliz del vecino reinado, por lo que la noticia se esparció por toda la comarca con gran alboroto, y el viejo rey que estaba dormido en la casa blanca, despertó y de los pies a la cabeza tembló de espanto.

Hizo marchar a sus hombres por todos los caminos a buscar al que había tocado el instrumento terrible de la terrible música; los que encontraron al enano lleváronlo delante del viejo rey, quien lo esperó sentado en su trono en medio de la plaza y debajo de una ceiba que tenía mil años.

Todos los consejeros del rey rieron al ver llegar al enano pensando que era muy pequeño para destronar a su Señor, por lo que le aconsejaron lo pusiera a prueba. Entonces dijo el anciano rey al enano:

—Si en verdad eres el que ha de sucederme, demuéstalo.

Y el enano contestó:

—Pregunto, cómo he de demostrarlo.

Y dijo el rey:

—Si eres tú quien ha de sucederme, has de tener más sabiduría que yo mismo. Dime pues, sin equivocarte en uno solo, cuántos frutos hay en las ramas de esta ceiba que nos tiene a su sombra.

Y el enano miró las ramas del árbol grande, lleno todo de frutos menudos, y respondió:

—Yo te digo que son 10 veces 100 mil y dos veces 73 y si no me crees, sube tú mismo al árbol y cuéntalos uno por uno.

Quedó confuso el viejo rey; pero entonces salió de la ceiba un gran murciélago que le dijo al oído:

—El enano ha dicho la verdad.

Mas no se dio por vencido y para proponer al enano una segunda prueba, levantó los ojos llenos de orgullo y dijo:

—Bien saliste, al parecer, de la primera prueba; pero esto no es bastante. Mañana mandaré que alcen un tablado en medio de esta plaza y allí, delante de todo el mundo, el ministro de Justicia romperá sobre tu cráneo, con un mazo de piedra, una medida llena de cocos. Si puedes quedar a salvo, será verdad que eres el rey venido a substituirme.

Oyó el enano y dijo:

—Consiento, pero siempre que aceptes sufrir la misma prueba si yo quedo vivo.

—Yo sufriré lo mismo que tú puedas sufrir, dijo el rey viejo. Vuelve, pues, por donde viniste y preséntate mañana aquí.

—Iré y volveré, habló el enano. Pero el camino que trae aquí desde mi casa es estrecho y pedregoso, no es camino para que pase un rey. Yo haré uno digno de mí y por él vendré mañana a buscarte. Descansa, te deseo.

Y el enano se volvió a la cabaña de su abuela. Y no se sabe cómo, pero durante esa sola noche, el camino que llevaba a los dominios del rey, fue todo hecho de piedra lisa y brillante. Por él caminó al amanecer el enano con la vieja y gran cortejo de

gentes asombradas, hasta la presencia del rey, que muy espantado estábale esperando, sin haber dormido en toda la noche.

Delante de todo el pueblo subió el enano al tablado y el ministro de Justicia rompió sobre su cabeza, uno por uno, todos los frutos de palmera que estaban preparados, golpeándolos con un pesado martillo de piedra. El enano no se movió ni hizo otra cosa que reír con una pequeña risa, pues sabía que su abuela le había puesto, secretamente, una plancha de cobre encantado debajo de los cabellos. Por eso no sintió nada.

Cuando el viejo rey lo vio levantarse vivo y sano se estremeció diciendo entre dientes: “Sí es”. Pero no cedió, porque el tener poderío sobre los hombres es cosa muy dulce que no se deja fácilmente y así dijo al enano:

—Bien está. Pero como es preciso que no quede duda de que eres mi sustituto, soportarás otras pruebas, duerme por hoy en mi casa blanca y mañana hemos de ver.

A lo que contestó el enano:

—Permaneceré en la comarca; pero no en tu palacio que no es digno de un rey como yo. Durante esta noche, levantaré un palacio digno de mí y de él me verás salir mañana.

Y así fue. Delante del palacio del viejo rey apareció a la mañana siguiente uno más alto, labrado y deslumbrante, todo de piedra pulida. Por la soberbia puerta salió el enano y bajó la escalera acompañado por muchos vasallos (alguien dijo que los vasallos eran los corcovados del monte). Así llegó hasta donde el viejo rey estaba, turbado y temeroso. Y propuso al enano la tercera prueba:

—Hagamos cada uno una estatua a nuestra propia imagen y pongámosla a arder en el fuego. La estatua que el fuego respete será la de aquel que deba ser rey.

—Bien está —dijo el enano— comienza tú.

El viejo rey hizo su estatua de madera durísima y en cuanto la puso al fuego, se consumió reduciéndose a ceniza y carbón.

Entonces le dijo el enano:

—Te hago gracia, puedes fabricar otra si quieres.

El viejo rey, tembloroso, hizo afanosamente otra estatua suya y la hizo con la piedra más dura; pero en cuanto la pusieron en el fuego, se deshizo en ceniza de cal.

—Déjame por merced, hacer la última —pidió al enano suspirando. El enano, que reía con su pequeña risa, aceptó, y entonces el viejo rey hizo otra estatua y ésta fue de metal brillante; mas en cuanto la acarició el fuego, se derritió como si fuera de cera tierna.

—Vencido estoy, dijo el viejo rey, más apesadumbrado, a no ser que la estatua que tú hagas se queme tan fácilmente como éstas.

Y el enano siempre con su pequeña risa, fue y trajo barro mojado y con él hizo una figurita muy parecida a su persona. La puso en el fuego, y en el fuego, mientras más se cocía, más fuerte y fina era la estatua de barro.

Maravillado el pueblo y convencido de la verdad del enano, pidió fiestas para coronarlo nuevo rey. Pero el enano dijo:

—No puedo coronarme mientras aquí no haya un palacio para mi vieja madre y otros para los príncipes de mi corte, y muchos más para mis guerreros, y un monasterio para las vírgenes del fuego, y una gran plaza para los espectáculos, y un

gran templo. Mañana veréis todo esto y mucho más. Ahora, que el viejo rey sufra las pruebas que yo he sufrido, pues así está pactado.

Y el viejo rey fue puesto a la prueba del martillo y al primer golpe quedó muerto.

Como lo había prometido el nuevo rey enano, al amanecer del otro día vio asombrado, el pueblo, resplandecer una gran ciudad (la grande Uxmal) con numerosos palacios, primorosamente labrados en piedra y numerosos templos y sitios especiales para el juego de pelota.

Fue suntuosa la coronación del nuevo rey y hubo muchas bellas danzas en su honor.

“Así floreció Uxmal, como ninguna ciudad del mundo, bajo el reinado de aquel rey. El pueblo se dedicó al cultivo de las artes más bellas; aprendieron a moldear los metales que traían de lejos y a dibujar en la piedra cosas delicadas, y a labrar los hilos de colores vivísimos y variados y a tejerlos y a hacer con las pieles de los animales adornos y rodelas. Aprendieron muchos secretos de curar con hierbas y supieron la virtud de las piedras verdes y de las amarillas. Tuvieron conocimiento del hablar bonito y jugaron con las palabras como con las flechas en el aire, y fueron perfectos en la música para la cual inventaron muchos instrumentos nuevos”.

Cuando después de 60 vidas de hombre murió el enano rey que hizo a su pueblo más feliz que enantes, todos los hombres lo lloraron e hicieron estatuas con su efigie, de barro fino, pintadas de colores brillantes, para no olvidarlo nunca, y muchos guerreros guardaron su tumba en donde floreció el odorante árbol del copal.



QUETZALCÓATL

Blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos negros y barba tupida de oro rizado, era Quetzalcóatl el sumo sacerdote de Tula, dueño de los vientos, adorado por los pueblos toltecas en la remota antigüedad de México.

Nadie supo nunca de dónde había venido. Tal vez de otro país atravesando el mar en la estrecha carabela del milagro; pero como el sabio y prudente Quetzalcóatl enseñó a su pueblo las artes más difíciles como fundir y trabajar la plata, labrar las piedras verdes que se llaman “chalchivites” y otras hechas de conchas coloradas y blancas, el arte de trabajar las plumas de los pájaros, fue elegido rey tributándole desde entonces honores sin cuento.

Dictó para su pueblo leyes sabias y austeras como su vida misma, leyes que hacía publicar a un pregonero desde el Monte de los Clamores para que se oyeran hasta 300 millas lejos.

Por honestidad llevaba siempre largo el vestido. Habitaba en palacios milagrosos, unos de plata, otros de turquesas, otros de plumas como enormes nidos y otros de “chalchivites”, la

piedra suntuaria que sus vasallos, de ligero andar, traían desde muy lejos.

En tiempos de Quetzalcóatl el pueblo recibió los beneficios de los dioses y cuentan que la tierra producía mazorcas de maíz del tamaño de un hombre, cañas altas y verdes como árboles, algodón de colores, por lo que no era menester teñirlo, y aves desconocidas de pluma y canto, por lo que nada faltaba a los habitantes de la dichosa Tula.

Mas vino el tiempo malo y la fortuna de Quetzalcóatl y de los toltecas acabó para siempre. Los dioses, disfrazados de nigrománticos o viejos hechiceros, vinieron a la tierra con el propósito de destronar a Quetzalcóatl y arrojarlo de sus dominios.

Para lograrlo, uno de los nigrománticos, llamado Vitzilopuchtli presentóse en el palacio real pidiendo hablar con Quetzalcóatl. Los pajes, temerosos de molestar a su amo, trataron de convencer al anciano Vitzilopuchtli que debía marcharse; mas tanto insistió el hechicero que obtuvo al fin lo que deseaba.

Quetzalcóatl, sentado en un trono resplandeciente de piedras preciosas, recibió al forastero diciéndole:

—¿Hijo, cómo estás y qué deseas?

—Deseo —respondió Vitzilopuchtli— ofreceros la esencia que cura todos los males devolviendo la juventud.

—Enhorabuena —repuso con alegría el rey—, hace días que te aguardo, pues me siento enfermo y dolorido.

—Entonces bebed de este elíxir, que el corazón de quien lo bebe se ablanda hasta sentirse feliz.

Dijo el hechicero presentando a Quetzalcóatl una fina vasija de barro esmaltado. Bebió el rey del líquido y a los pocos

instantes notó que, efectivamente, ya no sentía dolores en el cuerpo por lo que bebió más sin saber que el hechicero pretendía embriagarle con el vino blanco de la tierra, hecho de magueyes y llamado “Teumetl”, para conducirlo más tarde y fácilmente fuera de la ciudad.

Tanto bebió Quetzalcóatl de aquel líquido blanco desterrador de males, que al fin la embriaguez apoderóse de su corazón haciendo germinar en su cerebro la idea de partir para siempre.

—¿A dónde iré, hijo? Aconséjame. Quiero salir de Tula para siempre.

—Irás a Tlapallan —repuso el hechicero satisfecho de los efectos de la bebida blanca— que ahí te espera otro anciano como yo y si haces lo que te indique, volverás a ser más joven que cualquier mancebo feliz.

Entre tanto, otro de los nigrománticos, para evitar que su pueblo defendiese a Quetzalcóatl, quedó en la plaza repartiéndolo a los toltecas del mismo vino blanco hasta embriagarlos. Cuando lo consiguió, sentóse en medio del mercado haciendo bailar a un muchacho sobre la palma de su mano para llamar la atención.

Pronto vióse rodeado por una muchedumbre de curiosos que atisbaban los movimientos del muchacho sobre la palma de la mano del hechicero. Todos se preguntaban: ¿Qué embuste es éste? ¿Cómo puede bailar un muchacho sobre la palma de una mano? Debe ser hechicero. Démosle muerte a pedradas por practicar la brujería.

Así lo hicieron y después de muerto, comenzó a heder el cadáver del brujo, por lo que decidieron los toltecas llevarlo

fuera de la ciudad. Quisieron levantar el cuerpo muerto sin lograrlo, por que pesaba como un fardo de los más grandes, y entonces le ataron alrededor del cuello una soga de pita resistente para llevarlo a rastras al campo fuera de la ciudad.

Pesaba tanto el cadáver, que la soga revéntose cuanto tiraron de ella muchos toltecas, lanzándolos a distancia y muriendo todos del golpe. Otros toltecas sustituyeron a los primeros, reforzando las sogas, y nuevamente cayeron en tierra como los otros.

Cuando, muertos muchos toltecas, comprendió Vitzilopuchtli que sin dificultad podría salir de Tula Quetzalcóatl, aún embriagado como estaba, acompañóle hasta las puertas de la ciudad permitiendo que fueran con él algunos de sus pajes y vasallos. Después dedicóse a quemar todas las casas de plata y concha y plumas que encontró. Incendió los campos. Apedreó a los pájaros lindos, dejando en ruinas la antigua y próspera ciudad de los toltecas.

Quetzalcóatl, seguido por sus fieles servidores, tomó el camino que conduce al mar. Cuando llegó a un sitio que llaman Quautitlán, debajo del árbol más grande y más grueso, sentóse a descansar. Se le notaba triste. Pidió a uno de sus vasallos un espejo, miró su rostro y dijo: “Soy un anciano, justo es que me suceda lo que me sucede”. Después, como último gesto de dominio y de sabiduría, tomó piedras del camino y apedreó el árbol. Todas las piedras que tiró Quetzalcóatl se incrustaron en el árbol y ahí quedaron para siempre como símbolo de su fuerza divina.

Al son de flautas que, para alegrarlo, tañían sus servidores, continuó el rey el camino hacia el mar.

Cuando llegó a un sitio que llaman Talnepantla, viendo por última vez y a lo lejos las ruinas de su ciudad antigua y próspera, lloró tristemente, hasta necesitar apoyarse con las manos en la roca para no caer. Sentóse sobre una piedra grande y siguió llorando hasta la hora en que voló el último pájaro.

Las manos de Quetzalcóatl quedaron para siempre señaladas en la roca, y sus lágrimas horadaron la piedra como símbolo de su dolor de rey.

Cuando llegó a un sitio que se llama Coahpa, los hipócritas hechiceros vinieron a su encuentro aparentando disuadirlo del viaje que emprendía.

—Quetzalcóatl, ¿a dónde vas? ¿Por qué abandonas a tu pueblo? Preguntáronle. A lo que respondió majestuosamente el rey:

—Ahora nadie podrá impedirlo, ni vosotros que lo causásteis. Voy a Tlapallan a donde me llama el sol.

—Ve enhorabuena; pero déjanos la sabiduría de las artes para fundir plata, para labrar las piedras preciosas, para tejer plumajes y decorar vasijas.

Entonces, Quetzalcóatl, quitándose las muchas y preciosas joyas labradas que llevaba, arrójolas en una fuente, como lo hace el día con las estrellas de la noche, y dijo:

—Ahí están mi riqueza y mi sabiduría. Tomadlas.

Más adelante, el viaje fue difícil y hosco. Las sierras del volcán y la sierra nevada con sus altos picos blancos, cerraban el paso hacia el mar y los pajes que le acompañaban, todos enanos y corcovados, fueron muriendo de frío y de cansancio.

Quetzalcóatl siguió solo hasta las riberas del horizonte en donde comienza la línea del mar.

Hizo construir una balsa, formada de culebras, y en ella entró y asentóse como en una canoa, que se fue por el mar navegando.

Y así como se ignora de dónde vino, no se sabe para dónde se fue, desde que se perdió a los ojos de los hombres en las riberas del mar.





LAS HAZAÑAS DE LOS HIJOS DEL SOL

ARTURO CAPDEVILA

Eranse unos tiempos de rígidas normas. Toda insignia como toda institución, se autorizaba en supersticiosas imposiciones del pasado.

Porque un día un personaje más o menos mítico se dio 450 vueltas a la cabeza con una larga cinta —el “llautu”— el inca la usa como emblema real. Por razón parecida se añade el “mascapaycha”, o sea el fleco purpúreo. Por una causa análoga se adorna la frente con las plumas sagradas del “coraquenque”, el divino pájaro de la montaña, el ave fabulosa, de la cual se decía que a la muerte de un hijo del sol, bajaba sumisa a las manos del gran sacerdote y se dejaba arrancar dos plumas, una de cada ala —blanca la una, negra la otra— para las sienes del heredero.

Váyase notando cómo estos detalles se acomodan siempre a las fórmulas propias de la religión solar; una religión sincera y veraz, fundada en el amor a la naturaleza.

Esos 12 flecos que caían de la orla real simbolizaban los 12 signos zodiacales. Esas dos plumas del ave mítica —negra la una, blanca la otra—, representaban la dos mitades del año: el invierno oscuro y el verano claro. En los menores rasgos se manifiesta el acatamiento a las leyes del cosmos. Sabido es, por lo demás, que el inca una vez al año gobernaba el arado, en señal de dedicación agrícola y de culto a la tierra. Su cetro por esto mismo era una segur de oro.

Paz y trabajo de los campos significaba la segur de oro; como que estos hijos del sol amaban sobremanera las faenas campestres. Querían que en sus dominios el hombre fuera feliz. Para llegar al hombre comenzaban por la naturaleza. Mandaban hacer canales, represas, caminos, acequias... Todo, menos consentir la presencia del páramo. Porque consentirlo vale por empobrecer a la patria, moral y materialmente. Pensamiento político, no de un día sino de todas las generaciones incaicas. Ahí están para demostrarlo, esos estupendos acueductos de la ingeniería autóctona. Celebrando la felicidad colectiva se oía, hasta en los desiertos, sonar la canción del agua.

¿Qué mucho que rindiesen pródigamente las regiones labradías, bienestar y riqueza, si la tarea de labrar se cumplía con la escrupulosidad de un rito religioso? Y era aquél un rito alegre, una verdadera fiesta. Es fama que, llegada la época oportuna, mientras los hombres roturaban el suelo con la estaca primitiva, las mujeres, no lejos, rastrillaban al son de viejos aires del país, como en las églogas y en los idilios...

Bajo tal sistema, trabajaban la totalidad de los súbditos fuertes en la totalidad de la tierra apta. Y si acaso quedaba

algún erial, como el que había del lado de Atacama, caro pagaba su ocio con el tributo de sus incontables esmeraldas.

Nada, por otra parte, acredita de tan estricto modo la cultura de un pueblo como sus caminos; tanto más, si se trata de pueblos antiguos. Los que viajan mucho, sabiendo para qué viajan, valen más que los sedentarios. El que vive en quietud se expone a ignorarse en sí mismo. Falto de curiosidad por las cosas, no sentirá sus estímulos para la acción. Pocas y pobres serán sus obras. Sus pensamientos, como las tortugas, se echarán la casa encima; se volverán estrechos y melancólicos. El que camina, en cambio, suelta a andar con él sus ideas: las refresca, las ventila. Lo que era firme y arraigado se queda en su sitio; lo que estaba de más, se lo lleva el viento.

Y los peruanos caminaron mucho. Mas no como los violentos, que pasan destruyendo, y ya no vuelvan más; ni como los fugitivos, que sólo atienden a huir, sino que practicaron vías cómodas, que conocieron palmo a palmo, y por ellas fueron y vinieron muchas veces, ya marchando de conquista, ya acompañando al rey en sus viajes de recreo o de inspección.

Estos caminos unían todas las ciudades del imperio.

Se sabe de uno que corría desde Quito hasta el sur chileno; particularmente importante, porque en él los ingenieros indios habían salvado numerosos y grandes obstáculos, validos del terraplén, de la galería o de los puentes de maguey.

Cieza de León que anduvo por aquellas rutas, nos ha dejado descripción muy completa de ellas, que conviene recordar.

He aquí cómo nos cuenta que eran los caminos de los llanos: “Y en estos valles y la costa, los caciques y principales hicieron

un camino tan ancho como 15 pies; por una parte y por otra de él iba una pared mayor que un estado, bien fuerte; y todo el espacio deste camino iba limpio y echado por debajo de arboledas y destes árboles por muchas partes caían sobre el camino ramos dellos, llenos de frutas, y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros...”.

López de Gomara nos ha contado también cómo eran las incaicas:

“Van muy derechos estos caminos —escribe— sin rodear cuesta ni laguna, y tienen pro sus jornadas y trechos de tierra, unos grandes palacios que llaman ‘tambos’”.

Y en otro lugar:

“Tenían dos caminos reales del Quito al Cuzco, obras costosas y notables; una por la sierra y otra por los llanos, que duran más de 600 leguas. El que iba por lo llano era tapiado por ambos lados y ancho de 25 pies; tiene sus acequias de agua en que hay muchos árboles dichos ‘mollí’. El que iba por lo alto era de la misma anchura, cortado en vivas peñas y hecho de cal y canto; y ya abajaban los cerros, ya alzaban los valles para igualar el camino; edificio, al dicho de todos, que vence las pirámides de Egipto y las calzadas romanas y todas obras antiguas”.

De ordinario, limitábase su interés a la carrera de los “chasquis”, correos del gobierno, que reemplazándose de posta en posta, llevaban a las fronteras las órdenes imperiales, cuya procedencia certificaba el emisario exhibiendo un hilo del “mascapaycha”.

Pero a veces los caminos se llenaban de flores; con preferencia, de “arirumas”. Era que se acercaba el séquito incaico en prolongada columna.

Salían entonces el “curaca” y su guardia a ofrecer los homenajes de la veneración al monarca. Y allá en los primeros puestos ya se iban enterando de su augusta salud... El hijo del sol llegaba sano y contento. La marcha no había sido fatigosa. Tan pronto faldearon una montaña, como se encajonaron en una garganta sombría; o bien pasaron, como Mayta Capac, por puente colgante, rasando un torrente bravo. Un día vieron que se les abría el horizonte en una plenitud de azul, arriba y abajo, y dieron con la orilla resonante del mar. Nunca les faltó camino...

La muchedumbre, entre tanto, llenaba los lugares, deseoso cada uno de mirar la divina faz del rey. Rodeada de numerosa escolta, se veía su litera, tan guarnecida de esmeraldas, tan fulgurante de oro... Y detrás y adelante, los varones de renombre, los abanderados del arco iris, los soldados con su equipo completo... Pero nadie lograba ver el rostro del emperador.

Sin embargo, solía ocurrir que el inca dejaba descorrer las cortinas de púrpura de las andas, para mostrarse, resplandeciente y sereno, la cabeza en alto, las sienes ceñidas con el “lautu” multicolor, trémulas al viento las plumas simbólicas del coraquenque.

El pueblo, entonces, en el paroxismo de la adoración, rompía en ululante alarido, capaz —según la bella hipérbole de un cronista—, de hacer caer las aves del firmamento. “¡Oh, muy poderoso señor, hijo del sol —le decían—, tú sólo eres el Señor; el mundo te escucha!”. O también. “Tahuantinsuyu Capac: ¡Señor de las cuatro partes de la sierra! Con razón afirmaba Atahualpa, que a no quererlo él, los pájaros no volarían en su reino”.

Y con los años, sucedía que por la misma carretera pasaban los estandartes de la guerra; cierta señal de que la política del Cuzco —política pacifista— había fracasado ante la obstinación de algún vecino bárbaro.

También entonces salían las multitudes al paso de los ejércitos. Mas ya no había ni altos ni regocijos. A marcha apretada, cuando no de carrera, proseguían la ruta los soldados del Perú, con prisa de ganar terreno al enemigo. Cubríanles las cabezas cascos de madera o de pieles hirsutas, si no de luciente metal. Chispeaban a la lumbre solar los temibles arcos, los dardos arrojados, las lanzas rematadas en hueso triangular... Así hasta fatigar los ojos. Caía la tarde, y las infanterías inacabables continuaban pasando bajo la puesta del sol. Por fin, ya anochecido, el último guerrero se borraba en el confín oscuro. Entonces era el seguirles con los oídos, calculando la distancia por los ladridos de los perros, cada vez más lejanos y tristes en la honda noche.

Felizmente, la tropa regresaba siempre victoriosa, con la alegría de haber cumplido una obra bienhechora. Obra bienhechora, porque mediante la expansión cuzqueña, se aseguraba el triunfo del culto solar, culto bueno, que siempre fue para las sociedades sin distinción de épocas ni de razas, causa de civilización o de renacimiento. Pues donde quiera que brilló el rayo del dios Sol, se apagaron —sea un ejemplo— las hogueras de los sacrificios humanos.

Razón tenían, entonces, los príncipes vencedores en hacer, con gran acompañamiento, aquellas entradas triunfales, de vuelta a la ciudad, que la historia no podrá olvidar.

Los cronistas lo cuentan maravillados.

Rompía la marcha el regimiento de los músicos, tocando bocinas y atabales. Luego venían los batallones de lanceros, siguiendo a los capitanes. Lucían en los pechos medallas ilustres. Ondeaban en las cabezas plumas raras. Cada uno mostraba algún rico despojo de los vencidos. Aplausos y gritos de salutación se perdían en la confusión estruendosa de los tambores. Al medio de la columna —nota lúgubre— caminaban los prisioneros, llenos de ignominia, desnudos por aquella fría altitud del Cuzco; desnudos y las manos atadas a la espalda. Más allá, los opulentos “orejones”, los prohombres de la corte, luciendo fastuoso atavío, cantaban el “hualí”, o canto a la victoria, pregonando las virtudes heroicas de los predilectos del sol. En pos, cantando y bailando, celebraban la entrada triunfal, 500 o más hijas de gente noble. Aquellas lindas jóvenes traían en las manos ramos de flores escogidas; llevaban las sienas ceñidas de guirnaldas, y en los queiebros armoniosos de la danza, hacían sonar, con claro tintineo, los cascabeles que les colgaban de las muñecas, de las rodillas, de los tobillos. Gozando con tan gracioso espectáculo, avanzaba en palanquín de oro, el inca afortunado. Y allí la guardia de honor; allí el plumaje multicolor de los adornos; allí los abanicos chispeantes de esmeraldas; allí el lujo de los quitasoles...

Muchas y grandes hazañas se coronaban con esta entrada triunfal. Muchas y muy grandes también se iniciaban con ella.

¡Venturosos incas! Digámoslo de una vez. Su mayor hazaña fue que fueron hasta en la guerra, hombres de paz.



NETZAHUALCÓYOTL

SALVADOR NOVO

Odiado y perseguido por el ambicioso Tezozómoc, que deseaba arrebatarle el cetro de Texcoco, huía por montes y selvas el rey Ixtlixóchitl, sexto emperador de los chichimecas, llevando consigo a su tierno hijo Netzahualcóyotl. Diéronles alcance las tropas enemigas y apenas tuvo tiempo el padre amante de esconder a su hijo entre las ramas de un capulín, desde el cual éste vio cómo su padre, valiente y firme, moría a manos de los de Atzacapotzalco.

Grande fue el regocijo de Tezozómoc al saber que ya no existía el rey de Texcoco; mas al enterarse de que no había muerto Netzahualcóyotl, montó en grande cólera, pues veía en él un futuro peligro para la estabilidad de su tiranía. Así fue que ordenó que se le diera muerte dondequiera que se le hallase.

Largo tiempo vagó, alimentándose de hierbas, semidesnudo y maltrecho, el joven príncipe, hasta que sus tías, nobles damas

de México, se atrevieron a pedir al tirano de Atzacapotzalco permiso para alojarlo en su palacio y completar su educación. Accedió Tezozómoc, a quien los años y las enfermedades habían hecho entrar en razón, y Netzahualcóyotl, ya en seguridad, comenzó a tramar planes para la restauración de su imperio. Para ello contaba con la simpatía de todos los pueblos que reconocían su talento y su bondad y que sufrían por otra parte bajo el yugo de Atzacapotzalco.

El anciano Tezozómoc, que desde hacía tiempo permanecía en una cesta de algodones a causa de sus males, murió dejando dos hijos de los cuales, aunque el trono pertenecía al primogénito Maxtla, fue Tayautzín quien lo ocupó, por póstuma disposición de su padre, que conocía el carácter tiránico de Maxtla y quiso evitar mayores calamidades a sus pueblos. Pero éste, como era natural, no quedó contento y asesinó a su propio hermano para arrancarle el poder.

Una vez en el trono, la primera preocupación de Maxtla fue quitar a Netzahuacóyotl de su camino, para lo cual urdió infinitos planes, ya tratando de asesinarlo en un banquete, ya haciéndolo perseguir por supuestos bandidos. Sólo su buena estrella pudo salvarlo y, cada vez más decididamente apoyado por los pueblos de Anáhuac, declaró la guerra a Maxtla, se restableció en el trono de sus mayores, y, llegado a Atzapotzalco, vengó la muerte de su padre arrojando a los cuatro vientos la sangre del tirano.

Ya en el poder, organizó sabiamente su gobierno, se hizo construir un palacio suntuoso y se dedicó al cultivo de las bellas artes, por las que desde niño sentía especial atracción. Se

dice que compuso 60 himnos, hoy casi todos perdidos. Fue el primero en prohibir los sacrificios humanos y la idolatría, estableciendo el culto a Tloque Nahuaque, el Dios Desconocido. Murió a los 73 años de edad, después de reinar 43, dejando en el trono a su hijo Netzahualpilli.

LA VANIDAD DE LAS COSAS HUMANAS

Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelan a la duración, al fin un inopinado fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba y la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece; siguen las púrpuras las propiedades de la rosa en el color y la suerte; dura la hermosura de éstas en tanto que sus castos botones avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la Aurora y económica deshace y derrite en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el más ligero rayo de sus luces, les despoja su belleza y lozanía, haciendo que pierdan por marchitas, el encendido y purpúreo color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves periodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados, porque las que por la mañana ostentan soberbiamente engreídas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste decadencia de su trono, y los repetidos parasismos que las impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la tierra tienen término, porque en la más festiva carrera de sus engreimientos y bizarrías, calman sus alientos, caen y se despeñan para el abismo. Toda la redondez

de la tierra es un sepulcro; no hay cosa que sustente, que con título de piedad no la esconda y la entierre. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos; aceléranse con ansia para los vastos dominios de Tloluca, y cuanto más se arriman a sus dilatados márgenes, tanto más van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fue ayer no es hoy, ni lo de hoy se asegura que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes polvos, que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma, ocupando éstos los tronos, autorizando los doseles, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, arrastrando cultos, lisonjeándose con el fausto, la majestad, la fortuna, el poder y la admiración. Pasaron estas glorias como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego del Popocatepetl, sin otros monumentos que recuerden sus existencias que las toscas pieles en que se escriben. ¡Ah! ¡Ah! ¿Y si yo os introdujera en los oscuros senos de esos panteones, y os preguntara que cuáles eran los huesos del poderoso Achalchiuchtlanetzin, primer caudillo de los antiguos toltecas, de Necazecmitl, reverente cultor de los dioses? ¿Si os preguntara dónde está la incomparable belleza de la gloriosa emperatriz Xihutzal, y por el pacífico Tolpiltzin, último monarca del infeliz reino tulteca? ¿Si os preguntara que cuáles eran las sagradas cenizas de nuestro primer padre Xólotl; las de munificentísimo Nópál; las del generoso Tloltzin, y aun por los calientes carbones de mi glorioso, inmortal aunque infeliz y desventurado padre Ixtlixóchitl? Si así os fuera preguntando por todos nuestros augustos progenitores, ¿qué me responderíais? Lo mismo que

yo respondiera: *Indipohdi, indipohdi*; nada sé, nada sé, porque los primeros y últimos están confundidos con el barro. Lo que fue de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucedieren. Anhelemos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos; aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es lisonjera cuna para el sol, y las funestas sombras brillantes luces para los astros.

No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como inmediatamente sirven a la inmensa grandeza del Autor, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la preterición y registrará nuestra posteridad.





NINOYOLNONOTZA¹

1. Me reconcentro a meditar profundamente dónde poder recoger algunas bellas y fragantes flores. ¿A quién preguntar? Imaginaos que interrogo al brillante pájaro zumbador, trémula esmeralda; imaginaos que interrogo a la amarilla mariposa: ellos me dirán que saben dónde se producen las bellas y fragantes flores, si quiero recogerlas aquí en los bosques de laurel, donde habita el Tzinitzcán, o si quiero tomarlas en la verde selva donde mora el Tlauquechol. Allí se las puede cortar brillantes de rocío; allí llegan a su desarrollo perfecto. Tal vez podré verlas si es que han aparecido ya; ponerlas en mis haldas, y saludar con ellas a los niños y alegrar a los nobles.
2. Al pasear, oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores; responden las aguas lucientes y murmuradoras; la fuente azulada canta, se estrella, y vuelve a cantar; el Cenzontle contesta; el

¹Arreglo castellano de J.M. Vigil sobre la versión inglesa de Daniel G. Brinton.

Coyoltótotl suele acompañarle, y muchos pájaros cantores esparcen en derredor sus gorjeos como una música. Ellos bendicen a la tierra, haciendo escuchar sus dulces voces.

3. Dije, exclamé: ojalá no os cause pena a vosotros, amados míos, que os habéis parado a escuchar; ojalá que los brillantes pájaros zumbadores acudan pronto. ¿A quién buscaremos, noble poeta? Pregunto y dijo: ¿en dónde están las bellas y fragantes flores con las cuales pueda alegraros, mis nobles compañeros? Pronto me dirán ellas cantando: Aquí, oh cantor, te haremos ver aquello con que verdaderamente alegrarás a los nobles, tus compañeros.
4. Condujéronme entonces al fértil sitio de un valle, sitio floreciente donde el rocío se difunde con brillante esplendor, donde vi dulces y perfumadas flores cubiertas de rocío; esparcidas en derredor a manera de arco-iris. Y me dijeron: Arranca las flores que deseas, oh cantor —ojalá te alegres—, y dalas a tus amigos, que puedan regocijarse en la tierra.
5. Y luego recogí en mis haldas delicadas y deliciosas flores, y dije: —¡Si algunos de nuestro pueblo entrasen aquí! ¡Si muchos de los nuestros estuviesen aquí! Y creí que podía salir a anunciar a nuestros amigos que todos nosotros nos regocijaríamos con las variadas y olorosas flores, y escogeríamos los diversos y suaves cantos con los cuales alegraríamos a nuestros amigos, aquí en la tierra, y a los nobles en su grandeza y dignidad.
6. Luego yo, el cantor, recogí todas las flores para ponerlas sobre los nobles, para con ellas cubrirlos y colocarlas en sus

manos; y me apresuré a levantar mi voz en un canto digno,
que glorificase a los nobles ante la faz de Tloque-in-Na-
huaque, en donde no hay servidumbre.²

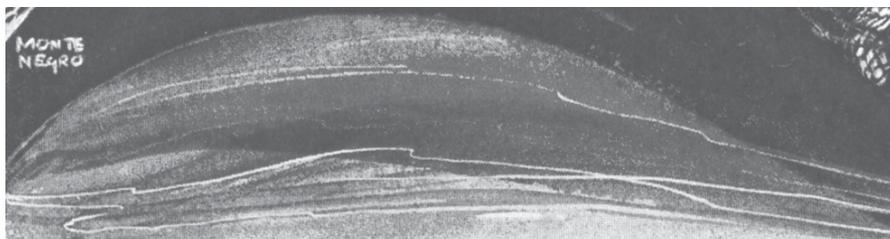
... El dolor llena mi alma al recordar en dónde yo, el cantor, vi
el sitio florido.



²Tloque-in Nahuque: Cabe quien está el ser de todas las cosas, conservándolas y sustentándolas.- Molina.



EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA





EL VIAJE DE COLÓN LA PRIMERA TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO

CARLOS PEREYRA

En la mañana del 3 de agosto de 1492, las tres pequeñas embarcaciones del descubrimiento se alejaban de la costa. Los frailes de La Rábida, todo el pueblo de Palos y muchos vecinos de Moguer y de Huelva, presenciaban la partida.

—¡No volverán! —decían muchos— ¡No volverán!

Los expedicionarios se dirigieron a las islas Canarias para reparar averías de la Pinta, operación que se hizo en la Gomera, y el día 6 de septiembre levaron anclas en la isla de Hierro. El día 9, los expedicionarios perdían de vista las últimas tierras de las islas africanas. Empezaban su penetración en un mundo misterioso. Colón acordó desde el principio contar menor distancia de la que recorría, “porque si el viaje fuese luengo no se espantase ni desmayase la gente”. Los marineros gobernaban mal, en opinión del almirante, y hubo riña sobre esto. Antes de que se hubiese avanzado un gran trecho, ya estaban desavenidos el

jefe de la expedición y los tripulantes de la Santa María. En las dos carabelas el orden y la disciplina no se alteraban. Uno de los dones de que carecía Colón en mayor grado, era el de gobierno.

Se caminaba a razón de dos leguas y media por hora. El mar estaba tranquilo. A los dos días de haber perdido de vista la tierra, encontraron un mástil de navío, pero no pudieron tomarlo. El día 13 ocurrió un hecho memorable. La ruta era hacia el oeste; las embarcaciones iban contra las corrientes; al caer la tarde de aquel día notaron que las agujas noroesteaban. Por primera vez se había advertido la variación magnética. El fenómeno se repitió de allí al 17: “Temían los marineros, y estaban penados, y no decían de qué. Conociólo el almirante; mandó que tornasen a marcar el norte en amaneciendo, y halló que estaban buenas las agujas; la causa fue porque la estrella que parece que hace movimiento y no las agujas”. Así calmaba las alarmas de los marineros. Pero, ¿había razón para temer? El día 14 se había visto desde la Niña un garjao y un rabo de junco, aves que no se apartan de tierra sino 25 leguas a lo más; el día 16 notaron muchas manchas de hierba muy verde, recientemente desprendida. La tierra estaría cerca. Y no era infundada esta suposición, pues se aproximaban a unos rompientes descubiertas en 1802. En la mañana del 17 notaron que las hierbas parecían de ríos, y hallaron en ellas un cangrejo vivo. Hasta les pareció que el agua era menos salada desde que salieron de las Canarias... Había propensión al optimismo y a la admiración; el tiempo era como abril en Andalucía: los aires, siempre más suaves; la mar, muy bonancible, como en el río de Sevilla; todos iban muy alegres; noches antes vieron caer del

cielo un maravilloso ramo de fuego a cuatro a cinco leguas; los navíos, quien más podía andar andaba, por ver primero tierra. El 17 a la mañana, los de la Niña mataron una tonina, y el almirante vio un ave blanca de las que no suelen dormir en la mar. Martín Alonso, con la Pinta, que era gran velera, no aguardó más a la mañana del 18, y se adelantó para ver tierra aquella noche. Así lo dijo a Colón desde su carabela. Los signos se multiplicaban: muchas aves iban hacia el poniente; había una gran cerrazón al norte. En la nao cayó un alcatraz. Las islas estaban, sin duda, a derecha y a izquierda; pero el almirante no quiso barloventear sino seguir hasta las Indias. A la vuelta se vería todo. Tales son sus palabras. Era el 19 de septiembre, y estaban a 400 leguas justas de las islas Canarias. La primera parte del viaje confirmaba las relaciones y datos en que se fundaba la expedición. Si estaban a 400 leguas justas de las islas Canarias, y si veían signos seguros de tierra; aves, hierbas y cerrazón, “entre islas andaban”. En 10 singladuras más se llegaría a las Indias.

Amaneció el 20, gran día para la ilusión y la esperanza. “Vinieron a la nao dos alcatraces, y después otro, que fue señal de estar cerca la tierra, y vieron mucha yerba, aunque el día pasado no habían visto della. Tomaron un pájaro en la mano, que era como un garjao; era pájaro de río y no de mar; los pies tenía como gaviota; vinieron al navío, en amaneciendo, dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron”.

La mar —dice Colón— era llana como un río, y se cuajaba de hierba. Los aires eran los mejores del mundo. Otro buen signo:

una ballena. Las ballenas, decía el almirante, andan siempre cerca de tierra. En realidad, estaba a cuatro leguas de las rompientes. Pero los marineros, atentos también, observaban que todos los vientos eran contrarios para la vuelta. La desconfianza se acentuaba. El día 22, afortunadamente, cesaron las murmuraciones, pues sopló un viento del oeste, que Colón bendijo desde el fondo de su alma. El 23 fue día de una tórtola, de un pajarito de río y de otras aves blancas. Pero la gente contaba ya las horas con creciente disgusto. Llevaban 14 días sin ver tierra, y la mar se había mostrado casi constantemente mansa y llana. Sin mar grande no ventaría para el regreso. Pero apenas dicho esto, una voz, que parecía la de los grandes profetas, exclamó frente a la extensión ilimitada “Alzóse mucho la mar, y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el almirante: Así que muy necesaria me fue la mar alta, que no pareció salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto, contra Moysén que los libraba del cautiverio”.

En la calma del día 25 hablaban el almirante y Martín Alonso, de nave a nave, sobre una carta de marear enviada tres días antes por aquél al capitán de la Pinta, en la que, según parece, había ciertas islas por la mar que atravesaban. Los dos navegantes convenían en que habían llegado al paraje de las islas; pero puesto que no las hallaban, era, o bien porque las corrientes los habían desviado hacia el nordeste, o porque los pilotos habían errado en la cuenta de la navegación. Martín Alonso devolvió la carta. El almirante se puso a cartear en ella con su piloto y sus marineros. El sol había desaparecido ya. A la luz del crepúsculo, Martín Alonso examinaba la extensión

desde la popa de su carabela. Alegrementemente llama de pronto a Colón pidiéndole albricias. El almirante se arrodilla con todos los suyos para dar gracias a Dios mientras Martín Alonso y los que le acompañaban claman desde la Pinta:

Gloria in excelsis Deo

Los de la Santa María repiten la invocación de Martín Alonso. En la Niña, muchos marineros suben sobre la jarcia y el mástil para ver la tierra. Los pilotos dejan la ruta seguida para llegar al punto señalado por Martín Alonso, que se hallaría a una distancia de 25 leguas; pero el día 26 encontraron que la supuesta tierra había sido una ilusión. Entretanto, la mar parecía un río, y los aires no dejaban de ser dulces y suavísimos.

Era justamente la mitad del tiempo que había de transcurrir entre la última visión de las islas africanas, que habían dejado atrás, y el saludo a las Indias en la mañana del 12 de octubre. Comenzaba, pues, la segunda mitad del trayecto; aquella en que se cuentan los minutos como antes los días. Pero la incertidumbre hacía más penoso el transcurso del tiempo. Si hubieran sabido, como después de esa travesía, que ésta no podía durar menos de un mes, habrían sentido sólo tedio e impaciencia. Pero aguardaban por momentos la vista de la tierra buscada, y la tierra no parecía. Ya la bonanza, las hierbas, los cangrejos, las ballenas y las aves de río no alimentaban sus esperanzas. El aire era tan sabroso que no faltaba sino oír el ruiseñor. Después del monótono transcurso de los seis días siguientes, en los que se convino como artículo de fe que habían quedado atrás las islas, Martín Alonso indicó, en la noche del sábado, 6 de octubre,

que se navegase a la cuarta del oeste, a la parte del sudoeste. ¿Lo proponía por Cipango? Si erraban el derrotero de la isla tardarían más en tomar puerto. Era preferible ir directamente a la Tierra Firme del Gran Khan, y volver después a Cipango, así como a las otras islas.

El día 7, Martín Alonso izó una bandera en el tope del mástil y disparó una bombardita en señal de que se veía la tierra. Pasaron algunas horas, y como no se confirmase el anuncio, dispuso el almirante hacer algo para acelerar el arribo. Los portugueses habían descubierto casi todas sus islas guiándose por el vuelo de las aves. Iban éstas hacia el oeste-sudoeste, y se tomó ese rumbo, que había sido el indicado por Martín Alonso. La hierba parecía muy fresca el día 8; los aires semejaban los de abril en Sevilla: “era placer estar a ellos; tan olorosos son”. El día 9 navegaron al sudoeste: “Toda la noche oyeron pasar pájaros”.

Amaneció el 10 de octubre: “Aquí la gente ya no lo podía sufrir; quejábanse del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas, con la ayuda de Nuestro Señor”. Estas quejas son lo que se llama el motín de la Santa María. El único de los contemporáneos que menciona tal suceso es Oviedo, y lo relata en estos términos: “Salidos, pues, deste cuidado y temor de las yerbas, determinados todos tres capitanes y cuantos marineros allí iban de dar la vuelta, y a un consultando entre sí de echar a Colón en la mar, creyendo que los había burlado;

como él era y sintió la murmuración que de él se hacía, como prudente, comenzó a confortarlos con muchas y dulces palabras, rogándoles que no quisiesen perder su trabajo y tiempo. Acordábales cuánta gloria y provecho de la constancia se les seguiría perseverando en su camino; prometíales que en breves días darían fin a sus fatigas y viaje, con mucha e indubitada prosperidad, y, en conclusión, les dijo que dentro de tres días hallarían la tierra que buscaban. Por tanto, que estuviesen de buen ánimo y prosiguiesen su viaje, que para cuando decía él les enseñaría un Nuevo Mundo y tierra...”.

Corría otra leyenda, destinada a morir en la atmósfera lugareña de Palos y Huelva, con las generaciones inmediatas al descubrimiento. No eran españoles —todos los expedicionarios, en suma, menos el italiano— quienes habían desfallecido. El débil había sido Colón, obligado a capitular ante los amotinados de la Santa María, Colón que habría vuelto a las Canarias si no lo hubiera sostenido el valor de Martín Alonso. Tan inconcebible es la una como la otra de estas dos versiones. Ni Colón ni los españoles desesperaron; ni hubo el motín en que se vio amenazado de muerte el almirante, ni se le puso a éste un plazo definitivo para el descubrimiento, con amenazas de muerte dictadas por los capitanes. De lo único que tenemos testimonio indudable, es de la desconfianza creciente y de las quejas más vivas cada día —de las exigentes reclamaciones del pánico, en una palabra— de un pánico extendido entre los elementos ínfimos de la marinería, y esto sólo de la nave capitana. Ni en la Pinta, ni en la Niña se vio algo semejante. Las dos carabelas eran mandadas por españoles, y los marineros

acataban la disciplina tradicional. La Santa María tenía la insignia de un extranjero, hombre de saber, de gran ascendiente, que llevaba títulos otorgados por los reyes —hombre de mucha elocuencia y autoridad—; pero extraño a la mayoría de los secretos de la técnica naval, y, además, de genio crudo, enojadizo, hombre egoísta e injusto, divorciado de la solidaridad que se establece en el mar a través de los grados de la jerarquía. Las murmuraciones no eran de aquel día ni de la víspera: eran continuas, de todos los días que llevaban de viaje, y serían las mismas en todos los viajes de Colón. Callaban los murmuradores persuadidos por los engaños de la ilusión o de la mala fe del almirante. Pero hubo un momento en que de la murmuración surgía ya la disputa, y en que había el peligro de que fuese arrojado al mar, no Colón, sino el principio de autoridad. Sonó el disparo de una bombardera para llamar a la Pinta, que iba siempre delante, como más velera. Martín Alonso aguardó, y cuando estuvo al habla con el almirante, dijo éste:

—Mi gente muestra mucha queja. ¿Qué os parece que hacemos?

Vicente Yáñez Pinzón encontró una respuesta que toda su magnífica historia posterior hace no sólo verosímil sino lógica:

—¿Qué faremos? Andemos fasta 2 mil leguas, e si aquí non falláremos lo que vamos a buscar, de allí podremos dar la vuelta.

Y Martín Alonso, más concluyente que su hermano, propuso los medios:

—¡Cómo, señor! ¿Agora partimos de la villa de Palos, y ya vuesa merced se va enojando? Avante, señor, que Dios nos dará

victoria que descubramos tierra; que nunca Dios querrá que con tal vergüenza volvamos.

¿Qué dificultad había en ello? ¿Los descontentos?

—Señor —continuaba Martín Alonso—, aforque vuesa merced a media docena dellos, o échelos al mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barlovearemos sobre ellos y lo haremos.

—Bienaventurados seáis —respondió el almirante—. Andemos otros ocho días, e si en éstos no fayamos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer de tamaña navegación.

La tierra estaba cerca. Lo decía un junco verde que vieron junto a la nao. Lo decía una caña y un palo que recogieron los de la Pinta. Pero, sobre todo, lo decían un palillo labrado, y una tablilla, y un pedazo de caña, y una hierba de las que nace en tierra, y, por último, otro palillo cargado de escaramujos. “Con estas señales respiraron y alegráronse todos”.

A las 10 de la noche estaba el almirante en el castillo de popa. Vio una lumbre. ¿Sería tierra? Llamó a Pero Gutiérrez, repostero del rey, para decirle que mirase, y Pero Gutiérrez también vio la lumbre. El oficial real Rodrigo Sánchez dijo que no la veía. O había desaparecido, o había sido una alucinación en el almirante y un simple efecto de la complacencia cortesana en Pero Gutiérrez, que, sin verla, convenía en haber visto la lumbre. El almirante afirmaba que era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba. Tuvo, en todo caso, por cierto, que estaban cerca de tierra. Después de la Salve, mandó que se hiciese buena guarda en el castillo de proa. Los reyes habían prometido mercedes a quien primero viese tierra, y el almirante, además, ofreció un jubón de seda. Dos horas después de la

media noche, quedó evidentemente demostrada la existencia de una tierra en la proximidad de las embarcaciones. Quien la vio primero fue Francisco Rodríguez Bermejo —Rodrigo de Triana—, perteneciente a la Pinta, que siempre llevaba la delantera. Amainaron, y al amanecer del viernes 12 de octubre, pisaron tierra en una isleta de las llamadas después Lucayas, que los indígenas designaban con el nombre de Guanahaní. Esta isleta no ha sido identificada posteriormente. Todas las discusiones de los geógrafos han sido estériles. ¿Se abordó a la isla del Gato o a la de Samana? En todo caso, la cuestión sólo tiene un interés de orden sentimental, y bien puede quedar, como otras muchas, en el limbo de la incertidumbre.





LA EMPRESA DE MAGALLANES

CARLOS PEREYRA

La flota se componía de cinco embarcaciones: Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria y Santiago, que eran de 120 toneladas las dos primeras, de 90 la tercera, de 85 la cuarta y de 75 la quinta. El capitán general iba en la Trinidad; Juan de Cartagena, su segundo y sustituto, en la San Antonio, Gaspar de Quesada, en la Concepción; Luis de Mendoza, en la Victoria y Juan Serrano mandaba la Santiago. En la mañana del lunes 10 de agosto de 1519, una salva de artillería anunciaba que la flota de Magallanes bajaba el Guadalquivir. Esa flota había sido perfectamente organizada hasta en sus menores detalles, tanto como puede serlo una flota moderna, y llevaba 237 hombres a bordo. Acabados los últimos preparativos en Sanlúcar de Barrameda, Magallanes salió de este puerto el 20 de septiembre. Una sola de las embarcaciones que llegaron al Oriente, la Victoria, volvió al mismo puerto con 18 hombres, el 6 de septiembre de 1522, después de haber andado 14,460 leguas en el primer viaje de circunvalación de la tierra.

Los expedicionarios hicieron escala en la isla de Tenerife, el 26 de septiembre; el 29 entraron en el puerto de Montaña Roja, y se ponían en camino el 2 de octubre, ya de noche. Navegaron hacia el sur y tomaron una ligera inclinación al sur cuarta del suroeste. Esto implicaba un cambio en las instrucciones que había dado Magallanes por escrito a Juan de Cartagena, capitán de la nao San Antonio, veedor de la Armada y “conjunta persona de Magallanes”. La providencia absurda de bilocar el mando produjo serias dificultades, pues Cartagena pretendía que nada se proveyese sin él. Magallanes, desentendiéndose de la disposición de Sus Altezas la reina Juana y el rey Carlos, dispuso que todos le siguiesen, “como estaban obligados, de día por la bandera y de noche por el farol. Y no le pidiesen más cuenta”.

Pasando entre Cabo Verde y las islas de este hombre, siguió la expedición hasta el paralelo de Sierra Leona. Detenida allí por las calmas, surgieron desavenencias más graves aún entre Magallanes y Cartagena, quien fue preso y puesto en custodia bajo la responsabilidad de Luis de Mendoza. Antonio de Coca fue designado para substituir a Cartagena.

Hecha por fin la travesía del Atlántico, el 29 de noviembre estaba la expedición a 27 leguas del cabo de San Agustín, continuó hacia el suroeste, y el 8 de diciembre se avistaba la costa del Brasil. El 13 de ese mismo mes entró en Río de Janeiro. De allí se hizo a la vela el 27 y el 10 de enero de 1520 Magallanes enfrentaba el cabo de Santa María, de donde la costa corre hacia el oeste. La tierra que parecía llana y arenosa, tenía una altura en forma de sombrero, a la que llamaron Monte Vidi. Navegando por agua dulce, creyeron reconocer “hasta lo más

interior del río”. Magallanes, personalmente, pasó a lo otra banda y encontró que el río tenía “20 leguas de ancho”. Pasando por el cabo de Santón, llegó el día 8 de febrero al de Santa Polonia, y el 24 de febrero vio una entrada que corre hacia el noroeste y que fue reconocida para saber si era estrecho. Le dio el nombre de San Matías. Entretanto, los tiempos se hacían cada vez más inclementes, y las naves se dispersaban con frecuencia. Muchas veces pasaban tres o cuatro días antes de que lograsen reunirse. Las tierras no tenían gente, ni agua, ni leña. Eran de “lindos campos sin árboles”. No había medio de hacer provisiones, y los peligros arreciaban. Después de pasar a fines de marzo por una Bahía de los Trabajos, el último día de ese mes, víspera del Domingo de Ramos, Magallanes llegaban al puerto de San Julián, escogido desde luego para invernar. La gente, desalentada por la esterilidad y por el frío de aquel país, intentaba volver atrás, y lo pedía así, a menos que se alargasen las raciones. Magallanes contestó que estaban pronto a morir o cumplir lo que había prometido; que el rey había ordenado el viaje que debía llevar, y que había de navegar hasta hallar el fin de aquella tierra, o algún estrecho, que no podía faltar; que, en cuanto a la comida, no tenían de qué quejarse, pues había en aquella tierra abundancia de buen pescado, buenas aguas, muchas aves de caza y mucha leña. Y que el pan y el vino no les habían faltado, ni les faltarían si quisiesen pasar por el arreglo de raciones. Y, entre otras reflexiones, les exhortó y rogó a que no faltasen al valeroso espíritu que la nación castellana había manifestado y mostraba cada día en mayores cosas, ofreciéndoles del rey correspondientes premios, con lo cual se sosegó la gente.

Sin embargo, había serias prevenciones contra el capítulo general, y en la noche del 1 de abril estalló un movimiento sedicioso. Gaspar de Quesada era el guardián de Cartagena, y Álvaro de Mezquita, pariente de Magallanes, había sustituido a Antonio de Coca en el mando de la nao San Antonio. Ahora bien, Quesada y Cartagena, acompañados de Luis de Mendoza, se apoderaron de las naos San Antonio, Concepción y Victoria. Con esto, a Magallanes le quedaban sólo dos: la Trinidad y la Santiago. Por otra parte, los sediciosos tenían la ventaja de haberse hecho con los bateles de las cinco embarcaciones. Magallanes, con astucia, tacto y extraordinaria audacia, contuvo el movimiento, mandando dar muerte por sorpresa al tesorero Luis de Mendoza. Reteniendo el batel de la San Antonio, con el que los sediciosos le enviaban un recado, Magallanes, a su vez, dispuso que el alguacil Gonzalo de Espinosa, acompañado de seis hombres, pasase a la Victoria, y entregase una carta de requerimiento a Luis de Mendoza. Mientras éste leía la carta con sonrisa de burla, Espinosa le dio una puñalada en la garganta, y uno de los marineros una cuchillada en la cabeza, que lo dejaron muerto. Magallanes envió al instante el batel y 15 hombres, que izaron la bandera de la victoria. Juntas así la Capitana, la Victoria y la Santiago, Magallanes se apoderó de la San Antonio, que estaba más adentro, y presos Quesada, Antonio Coca y los sobresalientes que habían pasado a la San Antonio, envió por Juan de Cartagena a la Concepción, y lo puso junto con los otros. Magallanes ordenó entonces que fuese llevado a tierra el cadáver de Mendoza y allí se le descuartizó. Degollado Gaspar de Quesada, se le descuartizo también,

y, por último, dispuso Magallanes dejar abandonados en la tierra a Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez de la Reina. Hechos estos castigos, perdonó a más de 40 hombres, dignos de muerte, por ser necesarios para el servicio de las naos y por no malquistarse con el rigor.

Enviado Juan Serrano para que descubriera la costa adelante, la nao Santiago, en que iba, que era la menor de las carabelas, quedó deshecha en una tempestad, y la gente tuvo que volver a la armada por tierra, desde el río de Santa Cruz. Todos los tripulantes se salvaron, con excepción de un esclavo, y pudieron recuperar los aparejos y mercancías, para utilizarlos en las otras naos.

La armada permaneció hasta el 24 de agosto en la bahía de San Julián, donde se había construido una casa de piedra para la herrería, y el tiempo pasó recorriendo los buques, muy necesitados de reparaciones.

En junio se presentaron seis indios, llamados patagones por sus enormes pies, “no desproporcionados a su estatura”. De allí nació la creencia de que eran gigantes.

Una tentativa de colonización que había hecho Magallanes, enviado 30 hombres al interior para que se quedasen si la tierra les proporcionaba medios de subsistencia, dejó demostrado que en aquella latitud no era factible la formación de un centro de población. Sólo como castigo y sin esperanza, quedaban allí los dos sentenciados: Cartagena y Sánchez de la Reina.

Continuando la expedición, llegó el 26 de agosto al río de Santa Cruz, descubierto por Juan Serrano, sitio peligroso por las tormentas. Una nueva detención para esperar el buen tiempo,

aplazó la salida hasta el 18 de octubre. Las instrucciones que dio Magallanes fueron que se continuase hasta la altura de los 75° y que si, después de desaparejadas dos veces, las naos tenían que retroceder, se dirigirían a las Molucas por el estenordeste, tomando la vía del cabo de Buena Esperanza y de la isla de San Lorenzo, sin tocar estos puntos.

Emprendido, pues, el viaje, se descubrió el cabo de las Vírgenes a los tres días, o sea el 21 de octubre. Creyendo que la profunda bahía era estrecha, Magallanes resolvió pasarlo. Mandó que las naos San Antonio y Concepción reconociesen la bahía en cinco días, y él entretanto, quedó aguardando con la Trinidad y la Victoria. Una nueva tempestad estuvo a punto de acabar con la escuadra. La borrasca duró día y medio.

Vueltas las dos naos exploradoras, sus informes diferían. La una decía que había hallado golfos con altísimas riberas; la otra aseguraba que había estrecho, pues en tres días no se encontró el término de aquel brazo. Magallanes se inclinaba a la última opinión, y dispuso que la San Antonio saliese de nuevo. La operación fue inútil, pues la nao anduvo 40 leguas, y tampoco halló término. Magallanes resolvió embocar el brazo de mar con toda la armada, dando aquel resultado negativo como plenamente confirmatorio de su opinión. Llamó a consejo, y reconocidos los víveres, suficientes para tres meses, los capitanes resolvieron seguir a su general. Esteban Gómez, portugués, piloto de la nao San Antonio, dictaminó que, “pues se había hallado el estrecho para pasar a las Molucas, se volviesen a Castilla para llevar otra armada, porque había gran golfo que pasar, y si les tomasen algunos días de calmas o tormentas, perecerían

todos”. Magallanes contestó que, “aun cuando tuviese que comer los cueros de vaca de que estaban forradas las antenas, había de pasar adelante, y descubrir lo que había prometido al emperador”. Magallanes dio inmediatamente una de aquellas órdenes en que imponía su voluntad por el terror, y empezó el tránsito. “Esteban Gómez era tenido por gran marino, y la gente mostraba hacer mudanza; pero Magallanes mandó pregonar por las naos que nadie, so pena de la vida, hablase del viaje”, y sin más anunció la partida para la mañana siguiente.

Esa noche, la tierra, “áspera y fría”, se vio cubierta de fuegos en la parte sur. Le bautizaron Tierra del Fuego. “Emprendida la navegación por el estrecho, halló en lo interior de aquella bahía una angostura como de una legua de ancho, por la cual entró, y habiéndola rebasado se encontró en otra bahía menor. Después pasó por otra angostura, semejante a la primera, y se halló con otra bahía mayor que las anteriores, donde había más islas. Aquí tenía andadas más de 50 leguas de estrecho, y comisionó a la nao San Antonio a descubrir la salida de otro brazo de mar que se apartaba al S. E., entre unas sierras cubiertas de nieve, previniéndole volviese dentro de tres días. Magallanes siguió adelante, y como tardase en reunírsele la San Antonio, pasados siete días envió a la Victoria en busca de aquélla. No fue encontrada, y se repitió la pesquisa por toda la armada. Esto hizo suponer a Magallanes que hubiese habido una desgracia, o que, habiéndose levantado la gente contra Álvaro de la Mezquita, su sobrino, navegara la vuelta a España. Así había sido, pues como no se encontrase a Magallanes en el surgidero, donde lo dejó la San Antonio, y no respondiendo

la armada a los cañonazos ni a las humaredas, el piloto Esteban Gómez y Jerónimo Guerra, escribano, resolvieron volver a España. Hubo riña sobre esto entre Gómez y Mezquita, y los dos salieron heridos. Prendido Mezquita y nombrado capitán Jerónimo Guerra, la San Antonio tomó el rumbo de Guinea, y de allí el de España, llegando a Sevilla el 6 de mayo de 1521.

Todos le veían determinado a seguir; todos temían darle una opinión contraria a su resolución, por la muerte de Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada y el destierro de Juan de Cartagena y Pedro Sánchez de Reina; pero, al parecer, estaban obligados a decir libremente lo que pensaban, y el general los requería para ello. Naturalmente, todos hablaron en un sentido favorable, o por lo menos, dando a las objeciones una forma condicional. Magallanes, en efecto, tenía tomado su partido. Veía el terror que inspiraba su voluntad, y se proponía sólo motivar la resolución a que había llegado, presentándola como respuesta al voto favorable de los expedicionarios, artificiosamente consultados sin junta. Decía Magallanes en su respuesta, como final de las razones dadas para seguir adelante, “que si Dios los había traído a aquel lugar, y les tenía descubierto aquel canal tan deseado, los llevaría al término de su esperanza”. Notificado este parecer y orden, “con grande fiesta de tiros, mandó levar el ancla, y dando la vela, se dirigió al noroeste cuarta del oeste, por un tramo en que hay muchas islas al desembocar el estrecho”. El día 21 de noviembre, entre cabo Victoria y cabo Deseado, a la misma altura del cabo de las Vírgenes, la expedición “se halló en una mar obscura y gruesa, que era indicio de gran golfo”. Pero después

lo llamaron mar Pacífico, “porque en todo el tiempo que navegaron por él no tuvieron tempestad alguna”.

Desde la entrada hasta la salida habían empleado 20 días en pasar al estrecho y les pareció que tenía 100 leguas de boca a boca. Juzgaron que la tierra de la derecha era la continuación del continente, cuya línea habían seguido sin ninguna interrupción, y que la otra era una isla, pues oían los bramidos del mar en la parte opuesta.

Del cabo Formoso, o Pilares, se dirigieron al noroeste, y después de dos días y tres noches vieron dos pedazos de tierra que corrían de sur a norte, y que parecían mogotes. Hacia fines de diciembre la navegación se hizo penosa por falta de víveres: “comían por onzas, bebían agua hedionda y guisaban el arroz con agua salada”. Había pasado entre la isla interior de las dos de Juan Fernández y la costa de Chile sin ver las islas ni el continente.

La primera tierra que descubrió después de los dos mogotes del 1 de diciembre, fue una isleta cubierta de arboleda, inhabitada, que apareció el 24 de enero. La llamó San Pablo, y pudiera identificarse con la isla Pilcairn. Continuando la ruta con los rumbos del noroeste cuarta oeste, oeste noroeste, oeste cuarta norte, y noroeste, el día 4 de febrero halló otra isla desierta, a la que puso por nombre de los Tiburones. Tanto esta isla como la anterior eran también conocidas como las Desventuradas, pues los expedicionarios no encontraron en ellas ningún refresco.

Las islas fueron llamadas de las Velas Latinas, aunque prevaleció otro nombre, de los Ladrones, que también les dieron.

Posteriormente, el archipiélago quedó oficialmente designado como islas Marianas.

Después de repartir víveres, que eran cocos, tubérculos y arroz, se encaminaron el 9 de marzo, hacia el oeste cuarta del suroeste y el 16 vieron tierra del archipiélago que años más tarde se llamó de las Filipinas. La primera isla encontrada fue la de Yunagán, y la que les dio fondeadero la de Puluán. De éstas tomaron a la de Gada, en el oeste, y de la de Gada, despoblada, pero con agua y leña a la de Seilani, habitada y con oro. Llevados por un temporal, fondearon en la isla Mazaguá. Y por último, de Mazaguá se encaminaron a las islas Cebú y Mactán teatro de la tragedia en que perdió la vida Magallanes y quedó malograda su empresa.

El general llevaba consigo un esclavo, natural de Malaca, con cuya intervención pudo tener lengua de algunos habitantes de Mazaguá que habían estado en Malaca. El reyezuelo de Mazaguá se declaró dispuesto a dar lo que tenía —bien poco, por cierto—, y a auxiliar a los expedicionarios con sus informes y consejos. Dijo, pues, que hacía el rumbo señalado por él, y que era el oeste suroeste, había mucho oro, cuyos granos eran como garbanzos y lentejas. El rey de Mazaguá acompañó a Magallanes como práctico, y guiados por él fue como llegaron los expedicionarios a Mactán y Cebú, pasando por Seilani. El rey de Mazaguá, pariente del de Cebú, intercedió para que éste recibiera de paz a los expedicionarios y les facilitase los víveres de que tenían urgentísima necesidad. El rey de Cebú asistió a la misa que se dijo en la playa, y declaró que estaba dispuesto a hacerse cristiano. Esta fácil decisión, y acaso el ejemplo

de algunas de las recientes proezas de Cortés, fueron causa de que Magallanes, sin el genio político del conquistador de Méjico, diese una dirección extraviada a sus proyectos.

La isla era rica en jengibre, oro y otros artículos de rescate. Además, y esto era lo más importante para su viaje, se le informó que, por la isla de Burneyo o Borneo, podía establecer la línea de comunicaciones con las Molucas. Cebú, por lo mismo, estaba destinada a ser una escala mercantil, y para ello pensó Magallanes que convendría dominar toda la isla, pues tenían mando en ella otros caciques, aparte del que se había hecho cristiano. Aquí fue donde se mostró el corto alcance político de Magallanes. En vez de buscar la sumisión de todos los caciques, y de dividir a éstos, como Hernán Cortés en Méjico, los unió contra el que se había hecho cristiano, pues quiso que éste fuese reconocido por jefe de los otros, y, no habiéndolo conseguido, castigó la resistencia con el incendio de una villa y el saqueo de cuantos víveres halló en ella. Pasando adelante con sus imprudentes atentados, anunció al rey de la isla de Mactán que le quemaría su villa si no prestaba obediencia al rey cristiano de Cebú. Ahora bien, “este rey de la isla de Mauthán, que está cerca de la susodicha isla de Subuth, que era más poderoso, y tenía más gente de guerra y más copia de armas que los otros, y estaba más acostumbrado a ser señor absoluto y mandar, no quiso venir al llamamiento del señor de Subuth, diciendo que en ninguna manera lo había de adorar ni reconocerle superioridad. Pues como el capitán Magallanes supiese que el rey de Mauthán no quería venir a dar la obediencia al rey de Subuth, queriendo llevar adelante lo que en aquello había determinado

y acordado hacer, mandó armar 40 españoles de los más escogidos y valientes de su compañía, y tomándolos consigo, y algunos tiros de artillería, entró con ellos en los bateles de las naos, e dióle el rey de Subuth cierta copia de gente de indios, para que lo guiasen y mostrasen la tierra, y para que, si menester fuere, le ayudasen si hubiese necesidad de pelear con el rey de Mauthán, e así se fue para la isla de Mauthán (que, según se dijo) no está muy lejos de la isla de Subuth. Sintiendo, pues, el rey de Mauthán que Magallanes iba contra él, juntó hasta 3 mil indios de sus súbditos, y vínose con ellos a la ribera del mar, de aquella parte de su isla de Mauthán, donde Magallanes había ya saltado en tierra. E como Magallanes vido que aquel bárbaro se quería poner en resistencia, determinó de no le volver las espaldas, sino pelear con él, no embargante que la gente que consigo llevaba era, sin comparación, mucha menos que la que su contrario traía, porque ellos no era, según dicho es, más de 40 españoles, y los indios contrarios eran más de 3 mil. E hizo luego sacar de los bateles los tiros de artillería, y ponerlos en tierra a la ribera del mar, y animando a sus españoles, les dijo así: “No os espante, hermanos míos, la multitud de estos indios nuestros enemigos, que Dios será en nuestra ayuda, y acordaos que, pocos días ha, vimos y oímos que el capitán Hernán Cortés venció por veces, en las partes del Yucatán, con 200 españoles, a 200 y a 300 mil indios”. He dicho esto a los españoles, dijo a los indios de Subuth que consigo llevaba, que le deixasen a él y a sus españoles con aquellos mauthanos, porque no los había traído consigo para que peleasen, sino para que lo guiasen y mostrasen la tierra, y que él y aquellos pocos españoles bastaban para vencer a sus

enemigos. Después que el capitán Magallanes hubo animado a los suyos para la batalla, fueron con gran ímpetu a dar en los enemigos; y peleando valientemente, hacían gran estrago en ellos. Mas como eran los nuestros pocos, y gran número de los contrarios, fatigaban en gran manera a Magallanes y a sus españoles, especialmente con unas astas de lanzas luengas de que aquellos indios usan. E, finalmente, andando así, trabada la batalla, fue muerto en ella el capitán Magallanes y siete españoles, lo cual visto por los otros, y que era imposible vencer a tanta multitud de indios tan belicosos y tan bien armados se comenzaron a retraer, juntándose todos y poniéndose en ordenanza”.

Reembarcados los españoles mediante el auxilio del rey cristiano, que temió perecer con ellos, fue elegido general Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes. Una nueva catástrofe aguardaba a los españoles en Cebú. El rey cristiano pensó que su alianza con los extranjeros le costaría la vida, y, poniéndose de acuerdo con el rey de Mactán y con los cuatro de Cebú, sacrificó a Duarte Barbosa, en compañía de más de 20 españoles que asistieron a un banquete ofrecido por el cacique para destruirlos. Sólo escapó de la matanza el capitán Juan Serrano, quien conducido a la playa, maniatado y desnudo, pedía a los de las naves que lo rescatasen; pero ellos, temiendo otra celada, dejaron a aquel infeliz, y partieron con las tres naos restantes hacia la isla de Bohol.

Desde el 27 de abril, día de la muerte de Magallanes, hasta el de la partida en 1 de mayo, las bajas eran de 35 individuos. Ocho habían muerto de enfermedad en las islas. Antes de llegar

a éstas, y en el camino, desde la salida del estrecho, hubo 11 defunciones. Desde la salida de Sanlúcar hasta la salida del estrecho, las bajas fueron 16 por muerte y dos por destierro de los castigados en San Julián. Quedaba, pues, muy poca gente para la maniobra de las tres naos, y se acordó quemar la Concepción, por más vieja, dejando la jarcia, pertrecho y armamento para las otras dos. Fue elegido general Juan Caraballo, portugués piloto de la Concepción.

Buscaban una isla que produjese arroz, pues había gran falta de mantenimientos, y como no encontrasen ese grano en Quipindo, puerto de Mindanao, se dirigieron a Pulúan, pasando por Cuguayá. Allí rescataron arroz, puercos, gallinas y cabras en abundancia. Iban todos contentos, sanos, llenos de esperanza. Creían que en Borneo se les darían noticias exactas para llegar a las Molucas. Fondearon el día 8 de julio, y encontraron una gran ciudad. La isla producía arroz, azúcar, canela, jengibre, mirabolanos, alcanfor y otras drogas, y tenía abundancia de camellos, puercos y cabras. El rey lo era de verdad, pues los ocho españoles que desembarcaron fueron recibidos por 2 mil guerreros vestidos de seda, con arcos, flechas, cerbatanas, alfanjes y corazas de conchas de tortuga. Para el jefe de los españoles dispusieron un elefante con castillo de madera. En la bahía maniobraban juncos y cañamices de proa dorada. Sin embargo, aquel rey era desconfiado, y no fue posible trabar buenas relaciones con él, pues, lejos de eso, empezó a oponer dificultades, por haber cautivado tres de los ocho españoles que desembarcaron.

Bajo la jefatura de Gonzalo Gómez de Espinoza, depuesto del mando por Caraballo, las dos naves continuaron en busca

de las Molucas. Se dirigieron por el norte de Borneo y el sur de Cagayán hacia Joló, Basilán y la punta austral de Mindanao. Con gran dificultad para guiarse, pues no hallaban pilotos seguros, tomaron de Mindanao hacia el sur por Sarangani, Sangi y Siau, hasta llegar a Tidore, en las Molucas, el 9 de noviembre de 1521.

El clavo abundaba en Terrenate, Tidore, Motil, Maquián y Bachián. Vieron, por fin, aquel árbol corpulento, de corteza como de oliva, de hoja parecida a la del laurel. Lo vieron envuelto en el manto de nieblas que cubren los collados de las islas. Comparaban la flor con la del azahar, y veían en los racimos una apariencia del espino o enebro. Visitaron los silos donde se guarda la rica especia, en espera de los mercaderes que van a comprarla.

Vieron los árboles de la nuez moscada, altos como los nogales de Castilla, y comparados por muchos a la nudosa carrasca, con sus frutas como bellotas.

El árbol de la canela se les antojó granado, y examinaron la corteza desprendida del tronco por la fuerza de los calores.

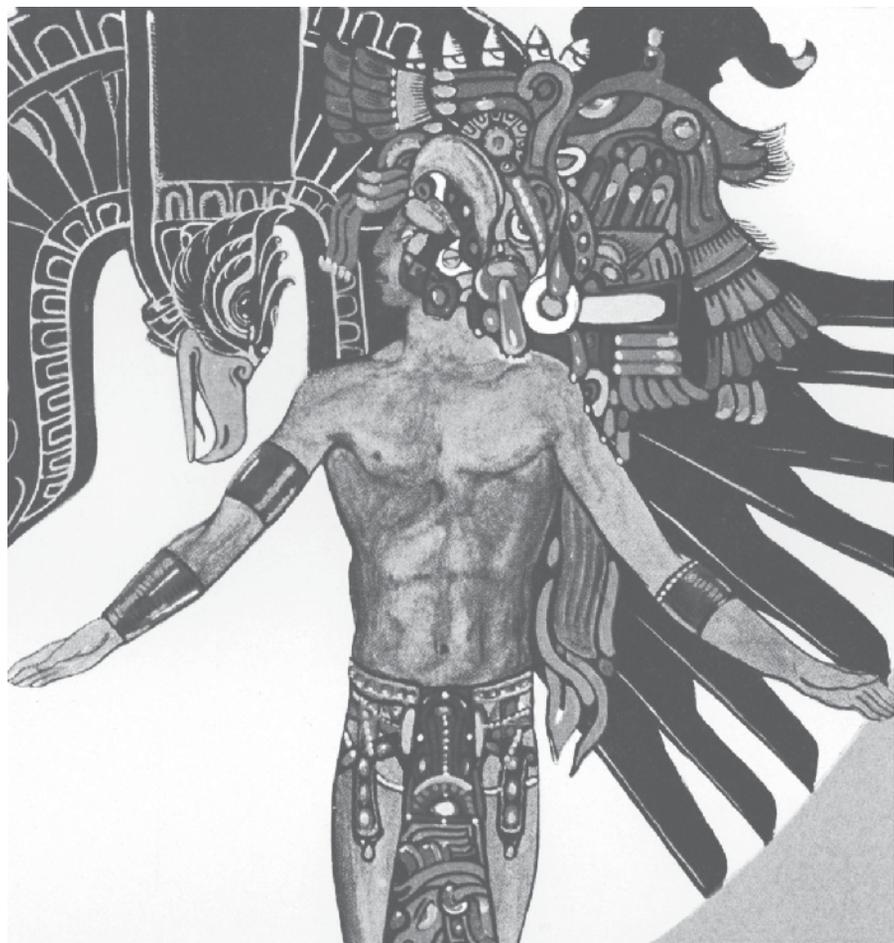
Los sembrados de jengibre se extendían en grandes vegas, como el azafrán de España, y lo encontraron también silvestre.

El oro de los archipiélagos, las perlas de Jagima y de Joló, la pimienta larga de Malua, que se abraza como hiedra a los árboles, el sándalo de Timor, los tejidos de ambón, y en los centros populosos los productos industriales de China y Japón, todo esto les daba la revelación de las verdaderas Indias, que durante cerca de 30 años habían buscado los españoles en los paraísos antillanos y en las selvas pantanosas de Darién y Veragua.

Los reyes de Tidore, Terrenate, Bachián, Maquián y Gilolo, se dieron por amigos y vasallos del emperador. Se habían conquistado, pues, el mundo de la quimera de Colón. Ya sólo faltaba que en Castilla se supiese el resultado de la expedición. Cargadas las naos; recibidas las cartas de sumisión de los reyes; metidos a bordo los papagayos y los presentes de miel labrada por las abejas-moscas, y acomodados los jóvenes de las islas que iban a España como embajadores de los nuevos vasallos, se encontró que la Trinidad no podría hacer el viaje sin reparaciones, que tomarían por lo menos hasta marzo de 1522. Era el mes de diciembre de 1521, y se acordó que Juan Sebastián Elcano partiese con la nao Victoria por la ruta índica de los portugueses, y que la Trinidad, convenientemente reparada, siguiese después el rumbo de Panamá, para que allí se transbordase la especería al mar del norte.

Como hemos dicho arriba, el 6 de septiembre de 1522 llegaba Juan Sebastián Elcano a Sanlúcar de Barrameda. Había salido el 21 de diciembre de 1521, con 60 compañeros, incluso 13 indios de Tidore. Recorrió, según su cuenta, 14 mil leguas en aquellos 10 meses. De la tripulación llegaron 18 a España, pues 15 fallecieron durante la navegación, dos desertaron en Timor y 12 fueron detenidos por los portugueses en Santiago de Cabo Verde. De los indios, algunos murieron también. La salud de todos los viajeros era mala, y su aspecto, lastimoso.





LA CONQUISTA





VIDA DE CUAUHTÉMOC

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

C uauhtémoc, águila que cayó, como significa el jeroglífico de su nombre, había nacido en lo que fue señorío de Tlatelolco, el año de 1496 según unos, o en 1502 según otros, pues los primeros afirman que era mozo de 23 a 24 años de edad —como dice Bernal Díaz del Castillo que le conoció— y los segundos aseguran, que era “mancebo de 18 años”, fundándose en el testimonio de Hernán Cortés, que así lo escribió en sus cartas a Carlos V.

Cuauhtémoc fue hijo del célebre Tlaccatecuhtli azteca Ahuizotl, cuyo indómito carácter heredó, y de la señora Tlilalcápatl, nieta del célebre poeta Netzahualcóyotl. Corría, pues, por sus venas la sangre de un guerrero y palpitaban en su corazón los nobles sentimientos de un melancólico poeta.

Cuauhtémoc, al levantarse el pueblo en contra de los españoles, era Hueiteopixque, o Sumo Sacerdote, Tēcuhctli o señor del *calpulli* o barrio del Tlatelolco, cacicazgo que había heredado de su madre, y Tlaccatécatl o general en jefe del ejército.

Los cronistas que le conocieron dicen que era hombre de mucho valor y terrible; muy esforzado, “de muy gentil disposición así de cuerpo como de facciones; y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no había falta en ellos... El color de su piel tiraba más a blanco que al color y matiz de esotros indios mexicanos”.

La actividad desplegada por Cuauhtémoc, durante los días que siguieron a la cruel matanza y rapiña en el Templo Mayor, fue característica en él desde entonces, como lo fue después cuando los suyos le confiaron el mando supremo del Imperio.

No había día que no saliese a combatir personalmente y no desperdiciaba instante para fortalecer el ánimo de sus soldados.

Vuelto Cortés a la ciudad el 24 de junio de 1520, encontró a México en guerra. Los ataques al cuartel de los españoles eran continuos. Desconfiando ya de Motecuhzoma, éste a su vez había mandado decir a los suyos, que “hiciesen cuenta que ya él no era nada”. Tanto insistió Cortés a fin de que cesasen las hostilidades de los levantados, que con imprudencia consistió enviar como mensajero a Cuitláhuac, hermano de Motecuhzoma y tíos ambos de Cuauhtémoc, el cual no regresó al cuartel y se rebeló en contra de su señor y del Conquistador ocupando a la muerte de Motecuhzoma su lugar.

Desde el 25 de junio, los mexicanos habían cerrado el mercado y no les llevaron víveres a los españoles. Cortés tuvo que mandarlo abrir por la fuerza y proveerse de comestibles.

Los ataques al cuartel se repetían. La mañana del 27 de junio de 1520 resolvieron subir a la azotea a Motecuhzoma,

con el fin de que suspendieran aquellos ataques furibundos. La versión indígena de los cronistas refiere que Motecuhzoma ya no tenía vida “porque hacía más de cinco horas que estaba muerto”, asesinado por los españoles, que le habían clavado en una espada y cubriéndolo con una rodela lo presentaban como vivo a sus vasallos. Lo cierto es, que en aquella ocasión no habló él sino Itzcuahtzin en su persona, diciéndoles “que mirasen lo que hacían porque su señor que estaba allí presente, les rogaba que curasen de pelear, porque no les iría bien de ello, y por ser los españoles tantos y tan valientes que no podrían prevalecer contra ellos; y él estaba ya preso con hierros, y que si peleasen contra los españoles temía que ellos le matarían...”

Apenas había Itzcuahtzin acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando el animoso Cuauhtémoc, a quien ya “querían elegir por rey”, altivo, y en alta voz dijo: “qué es lo que dice ese bellaco de Motecuhzoma, mujer de los españoles, pues con ánimo mujeril se entregó a ellos de puro miedo, porque ya no es nuestro rey, y como a tan vil hombre le hemos de dar el castigo y pago”.

Alzó el brazo y acompañando la acción al tremendo reproche, disparó una y varias flechas, secundándole los suyos a quienes comandaba como Tlacatécatl.

La versión de los cronistas castellanos, cuenta que fue entonces cuando Motecuhzoma recibió una pedrada, y que ella le ocasionó la muerte.

Muerto el temido señor, hasta ese día respetado por sus vasallos casi como dios, y elegido Cuitláhuac para sucederle en el gobierno de México, Cuauhtémoc, a las órdenes de su tío y

señor, y encabezando el grupo de sus valientes, prosiguió peleando con ardor: en las calles, frente al cuartel, en la calzada de Tacuba, por donde salieron huyendo los conquistadores la memorable Noche Triste del 30 de junio de 1520.

Los laureles conquistados en aquella jornada, pertenecen principalmente a Cuitláhuac, que por entonces había ocupado el *icpalli* del Imperio. Cuitláhuac gobernó primero como Tlacatécatl o general en jefe del ejército, durante los 80 días del duelo que acostumbraban guardar los mexicanos a la muerte de sus señores. El 7 de septiembre fue consagrado Tlacatecuhtli de México Tenochtitlán, o coronado emperador como dicen los cronistas, por querer designar las cosas indígenas con los nombres de las españolas. Cuitláhuac, con tal carácter gobernó otros 80 días desplegando una actividad inmensa para hostilizar a los conquistadores y resistirlos cuando volviesen a la ciudad; pero atacado de la peste de viruelas, importada por un negro de Narváez, murió a fines de noviembre de 1520.

Celebradas las exequias del difunto Señor de los mexicanos y transcurridos los 80 días rituales por su muerte, Cuauhtémoc fue a fin elegido Tlacatecuhtli, alta dignidad que le correspondía de justicia por su valor y por su inteligencia; porque fue sin duda el único de los *tecuhtin* o reyes que tuvo México, que concibiera la idea de constituir una nacionalidad.

No fue como sus antecesores en el Imperio un déspota, ni un tirano que agobiase a las otras tribus de su misma raza, imponiéndoles tributos excesivos y haciéndoles multitud de prisioneros, a fin de saciar la voracidad de corazones y de sangre humana, que los feroces dioses reclamaban en los horrendos sacrificios.

Cuauhtémoc, ante el peligro común que amenazaba a todas las tribus indígenas, les invitó repetidas veces para defenderse unidas en contra de los intrusos extranjeros.

Nadie lo comprendió. Divididas las tribus por odios seculares engendrados por las sangrientas guerras que se hacían entre sí, para imponerles nuevos tributos u obtener víctimas que inmolar a los voraces dioses, dejaron aislados a Cuauhtémoc y a su heroica gente; y los que no permanecieron indiferentes a que sucumbiera, ayudaron servilmente al Conquistador, y en centenares y millares acudieron a su lado para sitiar a la gran ciudad de México Tenochtitlán, que en el siglo XIV había surgido entre las aguas de los lagos, fundada en el islote donde sobre un nopal se había posado un águila que devoraba un serpiente, y que en el siglo XVI iba a ser sepultada bajo sus escombros, defendida por otra águila que cayó ahogada por la serpiente de la discordia.





SITIO DE MÉXICO

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

La defensa heroica de México Tenochtitlán por Cuauhtémoc, es la página más gloriosa de la historia de su vida.

Desde antes de que se formalizara el sitio, su actividad multiplicaba los preparativos para la defensa. Enviaba a los pueblos que estaban matriculados entre sus vasallos, empeñosos mensajeros en solicitud de ayuda de gente, dispensándoles en cambio de pagar los tributos, o por lo menos disminuyendo la cantidad de ellos. No cesaba de hostigar a los españoles por todos los medios que estaban a su alcance.

En el interior de la ciudad acopió toda clase de armas ofensivas y defensivas, dardos, macanas, rodelas y largas lanzas para atacar a los caballos. Abrió fosos y levantó albarradones, a modo de trincheras. Se proveyó de víveres, de leña, de agua potable. Reunió cuanta gente de guerra pudo, hábil y útil, pues a los débiles o enfermos que no podían prestar ayuda alguna, los despachó a los espesos bosques o a las altas montañas, a fin

de que allí permaneciesen ocultos. Puso trampas de ramas y troncos y estacadas, para que cayesen los caballos y no pudiesen navegar los bergantines de los extranjeros y las canoas de los indios aliados.

La lucha antes de cerrar el cerco y durante el sitio, fue tremenda y encarnizada. Escaramuzas, combates formales, peleas cuerpo a cuerpo para arrebatar las armas a los castellanos y con ellas causarles daño, de todo hubo, porque Cuauhtémoc estaba resuelto a no rendirse a los humanitarios ofrecimientos de paz, que les proponía Cortés, y había contestado: “que antes quería morir”; y había dicho a su gente que cuando ya no tuviesen armas, “se dejasen crecer las uñas de los dedos de las manos y desgarrasen con ellas las carnes de sus enemigos”.

La verdad es, que la conquista de aquella heroica ciudad la hicieron los mismos indios, y la defensa de la soñada patria sólo Cuauhtémoc y su gente valerosa.

Cortés, al formalizar el sitio, tenía un ejército de 86 caballos, 800 peones o infantes, tres cañones de hierro, 15 de cobre y 13 bergantines. En cambio el número de indios aliados lo hacen subir los cronistas a 200 mil, y por exagerada que sea la cifra, siempre superó muchísimo el ejército aliado al invasor.

Así, con mucho acierto hace observar el sabio historiador Clavijero: “Ya no tenían que temer los españoles por parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México más gente que la que Xerjes envió contra Grecia, si por causa de la situación de aquella capital no hubiese servido de embarazo más bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores.

Los mexicanos, por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenía aquella desventurada Corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacán; la república de Tlaxcala, de Huexotzingo y de Cholula; casi todas las ciudades del Valle de México; las numerosas naciones de totonasacas, mitecas, otomites, tlahuican, cohuizcas, matlazincas y otras, de modo que además de los enemigos extranjeros más de la mitad del Imperio conspiraba contra su ruina y la otra mitad la miraba con indiferencia”.

En vano Cuauhtémoc envió embajadores por todas partes. Llegó a ser tan criminal la conducta de algunas tribus, que el salvaje régulo de los tarascos Zinzincha Tangoaxan, sacrificó los embajadores para celebrar los funerales del viejo Zangua.

Tenían razón los heroicos mexicanos de ver con el mayor desprecio a aquellos estúpidos y rencorosos indios aliados. Escasos de provisiones como estaban, les arrojaban maíz y tortillas, gritándoles: “¡Tomad hambrientos!”. Al ver derrumbar uno a uno los templos de sus dioses y las casas de sus señores, y los muros de la ciudad, les decían con burla: “Tirad, destruid, que ya tendréis que edificar de nuevo”.

La situación de los sitiados era angustiosa. La peste, el hambre y la sed aumentaban el número de las víctimas, tanto, que faltaba ya gente para los combates. Los ataques no se interrumpían ni por las calzadas, ni por las calles, ni por dentro y fuera de la ciudad.

Una de las veces que Cortés ofreció la paz a Cuauhtémoc, reunió éste un consejo de los suyos, manifestándoles que estaba dispuesto a cumplir lo que se resolviese, y como todos estuviesen

por la guerra, dijo con calor: “Pues así queréis, que sea; guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y dende aquí adelante ninguno sea osado a me demandar paces, si no, yo le mataré”.

El venerable fray Bernardino de Sahagún, pinta bien los últimos días del sitio. “Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos y al calor del sol, y al frío de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer, bebían de el agua salada y hedionda; comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no quedó nadie, que los mismos padres y madres los comían (que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir) peleando el día y la noche, donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles”.

Según cómputo de Cortés, Díaz del Castillo y otros cronistas, murieron de los sitiados en la guerra 100 mil y de la peste 50 mil. De los sitiadores más de 100 españoles, y no se puede calcular el número de los aliados que perecieron. Los ataques a la ciudad duraron 93 días, desde el 21 de mayo hasta el 13 de agosto de 1521.

Los aliados incendiaban y derrumbaban casas por todas partes. Se disputaban el terreno palmo a palmo. Muchas ocasiones la crueldad de los indios tlaxcaltecas fue tal con los mexicanos, que los mismos españoles les fueron a las manos.

Los heroicos defensores de México Tenochtitlán fueron poco a poco perdiendo todo. Las mujeres y los niños vivían a las orillas del lago con el agua al cuello, entre los tules y otras plantas acuáticas.

“Al fin llegaron a tanto trabajo —dice Dorantes de Carranza— que Cuauh-temotzín hizo vestir y armar a todas las mujeres de la ciudad con sus armas, rodeles y espadas, para que peleasen como hombres, haciendo demostración por las calles, azoteas y terradas en gran número de gente, porque tenía México 200 mil vecinos, que todos los acabó la guerra”.

El 13 de agosto, por coincidencia extraña, los mexicanos contaban en su calendario el día *miquítzli*, esto es, muerte.

Cuauhtémoc no pudo más. Resolvió salir por entre los carrizales del lago con su familia y sus adictos y escoltado de las 50 canoas, que formaban su heroica flotilla, e ir en busca de algún pueblo amigo. Gonzalo de Sandoval mandaba los 11 bergantines españoles que quedaban, pues dos habían sido abordados e inutilizados por Cuauhtémoc. García de Holguín, que tripulaba uno de los más veleros, resolvió dar alcance a la embarcación del gran señor, la cual reconoció por ir entoldada y adornada ricamente. García de Holguín hizo señas para que se detuviese, y como no fue obedecido fingió tirar apuntando con las escopetas y ballestas. Cuauhtémoc se levantó en la popa de su canoa, presto a la defensa; pero reflexionando que con él estaban su esposa Tacuiachpo y otras mujeres, cuyas vidas no quiso peligrasen, dijo, imperiosamente: “No me tiren, que yo soy el rey de México y desta tierra y lo que te ruego es, que no me llegues ni a mi mujer ni a mis hijos, ni a ninguna mujer ni

a ninguna cosa de las que aquí traigo, sino que me tomes a mí y me lleves a Malinche”.

Malinche era el nombre con que designaban los indios a Cortés, quizá por verlo siempre al lado de la célebre Malíntzin o Marina, que con Jerónimo de Aguilar, sirvió de “lengua” o intérprete a los conquistadores.

Al oír las palabras de Cuauhtémoc, García de Holguín tuvo gran gozo, e hizo subir a su prisionero en el bergantín, poniéndoles mantas y esteras para que se sentase en compañía de sus familiares. Les dio de comer y tomó rumbo para conducirlos ante el Conquistador.

Gonzalo de Sandoval, cuando supo la prisión de Cuauhtémoc —refiere Bernal Díaz del Castillo— disputó a García de Holguín la gloria de llevar a tan ilustre prisionero, alegando que él era el jefe de la flota de los bergantines; pero García de Holguín no cedió el honor que le había deparado la suerte y que le quería arrebatarse Sandoval. Los mexicanos se habían rendido en un sitio conocido ahora por el barrio de la Concepción Tequipeuhca, donde existió un Teocalli que fue substituido por un templo cristiano. Cerca de este lugar existió otro barrio pequeño conocido en la época de la conquista con el nombre de Amaxac, donde hoy están las calles de Santa Lucía, llamadas así por una ermita que allí edificaron los españoles.

En este barrio de Amaxac, en la azotea de un principal llamado Aztatoatzin, esperó Cortés al valeroso Cuauhtémoc, la tarde en que se lo llevaron prisionero.

Cortés estaba sentado en una silla de brazos, bajo un dosel de toldo carmesí. Junto tenía a varios de sus capitanes y a doña

Marina y a Jerónimo de Aguilar. Frente a frente con el Conquistador, el joven prisionero, le dijo: “Señor Malinche, yo ya he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos y no puedo más... Haz de mí lo que quisieres...”. Y poniendo la mano sobre la empuñadura de una daga que Cortés tenía en el cinto, agregó: “Dame de puñaladas y máta-me... Es lo mejor... Aborrezco el vivir y me será ya molesto”. “Cortés le respondió —dice Díaz del Castillo— con doña Marina y Aguilar, y dijo muy amorosamente que por haber sido tan valiente y haber defendido su ciudad se le tenía en mucho y tenía en más a su persona... que descansase su corazón y de sus capitanes, e que mandara a México y a sus provincias como de antes lo solía hacer...”.

Luego ordenó que Gonzalo de Sandoval condujera a Cuauhtémoc al cercano pueblo de Coyoacán, juntamente con su mujer y los otros señores principales que habían caído prisioneros.





ANTIGUA TENOXITLÁN

ALFONSO REYES

Tres sitios concentran la vida de la ciudad: en toda ciudad normal otro tanto sucede. Uno es la casa de los dioses, otro el mercado y el tercero el palacio del emperador. Por todas las collaciones y barrios aparecen templos, mercados y palacios menores. La triple unidad municipal se multiplica, bautizando con un mismo sello toda la metrópoli.

El templo menor es un alarde de piedra. Desde las montañas de basalto y de pórfido que cercan el valle, se han hecho rodar moles gigantescas. Pocos pueblos —escribe Humboldt— habrán removido mayores masas. Hay un tiro de ballesta de esquina a esquina del cuadrado, base de la pirámide. De la altura, puede contemplarse todo el panorama chinesco. Alza el templo 40 torres, bordadas por fuera, y cargadas en lo interior de imaginería zaquizamés, maderamiento picado de figuras y monstruos. Los gigantes ídolos —afirma Cortés— están hechos con una mezcla de todas las semillas y legumbres que

son alimento del azteca. A su lado, el tambor de piel de serpiente que dejaba oír a dos leguas su fúnebre retumbo; a su lado, bocinas, trompetas y navajones. Dentro del templo pudiera haber una villa de 500 vecinos. El muro que lo circunda fórmanlo unas moles en figura de culebras asidas, que serán más tarde pedestales para las columnas de la catedral. Los sacerdotes viven en la muralla cerca del templo; visten hábitos negros, usan los cabellos largos y despeinados, evitan ciertos manjares, practican todos los ayunos. Junto al templo están recluidas las hijas de algunos señores, que hacen vida de monjas y gastan los días tejiendo en pluma.

Pero las calaveras expuestas y los testimonios ominosos del sacrificio, pronto alejan al soldado cristiano, que, en cambio, se exhibe con deleite en la descripción de la feria.

Se hallan en el mercado —dice— “todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra”. Y después explica que algunas más en punto a mantenimientos, vituallas, platería. Esta plaza principal está rodeada de portales, y es igual a los de Salamanca. Discurren por ella diariamente —quiere hacernos creer— 60 mil cuando menos. Cada especie o mercadería tiene su calle sin que se consienta confusión. Todo se vende por cuenta y medida, pero no por peso. Tampoco se tolera el fraude: por entre aquel torbellino, andan siempre disimulados unos celosos agentes, a quienes se ha visto romper las medidas falsas. Diez o doce jueces, bajo su solio, deciden los pleitos del mercado, sin ulterior trámite de alzada, en equidad y a vista del pueblo. A aquella gran plaza traían a tratar los esclavos, atados en unas varas largas y sujetos por el collar.

Allí venden —dice Cortés— joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañoncitos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves que congrega la variedad de los climas mexicanos, tales como perdices y codornices, gallinas, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas y pajaritos en cañuela; buharros y papagayos, halcones, águilas, cernícalos, gavilanes. De las aves de rapiña véndense también los plumones con cabeza, uñas y pico. Hay conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, topos, lirones y perros pequeños que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde se venden raíces y hierbas de salud, en cuyo conocimiento empírico se fundaba la medicina: más de 1,200 hicieron conocer los indios al doctor Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II y Plinio de la Nueva España. Al lado, los boticarios ofrecen ungüentos, emplastos y jarabes medicinales. Hay casas de barbería donde lavan y rapan la cabeza. Hay casas donde se come y bebe por precio. Mucha leña, astilla de ocote, carbón y braseros de barro. Esteras para la cama, y otras más finas, para el asiento o para esterar salas y cámaras. Verduras en cantidad, y sobre todo, cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro, acedera, cardos y tagarninas. Los capulines y las ciruelas son las frutas que más se venden. Miel de abejas y cera de panal; miel de caña de maíz tan untuosa y dulce como la de azúcar; miel de maguey, de que hacen también azúcares y vinos. Cortés, describiendo estas mieles al

emperador Carlos V, le dice con encantadora sencillez: “¡Mejores que el arropel!”. Los hilados de algodón para colgaduras, tocas, manteles y pañizuelos, le recuerdan la Alcaicería de Granada. Asimismo hay mantas de henequén, sogas y cotaras y otras zarrabusterías que sacan del henequén. Hay hojas vegetales de que hacen su papel. Hay cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco. Colores de todos los tintes y matices. Aceites de chía que unos comparan a mostaza y otros a zaragatona, con que hacen la pintura, inatacable por el agua: aún conserva el indio el secreto de esos brillos de esmalte con que unta sus jícaras y vasos de palo. Hay cueros de venado con pelo y sin él grises y blancos, artificiosamente pintados; cueros de nutrias, tejones y gatos monteses, de ellos adobados y de ellos sin adobar. Vasijas, cántaros y jarros de toda forma y fábrica, pintados, vidriados y de singular barro y calidad. Maíz en grano y en pan, superior al de la Islas conocidas y Tierra Firme. Pescado fresco y salado, crudo y guisado. Huevos de gallinas y ánsares, tortillas de huevos de las otras aves.

El zumbar y ruido de la plaza —dice Bernal Díaz— asombra a los mismos que han estado en Constantinopla y en Roma. Es como un mareo de los sentidos, como un sueño de Brueghel, donde las alegorías de la materia cobran un calor espiritual. En pintoresco atolondramiento, el Conquistador va y viene por las calles de la feria y conserva de sus recuerdos la emoción de un raro y palpitante caos: las formas se funden entre sí; estallan en cohete los colores; el apetito despierta al olor picante de las yerbas y las especias. Rueda, se desborda del azafate todo el paraíso de la fruta: globos de color, ampollas transparentes, racimos de

lanzas, piñas escamosas y cogollos de hojas. En las bateas redondas de sardinas, giran los reflejos de plata y de azafrán, las orlas de aletas y colas en pincel; de una cuba sale la bestial cabeza del pescado, bigotudo y atónito. En las calles de la cetrería, los picos sedientos, las alas azules y guindas, abiertas como un laxo abanico, las patas crispadas que ofrecen una consistencia terrosa de raíces; el ojo duro y redondo, del pájaro muerto. Más allá las pilas de granos vegetales, negros, rojos, amarillos y blancos, todos relucientes y oleaginosos. Después, la venatería confusa, donde sobresalen, por entre colinas de lomos y flores de manos callosas, un cuerno, un hocico, una lengua colgante: fluye por el suelo un hilo rojo que se acercan a lamer los perros. A otro término, el jardín artificial de tapices y de tejidos, los juguetes de metal y de piedra, raros y monstruosos, sólo comprensibles —siempre— para el pueblo que los fabrica y juega con ellos; los mercaderes rifadores, los joyeros, los pellejeros, los alfareros, agrupados rigurosamente por gremios como en las procesiones de Alsloot. Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren por entre el barro como en su elemento nativo: forman asas a los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos. Hay, en la cintura de las tinajas, unos vivos de negro y oro que recuerdan el collar ceñido a su garganta. Las anchas ollas parecen haberse sentado, como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos. El agua, rezumando, gorgoritea en los búcaros olorosos.

“Lo más lindo de la plaza —declara Gómara— está en las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma

una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas, tan al propio que parece lo mismo, que o está vivo o natural. Y aconteceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o a contrapelo, o al través, de la haz o del envés; y, en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera como en la nuestra.

”El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego: un plato ochavado, el un cuarto de oro y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aunque tengan muchas. Vacían un papagayo que se le ande la lengua, que se le meneen la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso que parezca que hila, o una manzana que parezca que come. Y lo tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan, asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras y agujeran perlas...”.

Los juicios de Bernal Díaz no hacen ley en materia de arte; pero bien revelan el entusiasmo con que los conquistadores consideraron al artífice indio: “Tres indios hay en la Ciudad de México —escribe— tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el

Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles y de Miguel Ángel o Berruguete, que son de nuestros tiempos, los pusieron en número dellos”.

El emperador tiene contrahechas en oro y plata y piedras y plumas, todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío. El emperador aparece, en las viejas crónicas, cual un fabuloso Midas cuyo trono reluciera tanto como el sol. Si hay poesía en América —ha podido decir el poeta— ella está en el gran Moctezuma de la silla de oro. Su reino de oro, su palacio de oro, sus ropajes de oro, su carne de oro. El mismo ¿no ha de levantar sus vestiduras para convencer a Cortés de que no es de oro? Sus dominios se extienden hasta términos desconocidos; a todo correr, parten a los cuatro vientos sus mensajeros, para hacer ejecutar sus órdenes. A Cortés, que le pregunta si era vasallo de Moctezuma, responde el asombrado cacique:

—Pero, ¿quién no es su vasallo?

Los señores de todas esas tierras lejanas residen mucha parte del año en la misma corte, y envían sus primogénitos al servicio de Moctezuma. Día por día acuden al palacio hasta 600 caballeros cuyos servidores y cortejo llenan dos o tres dilatados patios y todavía hormigean por la calle, en los aledaños de los sitios reales. Todo el día pulula en torno del rey el séquito abundante, pero sin tener acceso a su persona. A todos se sirve de comer a un tiempo, y la botillería y despensa quedan abiertas para el que tuviere hambre y sed. “Venían 300 o 400 mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba (el emperador) le traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y

yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un brasero con brasa, porque no se enfriase”. Sentábase el rey en una almohadilla de cuero, en medio de un salón que se iba poblando con sus servidores; y mientras comía, daba de comer a cinco o seis señores ancianos que se mantenían desviados de él. Al principio y fin de las comidas, unas servidoras le daban aguamanos, y ni la toalla, platos, escudillas y braseros que una vez sirvieron volvían a servir. Parece que mientras cenaba se divertía con los chistes de sus juglares y jorobados, o se hacía tocar música de zampoñas, flautas, caracoles, huesos y atabales, y otros instrumentos así. Junto a él ardían unas ascuas olorosas, y le protegía de las miradas un biombo de madera. Daba a los truhanes los relieves de su festín y les convidaba con jarros de chocolate. “De vez en cuando —recuerda Bernal Díaz— traían unas copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres”.

Quitada la mesa, ida la gente, comparecían algunos señores, y después los truhanes y jugadores de pies. Unas veces el emperador fumaba y reposaba, y otras veces tendían una estera en el patio y comenzaban los bailes al compás de los leños huecos. A un fuerte silbido empiezan a sonar los tambores y los danzantes van apareciendo con ricos mantos, abanicos, ramilletes de rosas, papahígos de pluma que fingen cabezas de águilas, tigres y caimanes. La danza alterna con el canto; todos se toman de las manos y empiezan por movimientos suaves y voces bajas. Poco a poco van animándose; y, para que el gusto

no decaiga, circulan por entre las filas de danzantes los escanciadores, colando en hondos jarros el vino.

Moctezuma “vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa, no entraban calzados” y cuando comparecían ante él, se mantenían humillados, la cabeza baja y sin mirarle a la cara. “Ciertos señores —añade Cortés— reprehendían a los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaba exentos mirándome a la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza”. Descalzábanse, pues, los señores, cambiaban los ricos mantos por otros más humildes, y se adelantaban con tres reverencias: “Señor —mi señor— gran señor”. “Cuando salía fuera el dicho Moctezuma, que eran pocas veces, todos los que iban por él y los que topaba por las calles, le volvían el rostro, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba”, nota Cortés. Precedíale uno como lictor con tres varas delgadas, una de las cuales empuñaba él cuando descendía de las andas. Hemos de imaginarlo cuando se adelanta a recibir a Cortés, apoyado en brazos de dos señores, a pie y por mitad de una ancha calle. Su cortejo, en larga procesión camina tras él formando dos hileras arrimado a los muros. Precédenle sus servidores, que extienden tapices a su paso.

El emperador es aficionado a la caza; sus cetreros pueden tomar cualquier ave a ojeo, según era fama; en tumulto, sus monteros acosan a las fieras vivas. Mas su pasatiempo favorito es la caza de altanería: de garzas, milanos, cuervos y picazas. Mientras unos andan a volatería con lazo y señuelo, Moctezuma

tira con el arco y la cerbatana. Sus cerbatanas tienen los broqueles y puntería tan largos como un jeme y de oro: están adornadas con formas de flores y animales.

Dentro y fuera de la ciudad tiene sus palacios y casas de placer y en cada una, su manera de pasatiempo. Abrense las puertas a calles y a plazas, dejando ver patios con fuentes, losados como los tableros de ajedrez; paredes de mármol y jaspe, pórfido, piedra negra; muros veteados de rojo, muros traslucientes; techos de cedro, pino, palma, ciprés, ricamente entallados todos. Las cámaras están pintadas y esteradas; tapizadas otras con telas de algodón, con pelo de conejo y con pluma. En el oratorio hay chapas de oro y plata con incrustaciones de pedrería. Por los babilónicos jardines —donde no se consentía hortaliza ni fruto alguno de provecho— hay miradores y corredores en que Moctezuma y sus mujeres salen a recrearse; bosques de gran circuito con artificios de hojas y flores, conejeras, vivares, riscos y peñoles, por donde vagaban ciervos y corzos; 10 estanques de agua dulce o salada, para todo linaje de aves palustres y marinas, alimentadas con el alimento que les es natural: unas con pescados, otras con gusanos y moscas, otras con maíz y algunas con semillas más finas. Cuidan de ellas 300 hombres, y otros cuidan de las aves enfermas. Unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan a las aves de comer; unos son para espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las pelan para aprovechar la pluma. A otra parte se hallan las aves de rapiña, desde los cernícalos y alcotanes hasta el águila real, guarecidas bajo toldos y provistas de sus alcándaras. También hay leones

enjaulados, tigres, lobos, adives, zorras, culebras, gatos, que forman un infierno de ruidos, y a cuyo cuidado se consagran otros 300 hombres. Y para que nada falte en este museo de historia natural, hay aposentos donde viven familias de albinos, de monstruos, de enanos, corcovados y demás contrahechos.

Había casas para granero y almacenes, sobre cuyas puertas veíanse escudos que figuraban conejos y donde se aposentaban los tesoreros, contadores y receptores; casas de armas cuyo escudo era un arco con dos aljabas, donde había dardos, hondas, lanzas y porras, broqueles y rodelas, cascos, grabas y brazaletes, bastos con navaja de pedernal, varas de uno de dos gajos, piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses que, al desenrollarse, cubren todo el cuerpo del guerrero.

Cuatro veces el Conquistador anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma: cuatro veces renunció, fatigado.





EL PADRE DE LAS CASAS

JOSÉ MARTÍ

Cuatro siglos es mucho, son 400 años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre de las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fue bueno... No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre de las Casas, porque con la bondad se le fue poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa.

Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias*, los horrores que vio en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la Isla Española en un barco de

aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latinos. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de 24 años. El sol lo veía él siempre salir sobre la cubierta. Iba alegre en el barco, como aquel que va a ver maravillas.

Pero desde que llegó empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa y se vivía como en una flor: ¡pero aquellos conquistadores debían venir del infierno, no de España! Español era él también y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres: ¡porque en 10 años ya no quedaba indio vivo de los 3 millones o más, que hubo en la Española! Él no los iba cazando, con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas; él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar, o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas; él no los azotaba hasta verles desmayar, porque no sabían decirle a su amo dónde había más oro; él no se gozaba con sus amigos, a la hora de comer, porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó cortar en castigo las orejas; él no se ponía el jubón de lujo, y aquella capa que llamaban ferreruelo, para ir muy galán a la plaza a las 12, a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema de los cinco indios. Él los vio quemar, los vio mirar con desprecio desde la hoguera a los verdugos, y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fue a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

Ya en la isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos, la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa con las manos a la espalda, para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a 6 mil niños en tres meses. Y los oidores le decían: “Cálmese, licenciado, ya se hará justicia”. Se echaban el ferreruelo al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos que eran los ricos del país y tenían buen vino y buena miel de Alcarria.

Ni merienda ni sueño había para Las Casas: sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito los buscasen mejor a los indios cimarrones; le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala, le habían cortado a un indio la mano; creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió cómo se iluminaba y crecía, y cómo que eran sus hijos todos los indios americanos.

De abogado no tenía autoridad y lo dejaban solo; de sacerdote tendría la fuerza de la Iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar

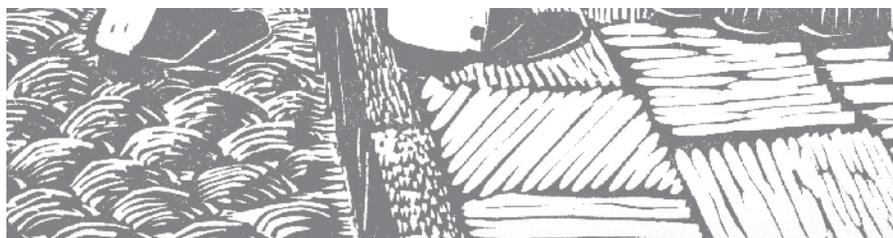
la corte. Y el día en que entró de sacerdote, toda la isla fue a verlo con el asombro de que tomara aquella carrera un licenciado de fortuna; y las indias le echaron, al pasar, a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid, de pelea con el rey mismo; contra España toda, él solo, de pelea.





LA COLONIA





LAS MULAS DE SU EXCELENCIA

VICENTE RIVA PALACIO

En la gran extensión de Nueva España puede asegurarse que no existía una pareja de mulas como las que tiraban de la carroza de Su Excelencia el señor virrey, y eso que tan dados eran en aquellos tiempos los conquistadores de México a la cría de las mulas, y tan afectos a usarlas como cabalgadura, que los reyes de España, temiendo que afición tal fuese causa del abandono de la cría de caballos y del ejercicio militar, mandaron que se obligase a los principales vecinos a tener caballos propios y disponibles para el combate; pero las mulas del virrey eran la envidia de todos los ricos y la desesperación de los ganaderos de la capital de la colonia.

Altas, con el pecho tan ancho como el del potro más poderoso. Los cuatro remos finos y nerviosos como los de un reno; la cabeza descarnada, y las movibles orejas y los negros ojos como los de un venado. El color tiraba a castaño, aunque con algunos reflejos dorados, y trotaban con tanta ligereza que apenas podría seguir las un caballo al galope.

Además de eso, de tanta nobleza y tan bien arrendadas, que al decir del cochero de Su Excelencia, manejarse podrían, si no con dos hebras de las que forman las arañas, cuando menos con dos ligeros cordones de seda.

El virrey se levantaba todos los días con la aurora; le esperaba el coche al pie de la escalera de palacio; él bajaba pausadamente; contemplaba con orgullo su incomparable pareja; entraba en el carruaje; se santiguaba devotamente, y las mulas salían haciendo brotar chispas de las pocas piedras que se encontraban en el camino.

Después de un largo paseo por los alrededores de la ciudad, llegaba el virrey, poco antes de las 8 de la mañana; a detenerse ante la catedral, que en aquel tiempo, y con gran actividad, se estaba construyendo.

Iba aquella obra muy adelantada, y trabajaban allí multitud de cuadrillas, que generalmente se dividían por nacionalidades, y eran unas de españoles, otras de indios, otras de mestizos y otras de negros, con el objeto de evitar choques, muy comunes por desgracia, entre operarios de distinta raza.

Había entre aquellas cuadrillas dos que se distinguían por la prontitud y esmero con que cada una de ellas desempeñaba los trabajos más delicados que se le encomendaban, y era lo curioso que una de ellas estaba compuesta de españoles y la otra de indios.

Era capataz de la española un robusto asturiano, como de 40 años, llamado Pedro Noriega. El hombre de más mal carácter,

pero de más buen corazón que podía encontrarse en aquella época entre todos los colonos.

Luis de Rivera gobernaba como capataz la cuadrilla de los indios, porque más aspecto tenía de indio que de español, aunque era mestizo del primer cruzamiento, y hablaba con gran facilidad la lengua de los castellanos y el idioma náhuatl o mexicano.

No gozaba tampoco Luis de Rivera de un carácter angelical: era levantisco y pendenciero, y más de una vez había dado ya que hacer a los alguaciles.

Por una desgracia, las dos cuadrillas tuvieron que trabajar muy de cerca de una de la otra, y cuando Pedro Noriega se enfadaba con los suyos, que era muchas veces al día, les gritaba con voz de trueno:

—¡Qué españoles tan brutos! ¡Parecen indios!

Pero no bien había terminado aquella frase, cuando, viniendo o no al caso, Rivera les gritaba a los suyos:

—¡Qué indios tan animales! ¡Parecen españoles!

Como era natural, esto tenía que dar fatales resultados. Los directores de la obra no cuidaron de separar aquellas cuadrillas, y como los insultos menudeaban, una tarde Noriega y Rivera llegaron, no a las manos, sino a las armas, porque cada uno de ellos venía preparado ya para un lance, y tocóle la peor parte al mestizo, que allí quedó muerto de una puñalada.

Convirtiósese aquello en un tumulto, y necesario fue para calmarle que ocurriera gente de justicia y viniera tropa de palacio.

Separóse a los combatientes: levantóse el cadáver de Luis de Rivera, y atado codo con codo salió de allí el asturiano, en medio de los alguaciles, para la cárcel de la ciudad.

Como el virrey estaba muy indignado; como los señores de la Audiencia ardían en deseos de hacer un ejemplar castigo al mismo tiempo que complacer al virrey, y como existía una real cédula disponiendo que los delitos de españoles contra hijos del país fueran castigados con mayor severidad, antes de 15 días el proceso estaba terminado y Noriega sentenciado a la horca.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de los vecinos para alcanzar el indulto: ni los halagos de la virreina, ni los memoriales de las damas, ni el influjo del señor arzobispo, nada; el virrey, firme y resuelto, a todo se negaba, dando por razón la necesidad de hacer un singularísimo y notable castigo ejemplar.

La familia de Noriega, que se reducía a la mujer y a una guapa chica de 18 años, desoladas iban todo el día, como se dice vulgarmente, de Herodes a Pilatos, y pasaban largas horas al pie de la escalera de palacio, procurando siempre ablandar con su llanto el endurecido corazón de Su Excelencia.

Muchas veces esperaban al pie del coche en que el virrey iba a montar, y contaban sus cuitas, que la desgracia siempre cuenta, al cochero del virrey, que era un andaluz joven y soltero.

Como era natural, tanto enternecían a aquel buen andaluz las lágrimas de la madre como los negros ojos de la hija. Pero él no se atrevía a hablar al virrey, comprendiendo que lo que tantos personajes no habían alcanzado él no debía siquiera intentar.

Y sin embargo, todavía la víspera del día fijado para la ejecución decía a las mujeres, entre convencido y pesaroso:

—¡Todavía puede hacer Dios un milagro! ¡Todavía puede hacer Dios un milagro!

Y las pobres mujeres veían un rayo de esperanza; porque en los grandes infortunios, los que no creen en los milagros sueñan siempre en lo inesperado.

Llegó por fin la mañana terrible de la ejecución, y cubierto de escapularios el pecho, con los ojos vendados, apoyándose en el brazo de los sacerdotes, que a voz en cuello lo exhortaban en aquel trance fatal, causando pavor hasta a los mismos espectadores, salió Noriega de la cárcel, seguido de una inmensa muchedumbre que caminaba lenta y silenciosamente, mientras que el pregonero gritaba en cada esquina:

“Esta es la justicia que se manda hacer con este hombre, por homicidio cometido en la persona de Luis de Rivera.

“Que sea ahorcado.

“Quien tal hace, que tal pague”.

El virrey aquella mañana montó en su carroza, preocupado y sin detenerse, como de costumbre, a examinar su pareja de mulas; quizá luchaba con la incertidumbre de si aquello era un acto de energía o de crueldad.

El cochero, que sabía ya el camino que tenía que seguir, agitó las riendas de las mulas ligeramente, y los animales partieron al trote. Cerca de un cuarto de hora pasó el virrey

inmóvil en el fondo del carruaje y entregado a sus meditaciones; pero repentinamente sintió una violenta sacudida, y la rapidez de la marcha aumentó de una manera notable. Al principio prestó poca atención, pero a cada momento era más rápida la carrera.

Su Excelencia sacó la cabeza por una de las ventanillas, y preguntó al cochero:

—¿Qué pasa?

—Señor, que se han espantado estos animales y no obedecen.

Y el carruaje atravesaba calles y callejuelas y plazas, y doblaba esquinas sin chocar nunca contra los muros, pero como si no llevara rumbo fijo y fuera caminando al azar.

El virrey era hombre de corazón y resolvió esperar el resultado de aquello, cuidando no más de colocarse en uno de los ángulos del carruaje y cerrar los ojos.

Repentinamente detuviéronse las mulas; volvió a sacar el virrey la cabeza por el ventanillo, y se encontró rodeado de multitud de hombres, mujeres y niños que gritaban alegremente:

—¡Indultado! ¡Indultado!

La carroza del virrey había llegado a encontrarse con la comitiva que conducía a Noriega al patíbulo; y como era de ley que si el monarca en la metrópoli, o los virreyes en las colonias, encontraban a un hombre que iba a ser ejecutado, esto valía el indulto, Noriega con aquel encuentro feliz quedó indultado por consiguiente.

Volvióse el virrey a palacio, no sin llevar cierta complacencia porque había salvado la vida de un hombre sin menoscabo de su energía.

Tornaron a llevar a la cárcel al indultado Noriega, y todo el mundo atribuyó aquello a un milagro patente de Nuestra Señora de Guadalupe, de quien era ferviente devota la familia de Noriega.

No se sabe si el cochero, aunque aseguraba que sí, creía en lo milagroso del lance. Lo que sí pudo averiguarse fue que tres meses después se casó con la hija de Noriega, y que Su Exce-
lencia le hizo un gran regalo de boda.

La tradición agrega que aquel lance fue el que dio motivo a la real cédula que ordenaba que un día de ejecución de justicia no salieran de palacio los virreyes.

¡Para que se vea de todo lo que son capaces las mulas!





EL OBISPO CHICHEÑO

RICARDO PALMA

Lima, como todos los pueblos de la tierra, ha tenido (y tiene) un gran surtido de tipos extravagantes, locos mansos y cándidos. A esta categoría pertenecieron, en los tiempos de la República, Bernardito, Basilio Yegua, Manongo Moñón, Bofetada del Diablo, Saldamando, Cogoy, el Príncipe, Adefesios en Misa de Una, Felipe la Cochina, y pongo punto por no hacer interminable la nomenclatura.

Por los años de 1780 comía pan en esta ciudad de los reyes un bendito de Dios, a quien pusieron en la pila bautismal el nombre de Ramón. Era éste un pobrete de solemnidad, mantenido por la caridad pública, y el hazmerreír de muchachos y gente ociosa. Hombre de pocas palabras, pues para complemento de desdichas era tartamudo, a todo contestaba con un *sí, señor*, que al pasar por su desdentada boca se convertía en *chí, cheñó*.

El pueblo llegó a olvidar que nuestro hombre se llamaba Ramoncito, y todo Lima lo conocía por Chicheño, apodo que

se ha generalizado después aplicándolo a las personas de carácter benévolo y complaciente que no tienen hiel para proferir una negativa rotunda. Diariamente, y aun tratándose de ministros de Estado, oímos decir en la conversación familiar: “¿Quién? ¿Fulano? ¡Si ese hombre no tiene calzones! Es un Chicheño”.

En el año que hemos apuntado llegaron a Lima, con procedencia directa de Barcelona, dos acaudalados comerciantes catalanes, trayendo un valioso cargamento. Consistía éste en sederías de Manila, paño de San Fernando, alhajas, casullas de lana y brocado, mantos para imágenes y lujosos paramentos de iglesia. Arrendaron un vasto almacén en la calle de Bodegones, adornando una de las vidrieras con pectorales y cruces de brillantes, cálices de oro con incrustaciones de piedras preciosas, anillos, arracadas y otras prendas de rubí, ópalo, zafiro, perlas y esmeraldas. Aquella vidriera fue pecadero de las limeñas y tenaz conflicto para el bolsillo de padres, maridos y galanes.

Ocho días llevaba de abierto el elegante almacén, cuando tres andaluces que vivían en Lima, más pelados que ratas de colegio, idearon la manera de apropiarse parte de las alhajas, y para ello ocurrieron al originalísimo expediente que voy a referir.

Después de proveerse de un traje completo de obispo, vistieron con él a Ramoncito, y dos de ellos se plantaron sotana, solideo y sombrero de clérigo.

Acostumbraban los miembros de la Audiencia ir a las 10 de la mañana a palacio en coche de cuatro mulas, según lo dispuesto en una real pragmática.

El conde de Pozos-Dulces, don Melchor Ortiz de Rojano, era a la sazón primer regente de la Audiencia, y tenía por cochero a un negro devoto del aguardiente, quien, después de dejar a su amo en palacio, fue seducido por los andaluces, que le regalaron media pelucona a fin de que pusiese el carruaje a disposición de ellos.

Acababan de sonar las 10, hora de almuerzo para nuestros antepasados, y las calles próximas a la plaza Mayor estaban casi solitarias, pues los comerciantes cerraban las tiendas a las 9:30, y seguidos de sus dependientes iban a almorzar en familia. El comercio se reabría a las 11.

Los catalanes de Bodegones se hacían llevar con un criado el desayuno a la trastienda del almacén, e iban ya a sentarse a la mesa cuando un lujoso carruaje se detuvo a la puerta. Un paje de aristocrática librea, que iba a la zaga del coche, abrió la portezuela y bajó el estribo, descendiendo dos clérigos y tras ellos un obispo.

Penetraron los tres en el almacén. Los comerciantes se deshicieron en cortesías, besaron el anillo pastoral y pusieron junto al mostrador silla para Su Ilustrísima. Uno de los familiares tomó la palabra y dijo:

—Su Señoría el señor obispo de Huamanga, de quien soy humilde capellán y secretario, necesita algunas alhajitas para decencia de su persona y de su santa iglesia catedral, y sabiendo que todo lo que ustedes han traído de España es de última moda, ha querido darles la preferencia.

Los comerciantes hicieron, como es de práctica, la apología de sus artículos, garantizando bajo palabra de honor que ellos

no daban gato por liebre, y añadiendo que el señor obispo no tendría que arrepentirse por la distinción con que los honraba.

—En primer lugar —continuó el secretario— necesitamos un cáliz de todo lujo para las fiestas solemnes. Su Señoría no se para en precios, que no es ningún roñoso.

—¿No es así, ilustrísimo señor?

—*Chí, cheñó*— contestó el obispo.

Los catalanes sacaron a lucir cálices de primoroso trabajo artístico. Tras los cálices vinieron cruces y pectorales de brillantes cadenas de oro, anillos, alhajas para la Virgen de no sé qué advocación y regalos para las monjitas de Huamanga. La factura subió a 15 mil duros mal contados.

Cada prenda que escogían los familiares la enseñaban a su superior preguntándole:

—¿Le gusta a su señoría ilustrísima?

—*Chí, cheñó*— contestaba el obispo.

—Pues al coche.

Y el pajecito cargaba con la alhaja, a la vez que uno de los catalanes apuntaba el precio en un papel.

Llegado el momento del pago, dijo el secretario:

—Iremos por las talegas al palacio arzobispal, que es donde está alojado su señoría, y él nos esperará aquí. Cuestión de 15 minutos. ¿No le parece a su señoría ilustrísima?

—*Chí, cheñó*, respondió el obispo.

Quedando en rehenes tan caracterizado personaje, los comerciantes no tuvieron ni asomo de desconfianza, amén que aquellos no eran estos tiempos de bancos y papel-manteca en que 15 mil duros no hacen peso en el bolsillo.

Marchados los familiares, pensaron los comerciantes en el desayuno, y acaso por llenar fórmula de etiqueta dijo uno de ellos:

—¿Nos hará su señoría ilustrísima el honor de acompañarnos a almorzar?

—*Chí, cheñó.*

Los catalanes enviaron a las volandas al fámulo por algunos platos extraordinarios, y sacaron sus dos mejores botellas de vino para agasajar al príncipe de la Iglesia, que no sólo les dejaba fuerte ganancia en la compra de alhajas, sino que les aseguraba algunos centenares de indulgencias valederas en el otro mundo.

Sentáronse a almorzar, y no les dejó de parecer chocante que el obispo no echase su bendición al pan, ni rezase siquiera en latín, ni por más que ellos se esforzaron en hacerlo conversar, pudieran arrancarle otras palabras que *chí, cheñó.*

El obispo tragó como un Heliogábalo.

Y entretanto pasaron dos horas, y los familiares con las 15 talegas no daban acuerdo de sus personas.

—Para una cuadra que distamos de aquí al palacio arzobispal es ya mucha la tardanza, dijo, al fin amoscado, uno de los comerciantes. —¡Ni que hubieran ido a Roma por bulas! ¿Le parece a su señoría que vaya a buscar a sus familiares?

—*Chí, cheñó.*

Y calándose el sombrero, salió el catalán desempedrando la calle.

En el palacio arzobispal supo que allí no había huésped mitrado, y que el obispo de Huamanga estaba muy tranquilo en su diócesis cuidando de su rebaño.

El hombre echó a correr vociferando como un loco, alborotóse la calle de Bodegones, el almacén se llenó de curiosos para quienes Ramoncito era antiguo conocido, descubrióse el pastel, y por vía de anticipo mientras llegaban los alguaciles, la emprendieron los catalanes a mojicones con el obispo de pega.

Debemos añadir que Chicheñó fue a chirona; pero reconocido por tonto de capirote, la justicia lo puso pronto en la calle.

En cuanto a los ladrones, hasta hoy (y ya hace un siglo) que yo sepa, no se ha tenido noticia de ellos.





SIMÓN BOLÍVAR

CARLOS PELLICER

Simón Bolívar es el hombre más grande que ha nacido en el Nuevo Mundo. Su tierra natal es Venezuela: nació en Caracas el 24 de julio de 1783.

Sus padres y parientes eran muy ricos. Poseían una hermosa hacienda, la hacienda de San Mateo, en donde Bolívar pasó largas temporadas y así aprendió desde la más tierna infancia, a amar el campo y las montañas, el cielo y el mar.

Tenía cinco años solamente cuando un día en que le enseñaban a montar a caballo, habiéndolo puesto sobre un burro, el animal hizo un movimiento extraño y echó por tierra al pequeño jinete. El niño se levantó diciendo: ¿cómo quieren que aprenda a montar a caballo si lo que me dan es un burro?

Poco tiempo después murió el padre. Su infancia corrió entre los dulces días familiares de su espléndida casa de Caracas y las temporadas pasadas en el campo, en el seno de la naturaleza. Poco tiempo después perdió a su madre quedando al cuidado

de sus tíos que lo amaron siempre mucho. Entonces empezó a recibir lecciones de gramática y cosmografía que le daba don Andrés Bello, quien era ya entonces un hombre notable; pero fue el señor don Simón Rodríguez, hombre de gran talento, quien modeló en gran parte el alma y el carácter de aquel muchacho que iba a ser más tarde llamado por los pueblos y los hombres el Libertador de América. Cuando Bolívar cumplió 16 años sus tíos decidieron enviarlo a Europa para que allí terminase sus estudios y su educación. Arreglado el viaje, partió a fines de 1799, rumbo a España. Pero el buque pasó primero a Veracruz en donde iba a recoger una fuerte cantidad de dinero que el antiguo virreinato de la Nueva España debía hacer embarcar para la metrópoli. Pero mientras llegaban los caudales, Bolívar tuvo tiempo de visitar la Ciudad de México, pasando la diligencia que lo conducía por la pintoresca Jalapa y la monumental Puebla. Sólo 10 días pudo permanecer en México el joven venezolano. Como era rico y de una familia distinguida y traía además cartas de recomendación para el oidor Aguirre y el arzobispo, fue presentado inmediatamente a las personas notables de la ciudad y también al virrey que era entonces el señor don Manuel José de Azanza. Bolívar, educado finamente y poseyendo además el incomparable don de la simpatía personal, tuvo siempre la fortuna de ser muy bien acogido en todas partes y por todas las personas que lo conocían. La marquesa de Uluapa le dio alojamiento en su palacio y el virrey Azanza gustaba de conversar con aquel muchacho que ya daba señales de mucha inquietud y de mucho talento.

Una tarde, después de un largo paseo por la ciudad acompañado del oidor Aguirre, fue Bolívar a palacio a visitar al virrey

quien lo invitó a tomar chocolate. La conversación era amena e interesante; pero, poco a poco, hablando de viajes y de la América del Sur, principió a hablarse de la organización de las Colonias Españolas de América. Bolívar nerviosamente habló de la independencia y sostuvo con toda la fuerza de su grande alma la idea de que Nuestra América debía ser ya independiente de España. El tema de la conversación empezó a molestar el ánimo del virrey, quien levantándose de su asiento y yendo hasta el fondo del salón, llamó al oidor Aguirre para decirle que debía despachar para Veracruz inmediatamente, a aquel muchacho que, según el virrey, tenía ideas peligrosas. Bolívar regresó a Veracruz y después de mes y medio de viaje en el que hubo de padecer los rigores de una espantosa tormenta, llegó a España en donde debía esperarle un suceso muy importante.

En Madrid, la hermosa capital de España, vivía el rey Carlos IV rodeado de lujosa corte y numerosa servidumbre. Como era un rey tonto, y de carácter muy débil, se abandonaba al dominio de su ministro Godoy, hombre inteligente y muy ambicioso. España, que tres siglos antes, durante los grandes reinados de Carlos V y Felipe II, fue la nación más poderosa de Europa, en este tiempo del reinado de Carlos IV empezaba a perder casi completamente su gran fuerza política en Europa, por el desprestigio de sus últimos reyes y de sus hombres de gobierno.

Bolívar llegó a Madrid y fue presentado por un colombiano amigo suyo que tenía grandes valimientos entre la nobleza y los hombres de palacio, a todas las personas de la corte que por sus riquezas o por sus elevados puestos públicos hacían sonar su nombre en Madrid.

Un día conoció Bolívar a la señorita María Teresa Toro, sobrina de un marqués y de familia muy honesta. El dulce sentimiento del amor se apoderó de aquellas dos almas y las virtudes de María Teresa hallaron en el hermoso corazón de Bolívar el sitio más delicado para hacer crecer en el alma del caraqueño, las ilusiones y deliciosas tristezas que da el primer amor. El muchacho pensó inmediatamente en casarse; pero la familia de la novia, en vista de la excesiva juventud de los novios dispuso aplazar el matrimonio por algún tiempo.

Aranjuez es un lindo lugar cerca de Madrid adonde van el rey y la reina y los príncipes a pasar días de placer y descanso. Un día, en el sitio destinado al juego de pelota, jugaban dos muchachos. Uno de ellos era el príncipe de Asturias, heredero del trono de España, hijo primogénito de rey Carlos IV. El otro jugador, era Simón Bolívar. La reina y sus damas conversaban y miraban el juego. De repente Bolívar dio un fuerte pelotazo en la cabeza al príncipe y éste fue a quejarse con la reina; pero la soberana lo convenció de que esos pequeños accidentes eran simples cosas del juego y que debía volver a jugar.

Algún tiempo después el príncipe, con el nombre de Fernando VII, se coronaba rey de España y de las Indias. Algún tiempo después Bolívar, Libertador de América, iba a arrebatarle el más elevado tesoro de su Corona: las Colonias Españolas del Nuevo Mundo. Aquel pelotazo fue el anuncio de un desastre para España.

Por este tiempo, Bolívar, que había descuidado bastante sus estudios, se dedicó a ellos con tanto afán, que en poco tiempo aprendió muchas cosas y se dedicó a otras.

Poco después hizo un viaje a Francia, fue a París, y allí vio de cerca al hombre más famoso de aquellos días, a Napoleón Bonaparte que era el general más notable del mundo, pues había derrotado muchas veces a ejércitos unidos de diferentes naciones. Bolívar, entonces, admiraba a Napoleón.

Regresó a Madrid, y se casó con la señorita María Teresa. Los jóvenes esposos salieron poco tiempo después para Venezuela. Sólo 10 meses vivió Bolívar lleno de felicidad y de amor al lado de su esposa; ésta murió al cabo de ese tiempo, en Caracas, dejando a su esposo hundido en inmenso dolor. Viudo a los 19 años, decidió viajar por Europa para buscar reposo en la inquietud constante de los viajes. Después de pasar en España algunos días al lado de la familia de su esposa, salió para Francia. París se llenaba de fiestas con motivo de la coronación de Napoleón Bonaparte. El que antes sólo fuera un general lleno de victorias y también un revolucionario, ahora traicionaba sus principios democráticos y apoyado por sus ejércitos ceñía sobre su frente la vieja Corona Francesa que él mismo había ayudado a derribar hacía unos cuantos años. Bolívar, entonces, ya no admiraba a Napoleón.

Volvió a ser París, como en los tiempos lujosos de los reyes, la ciudad de la elegancia y de la moda, de la cortesía y del placer. Damas de grande inteligencia y belleza reunían en los salones de sus palacios a los hombres más distinguidos y a las mujeres más hermosas. Bolívar, tan joven, lleno de simpatía, de talento y de fina educación, frecuentó todos los sitios de París donde se unían al talento el lujo y la belleza. Por este tiempo acababa de regresar de un largo y maravilloso viaje por Nuestra

América, el barón de Humboldt. Este hombre era un sabio. Había recorrido casi todo el Nuevo Mundo, midiendo la altura de las montañas más altas, la anchura y profundidad de los grandes ríos, la elevación de las mesetas sobre el nivel del mar, la fuga de los litorales eternamente movidos por las olas; ruinas de antiguas ciudades, árboles viejos, rincones notables de la naturaleza, animales desconocidos en Europa, organizaciones de gobierno; pueblos y razas, todo lo estudió con curiosidad, con paciencia admirable, aquel viajero maravilloso que era también un gran sabio: Alejandro de Humboldt. Nuestra América debe a este hombre ilustre el que Europa conociera bastante bien, desde hace más de un siglo, su geografía, su fauna y su flora, y su cultura de entonces. Humboldt reunía en su casa de París a multitud de personas distinguidas que visitaban, llenas de curiosidad, las riquísimas colecciones que el sabio alemán llevaba a Europa después de su largo viaje por América. Bolívar frecuentó la amistad de Humboldt así como la de otros sabios que entonces residían en París. Gastaba sus días en divertirse mucho, en pasear siempre, y en hacerse presente en dondequiera que el talento y la cortesía se aliaban para hacer agradable la vida. Vestía entonces el joven venezolano hermosos trajes y usaba joyas espléndidas. Era de mediana estatura, delgado, ensortijado el cabello y la frente anunciadora ya de grandes sucesos, la boca grande pero bien dibujada, la nariz hermosa, los ojos muy grandes y negros, que causaban siempre, al decir de todas las personas que lo conocieron, una profunda simpatía en dondequiera que se presentaba. Hablaba francés perfectamente y podía conversar sobre muchas cosas. Fue siempre un gran conversador.

En París se reunió con su antiguo maestro don Simón Rodríguez y juntos salieron para Italia. ¡Italia! La tierra donde creció la República Romana y el vasto Imperio de Roma. Italia, llena de historia y de arte, bajo un cielo luminoso y azul, bañada por dos mares y acariciada por dulces climas. Bolívar y su maestro viajaban a pie por Italia. En Milán asistió el futuro Libertador de América a la segunda coronación de Napoleón Bonaparte, emperador de Francia y rey de Italia. Por esos días pasó Napoleón revista a sus tropas, y un poco cerca de él estaba Bolívar con su maestro Rodríguez. El gran soldado francés miraba frecuentemente con curiosidad a Bolívar. Siguió éste viajando por Italia. Llegó a Roma.

Roma es la ciudad histórica más importante de Europa. Ella sola encierra gran parte de la historia humana. Cuando se llega a Roma, el corazón se multiplica y los ojos de toda una vida no alcanzarían para mirar tantas cosas. Rodeada de colinas, sobrelleva majestuosamente y con gloria su antigüedad de 26 siglos. En Roma la imaginación se enciende como una selva entera tocada por un rayo. Bolívar y su maestro se hospedaron en una posada desde la que aún puede admirarse las ruinas gigantescas del antiguo Circo Romano. Todo en Roma es grandioso, hasta las ruinas. Bolívar gustaba de vagar solo por aquella parte de la ciudad en donde aún se levantan los restos imperiales de la Roma del grande emperador Trajano. El joven caraqueño que iba a realizar después la Independencia en casi toda Nuestra América, tenía una gran tristeza en el fondo del alma, y esa gran tristeza no le abandonaría jamás. Ya su corazón se llenaba de altísimos sentimientos. Una tarde, paseando

por el Monte Aventino, una de las colinas que rodean a Roma, en compañía de su maestro Rodríguez, habiendo quedado ambos muy callados y silenciosos, mientras el sol, por la campiña romana tocaba las últimas piedras de las tumbas de la Vía Appia, Bolívar se puso de pie y juró a su maestro y a sí mismo dedicar su vida a la empresa gloriosa de la Libertad de Nuestra América. Y bajaron a la ciudad llenos de emoción y entusiasmo patrióticos.

El carácter del futuro Libertador de América, empezaba ya a revelarse lleno de energía y de libertad. Por esos días el embajador de España en Roma le invitó a visitar al papa. Al llegar frente al pontífice, el embajador, hincando las dos rodillas, besó las cruces bordadas en las sandalias del papa. Bolívar permaneció de pie. En vano el embajador le hacía señas para que hiciera lo que él acababa de hacer. Los momentos pasaban como siglos desagradables, la situación era penosa. Entonces Bolívar dijo: “Bien se conoce lo mucho que el papa aprecia la Cruz de Cristo cuando la lleva en los pies”. Y se negó a arrodillarse.

Bolívar y su maestro recorrieron a pie, casi toda Italia. Estuvieron después en Austria y Alemania; allí se embarcó Bolívar rumbo a los Estados Unidos en los que después de haber visitado las principales poblaciones, tomó pasaje para Venezuela y llegó a Caracas a fines de 1806. Al regresar de nuevo a su tierra natal, contaba 23 años de edad y poseía una ilustración variada conseguida en constantes lecturas y viajes numerosos y detallados.

Desde que regresó a Caracas hasta mediados de 1810, se dedicó al engrandecimiento y cuidado de su hacienda de San

Mateo y a estudiar y cultivar su poderosa inteligencia con la lectura de los libros clásicos, que más tarde había de servirle para iluminar su criterio político y para embellecer su estilo de escritor admirable. Bella juventud la de este hombre, iniciada intensamente en el matrimonio que la muerte dividió y continuaba en medio de grandes riquezas y placeres, viajes artísticos y amistades ilustres y envuelta siempre en el fuerte manto de la pasión divina por la libertad.

En Caracas, como en la mayor parte de las ciudades grandes de Nuestra América, habían estallado y fracasado casi todas las conspiraciones y movimientos a favor de la independencia, antes de 1810. A Venezuela, por ejemplo, había llegado en 1806 el general Francisco de Miranda con una expedición compuesta casi toda de elementos extranjeros, organizada a favor de la libertad. El general Miranda, venezolano y soldado glorioso y famosísimo en Europa y los Estados Unidos tuvo un gran pesar al ver que los venezolanos, en su mayoría, no hicieron caso de su expedición ni de sus esfuerzos generosos. Miranda disolvió su pequeño ejército y regresó a Europa.

El 19 de abril de 1810, cuatro años después de la intentona del general Miranda, estalló en Caracas una conspiración que iniciaba la Independencia de Venezuela respecto de España. Bolívar era uno de los jefes de la conspiración. Depuesto el capitán general Emparán, se dio principio a la nueva organización de Venezuela. Se pensó inmediatamente en buscar el apoyo de Inglaterra y se nombró una comisión especial, la que, en calidad de plenipotenciario, presidió Simón Bolívar a quien acompañaban el señor López Méndez y don Andrés Bello, que como

se recordará había sido maestro de Bolívar y era ya un escritor y un sabio ilustre. En Londres fueron atendidos con la mayor gentileza por el gobierno británico que no pudo prestar toda la ayuda que se deseaba por estar unido a España por un tratado de alianza. Bolívar buscó en Londres al general Miranda y lo llevó a Venezuela a su regreso para que organizara los ejércitos de la libertad. Durante los años de 1811 y principios de 1812 se agitó la juventud Caraqueña en la política nueva que dirigían en la “Sociedad Patriótica”, Bolívar y Miranda. El 5 de julio de 1811 los venezolanos se declararon independientes para siempre del gobierno español. A principios de 1812 un espantoso terremoto hizo pedazos la ciudad de Caracas y la mayor parte de las ciudades venezolanas. Un sacerdote católico gritaba sobre las ruinas de un templo, que aquello era castigo del cielo por querer independizar a Venezuela de España. Bolívar pasaba por ahí y al oír los disparates del clérigo, se dirigió, enfurecido, a la multitud y después de hablar a favor de la independencia terminó diciendo estas palabras soberbias: “Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”.

Nombrado Miranda generalísimo de las tropas venezolanas, fue enviado Bolívar en comisión al castillo de Puerto Cabello. Sublevada la tropa, traicionado el jefe, después de sostener durante tres días con 40 hombres la defensa de su puesto, Bolívar abandonó el Puerto y se dirigió al general Miranda comunicándole el desastre y doliéndose tanto de aquello, a tal punto, que le decía que en sus manos se había perdido la patria. Los españoles organizados y dirigidos por Monteverde habían iniciado operaciones con bastante fortuna. Miranda,

acostumbrado en Europa a mandar ejércitos disciplinados, comenzó a impacientarse y aun hasta perder la fe en el triunfo, a la vista de aquellas tropas mal armadas y peor disciplinadas que no podían satisfacer las exigencias militares de un general acostumbrado a mandar ejércitos notables. Los españoles avanzaban y en su avance cometían toda clase de atropellos. Miranda creyó conveniente buscar un arreglo con Monteverde sobre las bases de toda garantía, en las personas y bienes de todos aquellos que hubiesen colaborado con él en la campaña contra el gobierno español. Fue un error. El gran venezolano lo comió de buena fe, sinceramente. Miranda creyó que con ese arreglo salvaría a la sociedad venezolana de los actos de barbarie del jefe español. Si el error de Miranda fue grande, las consecuencias fueron espantosas. Monteverde firmó la capitulación para cometer, pocos días después, una traición malvada: ordenó el arresto de muchas personas que más tarde fueron asesinadas y la confiscación de los bienes de todos aquellos que habían tenido relación con el movimiento insurgente. Miranda pidió pasaporte para regresar a Europa y fue traicionado en el Puerto de la Guayra, encarcelado en los calabozos de Puerto Cabello y enviado después a España cargado de cadenas. Murió en una prisión de Cádiz, viejo, lleno de gloria y de dolor. Así acabó el general Francisco de Miranda, uno de los hombres más grandes que han nacido en Nuestra América, y llamado con justicia el más ilustre precursor de la libertad iberoamericana. Francia y los Estados Unidos le deben gratitud y gloria.

Bolívar salió de Caracas ayudado por un español amigo suyo, quien logró a fuerza de súplicas que el jefe español, el

traidor Monteverde, lo dejase salir libremente del país. Llegó a Curazao, frente a Venezuela, y de allí salió para Cartagena de Indias, en la costa colombiana del Atlántico, en donde escribió y publicó un manifiesto lleno de tristeza y heroísmo. Pidió a las autoridades, que también habían iniciado un movimiento independiente, que fuera admitido para servir en el ejército colombiano en favor de la libertad. Se le confió al punto la misión militar para recuperar el Río Magdalena, principal vía de comunicación de aquel país. Con una rapidez extraordinaria, cumplió Bolívar su misión derrotando siempre a los españoles. Después de estos triunfos, rogó a las autoridades colombianas que le permitieran ir a libertar a Venezuela. Consiguió permiso y tropa. Bolívar inició su campaña sobre Venezuela, y después de una serie de victorias, vertiginosamente, entró triunfador a Caracas que lo aclamó desde ese día como su libertador y padre. Dos cosas recordaremos de esta célebre campaña militar de Bolívar al que ya desde este momento nombraremos con el título glorioso de Libertador. Al iniciar su campaña para recuperar a Venezuela, firmó en la ciudad de Trujillo un decreto terrible en el cual declaraba la guerra a muerte a todos los españoles sin distinción de edad ni sexo. Aquello no era más que una respuesta tan bárbara y brutal como lo merecía la conducta de los españoles con los venezolanos después de la traición infame de Monteverde. Ese documento es un grito de desesperación. Aquel apóstol de la libertad se vio obligado a poner en juego todos los medios, aun los más crueles para cumplir su misión divina de Libertador de pueblos. Cuando Bolívar avanzaba sobre Caracas, en uno de los combates sufrió la pérdida de

uno de sus tenientes más distinguidos: Anastasio Girardot. Era casi un muchacho y pertenecía a una de las mejores familias de Colombia; era muy valeroso y honrado. Murió heroicamente, y su corazón, encerrado en una urna, fue llevado triunfalmente a Caracas por el Ejército Libertador que custodiaba aquella prenda, aquel símbolo de heroísmo entre iluminadas procesiones nocturnas que aumentaban el fervor patriótico de los soldados. Monteverde y sus tenientes se reorganizaron con rapidez, y Bolívar, con menos fuerzas que el jefe español, tuvo que salir de Caracas. La fortuna principiaba a abandonarlo. La mayor parte de los habitantes de Caracas salió con el Libertador y sus tropas. Todos temían las venganzas de Monteverde. Casi toda aquella gente murió en los caminos, de hambre, de fatiga y de dolor. Era un desfile espantoso, que contrastaba con aquel otro que había traído triunfalmente desde la ciudad de Valencia hasta Caracas, el corazón de Girardot. Bolívar empezó a ser derrotado muchas veces. Se vio obligado a abandonar a Venezuela y a regresar a Colombia, que entonces se llamaba Nueva Granada, a dar cuenta a su superioridad de los triunfos y de los desastres. Oscuros rivales le hicieron salir de Colombia, en donde se embarcó rumbo a la isla de Jamaica, posesión inglesa, en la que pasó algunos meses. Estaba entonces tan extenuado y flaco, que uno de los jefes ingleses de la isla, dijo, después de conocerlo y conversar con él: “La llama ha consumido el aceite”. Y así era verdad. De aquel hombre que estaba en toda la fuerza de su juventud, casi no quedaba más que sus ojos. Aquellos grandes ojos oscuros acostumbrados a contemplar la hermosura del mar, de la tierra y del cielo.

Aquellos grandes ojos oscuros que se iluminaban con violencia así en la cólera como en la alegría, y que sabían mirar en el horizonte histórico de Nuestra América, el porvenir de nuestros pueblos, con precisión maravillosa. Desde Jamaica escribió Bolívar para los periódicos de Londres, largas noticias sobre las cosas de Nuestra América. Escribió entre otras una carta célebre en la que, después de estudiar y analizar las condiciones de entonces de nuestros pueblos, profetizaba de un modo asombroso, el porvenir político de estas tierras que aún pertenecían a España. En esa carta habló de México y de todos los países hermanos. Era en 1815, el año de la meditación, de la reflexión y de las profecías de Bolívar. Anunció para nosotros el imperio de Iturbide y los desastres políticos que llenan nuestro siglo XIX. Una noche estuvieron a punto de matarlo. Un negrito pagado por los españoles, dio de puñaladas a un amigo de Bolívar que estaba acostado en la hamaca en la que acostumbraba dormir el Libertador, creyendo que era éste el que estaba adentro.

De Jamaica pasó el Libertador a la pequeña República de Haití en la isla de Santo Domingo. Un hombre generoso y de notable inteligencia era el jefe del gobierno: Petión. Bolívar se acercó a él y le pidió ayuda para libertar a Venezuela. Petión le concedió todo: dinero, hombres, armas y municiones. La expedición libertadora dirigida por Bolívar, desembarcó en la costa de Venezuela y después de algunos fracasos, el Libertador regresó a Haití en donde proyectó una nueva expedición. Guerrilleros venezolanos, valerosos y decididos, llaman al Libertador. Bolívar regresa y se dirige a las llanuras fertilizadas por el gran río Orinoco y sus afluentes. Un día de 1817, Bolívar y su gente fueron

sorprendidos y derrotados por los españoles en uno de los caños del Orinoco, llamado de Casacoima. Apenas pudo salvar su vida metido entre el agua y dejando solamente la cabeza afuera cubriéndose un poco con plantas acuáticas. Con Bolívar se salvaron algunos de sus mejores tenientes de entonces. Después de algunas horas de zozobra y cuando comprendieron que el enemigo se había alejado, salieron de sus escondites y alcanzaron a mirar la luz de una casita en la que después de comer algo, salieron al plan de la casa y se pusieron a conversar. Entre dos árboles se colgó una hamaca que ocupó el Libertador. La luna llena iluminaba el campo de aquella hermosa noche. Aquellos hombres seguían dando vuelta al tema obligado de la conversación, que era naturalmente la sorpresa y derrota de aquel día. Tan cerca había estado el enemigo, que ellos desde sus escondites oyeron nombrar a Bolívar y exclamaciones violentas contra él. De pronto hubo un silencio en la conversación y el Libertador lleno de fe en su destino, habló más o menos así: dentro de poco tiempo libertaremos a Venezuela; pasaremos después a Nueva Granada y llegaremos hasta Quito libertando pueblos y ciudades. Pero nuestras armas no se detendrán allí y seguiremos hasta el Perú, a la tierra de los incas, para subir más tarde a el Potosí, la gran montaña de plata en cuya cumbre plantaremos la bandera de la Libertad. Parecía un loco. Aquel hombre derrotado y casi solo hacía programas gigantescos de Libertad y de gloria. El capitán Martel, uno de sus ayudantes, se dirigió a otro y le dijo: Ahora sí estamos completamente perdidos, porque el Libertador se ha vuelto loco. Y así era la verdad, porque en medio de aquella situación tan penosa y difícil, parecía cosa

de loco hacer tantos proyectos de libertad, cuando hasta entonces, con excepción de la campaña gloriosa de 1813, todo para Bolívar había salido mal. Pero era un genio, uno de esos hombres que sólo de muy de cuando en cuando nacen y que parecen iluminados por la Providencia para llevar a cabo las empresas más difíciles, a pesar de todos los peligros y todas las dificultades. Y aquello que el Libertador anunció en aquella hermosa noche, entre el espanto y la desconfianza de sus compañeros, todo se cumplió con aquella precisión maravillosa con que se realizaron todas las cosas que él se propuso, porque lo que pensaba era siempre grande, bueno y sublime.

Bolívar tenía que luchar contra todo. Por eso como ejemplo de voluntad, es uno de los más altos de la historia humana. Cuando él dijo una vez que si la naturaleza se oponía, lucharía contra ella y la vencería, no por eso había contado con el mayor obstáculo. Porque las mayores dificultades las encontraría entre sus mismos compañeros de armas; la envidia, la traición, la rivalidad sin grandeza, miserable y mezquina, habrán de salirle al paso muchas veces, y él entonces, habrá de triunfar de todo con su sola superioridad sobre sus enemigos, por el sacrificio y por el heroísmo. Tenía además la virtud de la elocuencia: su palabra convencía hasta a sus peores enemigos. Era un hombre simpático, de esos seres dotados de una simpatía personal tan encantadora y fuerte, que conversar con él y sentirse cerca de él, era una alegría para el alma y una fiesta para el corazón. Desde que principió la guerra de Independencia, tuvo rivales. A todos, o a casi todos, los había convencido con su palabra o

con sus hechos. Para 1817 tuvo necesidad de llevar a cabo en la persona de uno de sus mejores tenientes, un ejemplo supremo: el general Piar, uno de sus más notables generales de entonces, conspiró contra la autoridad de Bolívar, y fue fusilado después de habersele sometido al juicio de un consejo de guerra.

Desde 1815 había desembarcado en la costa colombiana un gran ejército español mandado por uno de los más valientes e ilustrados generales de España, don Pablo Morillo, quien recuperó el virreinato de la Nueva Granada y pasó a Venezuela con intenciones de recuperarla también. En los llanos de Venezuela apareció entonces un hombre dotado prodigiosamente para la guerra. Era un campesino que había pasado su infancia casi como esclavo en una hacienda y que había llegado a ser el jinete más notable de la llanura. Se llamaba José Antonio Páez y había organizado por su cuenta a muchos llaneros que lo seguían y adoraban. (Llanero se le llama en Venezuela a los que entre nosotros, en México, llamamos charros y a lo que en la República Argentina se les llama gauchos. El llanero, el charro y el gaucho, son hombres nacidos para pasar la mayor parte de su vida montados sobre un caballo. Son incansables en las grandes marchas y saben domar potros en un solo día.) Bolívar encontró a Páez en 1818. El jefe de los llaneros era ya famoso por haber logrado triunfos notables sobre los españoles y aceptó reconocer a Bolívar como jefe supremo del Ejército Libertador.

El año de 1818 fue tal vez el más adverso, el más infortunado para Bolívar. Él y sus compañeros de guerra perdieron casi todas las acciones militares realizadas durante ese año. La

derrota mayor se la infligió el general Morillo en marzo en un lugar que fue funesto siempre para el Ejército Libertador: La Puerta, cerca de Caracas. Como sintiera Bolívar que su autoridad no estaba suficientemente cimentada para evitar rivalidades y pequeñeces entre sus mismos compañeros, pensó reunir un Congreso con representantes de las provincias de Venezuela que estaban en poder de las tropas Libertadoras. Este Congreso fue un acto político de la mayor importancia. Nos recuerda, por igualdad de circunstancias, al insigne Morelos, reuniendo el Congreso de Chilpancingo y despojándose de la suprema autoridad; Bolívar hizo lo mismo, y, como a Morelos, el Congreso se negó a admitirle la renuncia que hizo del mando supremo y además fue nombrado Presidente de la República. El Congreso se reunió en la ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco, en febrero de 1819. El Libertador leyó el discurso más importante de su vida en el que se mostraba, como en otras ocasiones, hombre del más profundo pensamiento y que conocía o adivinaba sin equivocarse, el alma de estos pueblos iberoamericanos. Entregó Bolívar ese mismo día al Congreso un proyecto de Constitución, de leyes sabiamente pensadas y que habrían sido muy beneficiosas para el país. Decía con justicia, que después de tres siglos de esclavitud no era posible ni conveniente pasar de la tiranía en que se había vivido, a una libertad desenfadada. Proponía que el Senado, uno de los grupos de autoridad más alta en el gobierno, fuese hereditario, porque no estando acostumbrados al gobierno popular y mucho menos a cambiar frecuentemente a los gobernantes, se hacía necesario dejar, entre el Presidente de la República y el pueblo, un grupo

de hombres que no fuera removido en sus cargos públicos, sino que conservarán durante toda su vida el cargo de senadores. Porque era verdad lo que él decía: un pueblo que sale de la opresión y la tiranía no puede inmediatamente entregarse a las prácticas del gobierno popular, libre y democrático, sin hacerse pedazos en los desórdenes que trae como consecuencia la falta de costumbre para nombrar y elegir libremente sus propios magistrados. El discurso leído por el Libertador en el Congreso de Angostura en 1819 es, además de una vivísima lección de cosas políticas, un ejemplo de estilo por la claridad y belleza de su prosa.

Durante el año de 1819 el general Páez, con sus llaneros, desarrolló un plan de campaña contra los españoles que dio los mejores resultados. Cansar al enemigo, obligarlo a salir de sus posiciones en donde podía abastecerse de cuanto necesitaba; atraerlo siempre al corazón de Los Llanos en donde la caballería patriota, con su natural y extraordinaria habilidad, vencería al enemigo más fácilmente. De esta campaña de Los Llanos, quedará para siempre como el más hermoso recuerdo, el famoso hecho del general Páez en el lugar llamado Las Queseras del Medio, sobre los márgenes del Río Arauca. Páez movió 150 jinetes y los hizo pasara el río. Morillo estaba muy cerca con 6 mil hombres. El jefe patriota, aparentemente, se retiraba. Morillo lanzó sobre él mil hombres. Cuando los españoles daban alcance a los venezolanos, Páez, irguiéndose sobre su caballo, grito: *vuelvan caras*, y se lanzó sobre los soldados de Morillo, haciéndole más de 300 muertos e hiriendo a otros muchos. Al ver aquello el jefe español y sus tropas de retiraron en desorden.

Así peleaba Páez, el más salvaje y atrevido de los soldados de la libertad, el más famoso guerrillero de la Independencia sudamericana. La acción de Las Queseras del Medio conmovió intensamente al ejército patriota, llenándolo de esperanza y de fe (3 de abril de 1819).

Bolívar envió una comisión a Londres para contratar soldados que después de las guerras napoleónicas habían quedado sin ocupación. Desde el año anterior habían empezado a llegar a Venezuela, entrando por las bocas del Orinoco y remontándolo después, muchos soldados y oficiales ingleses.

Para 1819 estaba ya organizada la Legión Británica. Estos hombres presentaron servicios notables en el ejército patriota, y algunos de ellos como O'Leary, que llegó a general, merecieron más tarde admiración y gratitud (O'Leary es el mejor historiador de Bolívar).

La liberación de la Nueva Granada, hoy Colombia, estuvo siempre en el pensamiento y en la acción del Libertador. Bolívar resolvió nuevamente ir a libertar lo que aún era virreinato y se propuso atacar a las tropas españolas que estaban en Nueva Granada, cuando menos lo esperasen. Para lograrlo, tendría que atravesar Los Llanos de Venezuela y escalar la cordillera de Los Andes que separa a Colombia de las tierras venezolanas y bajar después a buscar a los soldados españoles. Y todo esto tendría que hacerse durante el invierno de aquellas tierras (junio, julio y agosto). Para ese tiempo los ríos se desbordan a causa de las grandes lluvias y los llanos se inundan a tal punto que el agua se pierde en el horizonte semejando un mar. La falta de vado dificulta atravesar los ríos y el peligro crece por todas

partes. En la cordillera, el invierno es atroz. Un viento helado llamado páramo causa frecuentemente la muerte del viajero. La niebla cubre los precipicios y las tempestades de nieve aumentan las dificultades para viajar. En junio de 1819 salió Bolívar del pueblo de Mantecal, en el corazón de los llanos, al frente de sus tropas. Eran las 5 de la tarde; llovía, y las llanuras inundadas presentaban un aspecto imponente. Bien pronto la marcha comenzó a hacerse sumamente difícil. El paisaje estaba lleno de inmensa desolación. Cielo gris y agua gris. Uno que otro árbol sacaba sus ramas fuera del agua. Pasaban los últimos pájaros. Llovía a todas horas y los alimentos principiaban a escasear. Muchos días duró esta marcha penosísima sobre los llanos inundados. Un día se dibujó en el horizonte la línea quebrada de la cordillera con sus picos coronados de nieve. Al acercarse a Los Andes muchos llaneros desertaron, huyeron. Acostumbrados al calor, no podían soportar el viento frío que bajaba de los montes. Pero la marcha continuó, y el ejército, alentado por el Libertador, principió a subir la cordillera, alta y desierta. A los bosques gigantescos de las faldas, siguió la vegetación rala y escasa de las partes altas. El agua es tan fría, que para aquellos hombres acostumbrados a los climas calientes, se hizo insoportable. Esa agua helada produjo diarreas mortales y muchos ingleses perecieron en aquellos caminos elevadísimos y apenas transitables. Pero allí estaba Bolívar reanimando al ejército, llenando de fe y entusiasmo a aquellos hombres que apenas comían y cuyos vestidos estaban hechos pedazos. Casi todos los caballos perecieron en aquella marcha espantosa. Era más bien un ejército de esqueletos, que un Ejército Libertador

el que principió a bajar la cordillera por el lado de Colombia a principios de julio. El paso de Los Andes por Bolívar y su ejército, es una de las hazañas más grandes y heroicas de la historia humana. La naturaleza se oponía a sus propósitos, pero él había dicho antes que habría de vencerla, y la venció.

El valle de Cerinza ofreció la delicia de su panorama a aquellos hombres que bajaban la cordillera después de haber pasado tantas penas y trabajos en todo el camino. Después de un ligero descanso para reponerse y alimentarse, inició Bolívar su campaña, puesto en contacto con el enemigo. Tuvo varios combates durante todo el mes de julio, en los que la fortuna estuvo siempre de su parte. Los españoles se retiraban para evitar que Bolívar atacase, a Bogotá, capital del virreinato de Nueva Granada. Pero el Libertador, después de una marcha forzada durante la noche, cerró la salida al enemigo y le obligó a combatir en el puente de Boyacá, el 7 de agosto. La derrota española fue completa. El jefe y los oficiales cayeron prisioneros. El general Santander se distinguió sobremanera en la preparación de esta campaña y en la batalla misma de Boyacá. Bolívar entró a Bogotá el 10 por la tarde, en medio de las aclamaciones de la ciudad. A los pocos días siguió rumbo a Venezuela, y se presentó al Congreso, reunido en la ciudad de Angostura, para dar cuenta de su campaña. El Congreso depositó su confianza una vez más en tan ilustre hombre y Bolívar después de haber hablado largamente de su última campaña, pidió la creación de la República de Colombia que había de formarse con el antiguo virreinato de Nueva Granada y la capitanía general de Venezuela, unidas.

La nueva Nación, por obra de Bolívar, fue creada. Durante el año de 1820 ocurrieron dos hechos importantes. La regularización de la guerra sobre bases relativamente humanitarias: es decir, la supresión de la guerra a muerte, el canje de prisioneros, en fin, una guerra menos cruel, menos bárbara y menos odiosa. En la ciudad venezolana de Trujillo, en donde siete años antes había proclamado el Libertador la guerra a muerte, se iniciaron los trabajos de armisticio, suspensión de hostilidades y regularización de la guerra. Por seis meses se suspendió la labor militar. Esta tregua la aprovechó el Libertador en comprar armas, en vestir a su ejército y en hacer conocer en Europa por medio de la prensa y de agentes especiales, la situación en que se encontraba el país que él estaba libertando. El representante de Bolívar para los arreglos de la tregua fue el general Antonio José de Sucre, oficial distinguido y muy joven que desde la edad de 14 años servía en el Ejército Libertador. Era prudente y valeroso, de gran talento y corazón; reunía en su agradable persona todas las virtudes civiles y militares. Pertenece a una de las principales familias de Venezuela, la que había perecido casi completamente durante la guerra. Bolívar supo apreciar siempre las altas virtudes de Sucre, y un día anunció a sus oficiales de confianza que aquel joven habría de ser su rival en poco tiempo. Y así dijo la verdad, porque cuatro años después Sucre rivalizaba en actos militares y en elevación de espíritu, al mismo Bolívar; pero Sucre amaba grandemente al Libertador y lo admiraba y respetaba. Bolívar tenía los mismos sentimientos hacia Sucre. Después de terminados los arreglos para el armisticio, el generalísimo español don Pablo Morillo, deseó conocer

personalmente a aquél contra quien había combatido desde 1816. En el pueblo de Santa Ana, cerca de Trujillo, se entrevistaron ambos jefes. Bolívar salió a las orillas del pueblo a recibir al general español. Lo acompañaban unos cuantos oficiales, y como era costumbre en él, no se distinguía por su modo de vestir, de sus propios ayudantes. Morillo se presentó con gran aparato y muchos soldados. Al darse cuenta de que Bolívar venía casi solo, retiró la mayor parte de su acompañamiento. ¿Cuál de todos aquellos es Bolívar?, preguntó Morillo a un oficial venezolano que se había adelantado a recibirlo. El notable jefe español se sorprendió al ver que Bolívar era un hombre de estatura pequeña, muy delgado, y en quien no parecía que hubiese capacidad para realizar tantas cosas. Morillo, después de la batalla de Boyacá, perdida por uno de sus tenientes, había escrito al ministro de la guerra de España: “Bolívar es un guerrillero incansable, su actividad es asombrosa. Es más peligroso vencido que vencedor y en un solo día deshace todos nuestros trabajos de varios años”. Bolívar y Morillo se abrazaron en el pueblo de Santa Ana, y después de pasar el día juntos poseídos de sincera alegría, se despidieron al día siguiente para no volver a verse jamás. La importancia de los tratados firmados en Trujillo por los representantes de Morillo y Bolívar y refrendados más tarde por ambos jefes, era inmensa y constituía un gran triunfo político para el Libertador: El jefe español al tratar de igual a igual con Bolívar, le concedía así una autoridad idéntica a la suya, y reconoció de hecho el derecho que tenía para luchar por la independencia de su país. El general Morillo se embarcó pronto para España y dejó al general La Torre encargado del mando supremo. Los seis meses de tregua terminaron,

y la guerra recomenzó. El 24 de junio del año siguiente (1821), en la llanura de Carabobo, midieron sus fuerzas Bolívar y La Torre. El general Páez y sus terribles caballerías, decidieron en gran parte la victoria. Bolívar dirigió personalmente la acción, y el ejército español, derrotado, se retiró en orden hacia Puerto Cabello. En Boyacá, se había conseguido para siempre la libertad de Nueva Granada; en Carabobo, para siempre también se había conseguido la libertad de Venezuela. Habiendo desaparecido así todo problema militar en Venezuela y Colombia, el Libertador comenzó a preparar la guerra en el sur. Así, el delirio de Casacoima habrá de cumplirse en todos sus detalles y aun habrá de superarse. Pasó Bolívar a Bogotá y entre las cosas más importantes que se le ocurrieron entonces, está la que se refiere al Istmo de Panamá. Pensó el Libertador abrir un canal interoceánico, para acortar la distancia entre América, Europa y Asia, aumentando así colosalmente el comercio entre estos continentes y beneficiando sobremanera a los nuevos pueblos de Nuestra América. Escribió a su comisionado en Londres para que gestionara el dinero suficiente a fin de iniciar la apertura del canal. Los trabajos llegaron a comenzarse; pero bien pronto presentó quiebra la negociación inglesa que iba a dar el dinero y además la urgencia de la guerra en el sur no permitió al Libertador llevar a cabo tan importante hecho. El año 1822 avanzaba Bolívar sobre lo que hoy se nombra República del Ecuador y entonces se conocía con el nombre de Presidencia de Quito. Había enviado con anterioridad al general Sucre con una parte del ejército. El 6 de abril de 1822, en un lugar escarpado en el que la naturaleza parece recrearse

con peligros y dificultades, Bolívar atacó las posiciones españolas, haciendo cruzar a sus soldados bajo el fuego de las armas enemigas, el ruidoso Río Juanambú. La batalla fue una de las más sangrientas. Ambos contendientes se debilitaron grandemente. La victoria fue de Bolívar, pero le costó muy cara, pues allí perecieron, además de muchos soldados, oficiales muy valerosos. Fue la batalla de Bomboná. Mes y medio después, el 24 de mayo, el general Sucre hacía pedazos al ejército español mandado por el general Aymerich. Esta batalla fue un hecho extraordinario. Se combatió a más de 4 mil metros de altura sobre el nivel del mar, en las elevaciones intermedias del volcán de Pichincha, a la vista de la ciudad de Quito, Sucre recogió un botín espléndido. El jefe español se entregó prisionero al vencedor, que supo respetarlo, y Sucre entró a Quito triunfante, bendecido y aclamado. Toda esta campaña libertadora del Ecuador se hizo entre los volcanes, en medio de una naturaleza fantástica, inexplorada y agresiva. Bolívar ascendió al Chimborazo preguntando hasta qué altura habían llegado Humboldt y Bompland, para subir así él hasta donde nadie hubiese llegado. Y esto así pasó, pues el Libertador puso sus plantas donde nadie las había llegado a poner hasta entonces. Era incansable y, sin vanidad, no permitió nunca que nadie lo superase en nada. Páez y sus llaneros reconocieron en él a un jinete diestrísimo. Porque aquel hombre todo lo sabía: desde herrar un caballo y curar heridos, hasta improvisar los mejores discursos en las más diversas circunstancias.

Después de haber estado el Libertador en Quito, siguió para el puerto de Guayaquil que quedó anexado a la gran

República de Colombia. Allí tuvo una importante entrevista con el general don José de San Martín.

Era el general San Martín, argentino, nacido en el pueblo de Yapeyú en 1778. Educado casi desde la infancia en España, estudió allí artes militares su juventud la pasó en la península donde se distinguió muchísimo por su valor y conocimientos militares, defendiéndola contra la invasión de los ejércitos franceses de Napoleón Bonaparte. Cuando recibió noticias de que en la ciudad de Buenos Aires, capital del virreinato del Río de la Plata, se había iniciado, casi al mismo tiempo que en toda Nuestra América, el movimiento de Independencia, se separó del ejército español y se presentó en Buenos Aires, a ofrecer sus servicios en el ejército patriota. Era San Martín un soldado eminente, un militar de profesión, un Miranda menos inteligente, pero más joven y optimista que aquel gran venezolano. Después de organizar notablemente un ejército en el norte de la actual República Argentina, pasó San Martín a la ciudad de Mendoza, al pie de Los Andes, para llevar a cabo la creación de un gran cuerpo de ejército que debía atravesar la cordillera para hacer independiente a Chile y seguir más tarde hacia el Perú, con el mismo objeto generoso. Con minuciosidad y previsión admirables ya después de ejercitar a sus soldados en toda clase de marchas sobre terrenos difíciles, ordenadamente, inició San Martín el paso de Los Andes en 1817. Esta hazaña fue un ejemplo ilustre de su ciencia militar. Cuando bajó a los valles chilenos sus tropas presentaban un aspecto feliz. No era ni mucho menos aquel trágico ejército del Libertador, hambriento y semidesnudo, hecho pedazos por la marcha

sobre los llanos inundados y la ascensión a la cordillera en pleno invierno. Bolívar fue el caudillo improvisado de la Revolución; el fruto natural de estas tierras, con mil aspectos como ellas, soldado extraordinario en los fracasos y triunfos, hombres de América por excelencia, fruto y flor de estos países.

Con las batallas de Chacabuco (12 de febrero de 1817) y Maipo (5 de abril de 1818), acabó San Martín con el poderío español en Chile. Allí le fue ofrecido el mando supremo del gobierno, que supo rehusar, noblemente, y después de organizar una escuadra salió en ella rumbo al Perú. Fácilmente ocupó a Lima, que el virrey abandonó por considerar de la mayor importancia dominar las tierras altas en donde podría abastecerse y atacar o defenderse con toda amplitud. El 28 de julio de 1821 el general San Martín proclamó pública y solemnemente la independencia del Perú. Esta independencia era un poco ilusoria. San Martín poseía las costas peruanas, áridas, desiertas, inservibles. Pero un gran ejército español poseía la mayor y mejor parte del territorio peruano. El ilustre argentino recibió el título de Protector del Perú y en julio del año siguiente, 1822, salió para el Puerto de Guayaquil, en la actual República del Ecuador, donde se entrevistó con el Libertador Bolívar. El motivo de la entrevista de estos dos grandes hombres era el de determinar de una vez para siempre, si el Puerto de Guayaquil pertenecería al Perú o a la Gran Nación fundada por Bolívar, es decir, a la gran Colombia. Bolívar se adelantó unos días a su rival, y después de desarrollar una hábil política, Guayaquil perteneció a los dominios del Libertador. El 26 de de julio de 1822 llegó San Martín a Guayaquil. Ese día y el siguiente

conversó largamente con Bolívar. Derrotado previamente el ilustre argentino en el asunto referente a Guayaquil, pasó a tratar otra cuestión de la mayor importancia: Si la América del Sur debería regirse por gobiernos monárquicos o por gobiernos republicanos. San Martín sostuvo con toda la sinceridad de su alma, que nuestra América debería ser gobernada por un rey. Bolívar sostuvo lo contrario. San Martín propuso que se ofreciera el trono o los tronos de América, a príncipes europeos. Bolívar no creía en esas cosas. San Martín habló de la creación de una nobleza criolla. Bolívar habló entonces de Iturbide de cuyo imperio se tenían la más desconsoladoras noticias. Como se recordará, Iturbide, que era mexicano, peleó durante toda la guerra de Independencia contra los patriotas mexicanos, y en los últimos días de la guerra traicionó al ejército español yéndose con el ejército nacional. Este hombre traicionó así dos veces: siendo mexicano peleó durante toda la guerra de Independencia contra los mexicanos y a favor de España. Siendo militar al servicio de España traicionó a las tropas españolas, pasando a servir, en los últimos días de la campaña, entre los soldados mexicanos. Era pérfido, ambicioso y cruel. Unos meses después de su segunda traición, se coronó a sí mismo emperador de México. Un año duró su imperio. Durante ese tiempo derrochó el poco dinero que había y puso en ridículo a la nación mexicana. Este hombre, que persiguió y derrotó a Morelos en más de una ocasión, al Gran Morelos, el héroe más ilustre de la Independencia Mexicana; este emperador de trapo, que se vestía como Napoleón y que pretendió fundar una aristocracia en un país como éste, ese hombre merece no el odio, porque el odio es estéril, pero sí el olvido de la nación mexicana.

Bolívar y San Martín no pudieron entenderse. El venezolano era un genio y su genio era variado como el clima de Nuestra América. Era gran soldado, gran político, gran diplomático, gran escritor. Era hombre de elegancias y buen gusto, de cultura clásica y refinada educación. Su personalidad brillaba lo mismo en un salón que en un vivac. El argentino era solamente un gran soldado, un militar profesional de brillantísima carrera y era también, sobre todas las cosas, un corazón generoso y abnegado. Estos dos hombres gloriosos y nobles, no pudieron entenderse. Uno de los dos debía desaparecer del inmenso escenario de la libertad sudamericana. El 28 de julio se embarcó San Martín de regreso para el Perú. Al llegar a Lima presentó su renuncia como jefe del gobierno y después de dictar una proclama bellísima para el pueblo peruano, se dirigió a Chile, país que él libertó con su espada gloriosa y siguió rumbo a la Argentina en donde se embarcó para Europa. Bolívar quedó así como árbitro supremo de los destinos de América. Era desde ese momento, el único responsable de la libertad continental. A la salida de San Martín, el gobierno peruano se anarquizó profundamente. El desorden cundió por todas partes y Bolívar fue llamado por el Congreso de Lima para que tomara el mando del ejército y aceptara también la dictadura. Después de enviar al general Sucre y de esperar largamente el permiso que el Libertador pidiera al Congreso de Bogotá para pasar al Perú, marchó Bolívar sobre Lima, la que ocupó sin oposición, quedando investido del difícil y peligroso cargo de dictador, y comenzando desde luego a organizar la campaña militar que debía tener como resultados finales, la derrota completa de los

ejército españoles y la independencia absoluta del Perú. Durante todo el año de 1823 preparó el Libertador, ayudado siempre eficazmente por Sucre, la famosa campaña del Perú. Numerosas y aguerridas eran las tropas españolas que defendían el viejo virreinato. Notables generales españoles mandaban tan disciplinados y valerosos ejércitos. A principios de 1824, en enero, estaba el Libertador en el pueblo de Pativilca, pequeño puerto a 30 leguas de Lima hacia el norte. Una fiebre maligna estuvo a punto de acabar con su vida. La convalecencia fue larga y penosa y más penosa aún por encontrarse el Ejército Libertador en circunstancias desfavorables para iniciar la campaña. Bolívar estaba débil, abatido y triste. En uno de esos días de amargura, llegó a visitarlo uno de sus mejores amigos colombianos que regresaron de Lima, el señor don Joaquín Mosquera. El Libertador, sentado en una vieja silla de baqueta reclinada contra la pared de la casa donde vivía, tenía un aspecto terrible y al mismo tiempo doloroso. Cuando el señor Mosquera llegó a visitarlo, después de enterarse por el mismo Libertador de las circunstancias desfavorables en que se encontraba el ejército, le preguntó “Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?”. A lo que el Libertador respondió con esta sola y maravillosa palabra: “Triunfar”. Aquella inmensa voluntad no se doblegaba ahora como en tantas otras ocasiones difíciles no se había doblegado. Aquella voluntad inmensa a la que debió la América del Sur la libertad y la gloria. Poco tiempo después se inició la campaña. Los primeros meses se emplearon en situarse ventajosamente y tener algún contacto con el enemigo. El 6 de agosto de 1824 a las 5 de la tarde, se dio la batalla de Junin. No se

disparó un solo tiro. Toda la lucha fue al arma blanca. La acción fue breve, pero sangrienta. Al ponerse el sol los clarines del Ejército Libertador tocaron dianas. Una carga de caballería dirigida personalmente por Bolívar, decidió el triunfo. Allí habían peleado soldados venezolanos, colombianos, peruanos y argentinos.

Los argentinos al mando de su jefe Necochea se batieron bravamente. Así, en los campos de batalla de la América del Sur durante la guerra de Independencia, se vieron unidos los pueblos hermanos para libertarse del dominio español. Desgraciadamente, en los días de la paz no han vuelto a unirse como se unieron en los días de la guerra. Estos pueblos, que según los deseos de Bolívar, debían formar una sola y magnífica República, una inmensa confederación para ejercer su influencia bienhechora en el desarrollo de la humanidad. Después de la victoria de Junin, Bolívar entregó el mando supremo del ejército al general Sucre y regresó a Lima. Dio al Libertador a su admirable lugarteniente, un programa completo que debía tener por resultado el golpe final en poco tiempo, y así fue. El 9 de diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho, midieron sus fuerzas el Ejército Libertador fuerte de 6 mil hombres, mandado por Sucre, y el ejército español, mandado por el virrey La Serna, fuerte de 9 mil hombres. Fue la última batalla de la Independencia Iberoamericana y la última derrota de España en América. Antes de iniciarse el combate, oficiales y soldados de ambos ejércitos tuvieron algunas horas de armisticio en las que conversaron cordialmente, abrazándose al despedirse, pues había amigos y parientes en ambos partidos. La cortesía

y la hidalguía, herencia y tradición de indios y españoles, se manifestó entonces, en esos instantes, soberanamente. Iniciada la batalla, se vio pronto que el triunfo estaría por el Ejército Libertador. El general Sucre, joven de 29 años, iba de un sitio a otro dando órdenes y entusiasmando al ejército con palabras de valor y nobleza. La caballería mandada por el general colombiano José María Córdova, de 25 años de edad, se lanzó al ataque después de estas palabras de su jefe: “Soldados: armas a discreción, paso de vencedores”. Consumada la victoria, el general Sucre, con su generosidad proverbial, concedió una capitulación honrosa al virrey y sus tropas. Cayeron prisioneros el virrey La Serna y la mayor parte de los generales y oficiales del ejército español. El vencedor trató a los vencidos con una generosidad sin ejemplo, ofreciéndoles pasaportes y gastos de viaje para regresar a España. La batalla de Ayacucho aseguró para siempre la libertad de Nuestra América.

En todas las ciudades del continente fue celebrada con gran regocijo la victoria de Ayacucho. En la Ciudad de México, se hicieron grandes festejos por tal motivo y el nombre del Libertador Simón Bolívar fue objeto de aclamaciones y veneración por parte de todo el público iberoamericano. En Europa y los Estados Unidos, los hombres más notables le tributaron admiración y gloria. Bolívar era llamado, con razón, el hombre más ilustre del mundo. El general Sucre marchó, por orden de Bolívar, hacia el Alto Perú. Allí debía Sucre derrotar los últimos restos del ejército español, lo que sucedió poco tiempo después. El Libertador salió de Lima a encontrar al vencedor de Ayacucho. En todo el camino recibió el homenaje de las ciudades y los

pueblos, y en la ciudad de Arequipa, el 16 de mayo de 1825, decretó la creación de una nueva República formada con las provincias del Alto Perú. El nuevo país, por el voto unánime de sus habitantes, tomó el nombre de su fundador, y se llamó Bolivia. En la Paz y en Chuquisaca, Bolívar y los suyos fueron objeto de fiestas espléndidas. En la ciudad de Potosí, después de recibir el homenaje de sus hijos agradecidos, subió acompañado de una gran comitiva a la cumbre del famoso cerro del mismo nombre que era entonces uno de los minerales de plata más ricos del Universo. Al llegar a la cumbre, el Libertador recordó emocionado su vida pasada y la gloria de Colombia. Era el más grande orador de América. Se había cumplido así, con esta escena en la cumbre del cerro de Potosí, aquella conversación profética, aquel delirio de libertad, aquella divina locura de Bolívar en el caño de Casacoima, una noche de 1817, cuando derrotado completamente, habló entre el espanto de los pocos amigos que lo siguieron, de los países y de las tierra que él debía liberrar. Y todo se cumplió fielmente, a pesar de la naturaleza y a pesar de la envidia. En 1826, después de un paseo triunfal por todas las ciudades del Alto Perú, regresó el Libertador a Lima. Era para entonces el hombre más poderoso de América, el que arrastraba tras de sí a los pueblos fascinados por el brillo de su genio y por la gloria de su vida. Pocos hombres han alcanzado tan grande gloria. Al llegar a Lima, el Libertador realizó el que después de la libertad de América fue su mayor acto político: El Congreso de Panamá. En el otoño de 1826 se reunió en Panamá un Congreso de representantes de los países iberoamericanos. De muchos años atrás, Bolívar pensó en buscar la manera de

confederar, de unir políticamente a todos los Estados iberoamericanos que por la sangre, por la tradición, la tierra y el idioma estaban unidos. El Libertador, que amó a Nuestra América como ningún otro hombre antes ni después de él ha vuelto a amarla, deseó verla unida en una sola y poderosa nación de la que acaso México, decía él, fuera la capital. Todos los países del continente fueron invitados para reunirse en Panamá a tratar de una alianza continental que conseguiría la unión de los países hermanos para obtener así un solo y formidable país; para que Nuestra América, desunida como estaba, dejara de presentar una situación de riesgo, por su desunión misma, respecto de las naciones poderosas de Europa. Fragmentada, nada valía ante las grandes naciones del mundo; unida, debía ser, en poco de tiempo, la primera nación del universo. El Congreso de Panamá fue un fracaso. Sólo cuatro países enviaron representantes. De todo se trató menos de lo que debía tratarse. Bolívar, desde Lima, contempló el fracaso de sus ideas altísimas y comprendió como nadie el peligro futuro de Nuestra América por su desunión y por la rivalidad entre los mismos Estados, por la política estrecha y estúpida que algunos jefes de estos países principiaban ya a poner en acción. Así se fundó el Iberoamericanismo, es decir, el deseo de hacer una sola y grande patria, no solamente para ser más fuerte y respetable estando unidos, sino también para dar un ejemplo único de cordialidad y amor a la humanidad. A fines del siglo XIX el gobierno de los Estados Unidos, que era ya entonces uno de los más poderosos del mundo, invitó a todos los países iberoamericanos a enviar representantes que reuniéndose en la ciudad de Washington, trabajaran a favor de una unión

continental pero, que debería tener como jefe al gobierno de los Estados Unidos del Norte. Esto es el Panamericanismo. El programa del Libertador, que fuera desechado o despreciado por aquellos para quienes fue hecho y aprovechado con gran ventaja por un país que ha maltratado a todos los pueblos iberoamericanos. Si algún día Nuestra América llega a reunirse en un solo Estado político, ese día la gloria de Bolívar habrá llegado a una cumbre a la que ninguna otra gloria humana llegará jamás. A fines de 1825 regresaba el Libertador a Colombia llamado con urgencia por el gobierno de Bogotá. Cuatro años había durado su ausencia, el tiempo que necesitó para hacer la libertad de la actual República del Ecuador, del antiguo virreinato del Perú y para crear y organizar la República de Bolivia en la que quedó como presidente el general Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho. Durante todo el tiempo que Bolívar estuvo ausente de Colombia, gobernó aquel país como vicepresidente de la República el general Santander. Era un hombre inteligente, hábil organizador, calculador y ambicioso. La gloria del Libertador le enturbió siempre la mirada y creyó rivalizarlo. Para 1826 el vicepresidente Santander había logrado organizar un partido político en contra de Bolívar. Éste fue llamado a Colombia porque el general Páez se había insubordinado en Venezuela contra el gobierno de Bogotá. Después de estar algunos días en esta ciudad, el Libertador siguió camino a Venezuela para convencer a Páez y reducirlo al orden. Bolívar empezaba a dar ya muestras de debilidad en su política y en lugar de castigar como debiera al insubordinado llanero, lo trató con mucha benevolen-

cia y le devolvió todos sus empleos que el Congreso de Bogotá le había retirado. Bolívar entró a Caracas en medio de una muchedumbre fanática que lo adoró. El prestigio de este hombre había llegado a tal grado, que en la misa, en las iglesias católicas, se cantaba la gloria de Bolívar entre la epístola y el Evangelio. En Caracas pasó el Libertador los últimos dulces días de su vida, haciendo recuerdos de su infancia y de su juventud con los pocos amigos y parientes que de entonces le quedaban. A fines de 1827 regresó el Libertador a Bogotá deteniéndose en la ciudad de Bucaramanga. Cerca, en Ocaña, debía reunirse una convención de diputados para revisar y reformar la Constitución. Esto tenía muy excitados los ánimos de los políticos enemigos de Bolívar, pues pensaban que el Libertador quería hacerse elegir presidente perpetuo de la Gran Colombia. Poco tiempo antes Bolívar había recibido cartas de amigos y generales, en las que le pedían que fundara con todos los países que había libertado, un inmenso imperio que llamándose Imperio de los Andes, tuviera por primer emperador o rey a Bolívar; el grande hombre rechazó enérgica y sinceramente este proyecto de monarquía y a uno de sus amigos respondió lo siguiente: “El título de Libertador es el más grande que ha recibido el orgullo humano y por tanto no puedo rebajarlo”. Les recordó a sus amigos el ejemplo de Iturbide y declaró una vez más que un trono sería funesto en Nuestra América. Después de la convención reunida en Ocaña y que fue disuelta por el Libertador por no haberse llegado a obtener un buen acuerdo entre los partidarios de Santander y los partidarios de Bolívar, regresó éste a Bogotá. El 28 de septiembre de ese año, a media noche, fue asaltada la casa donde

vivía el Libertador, por un grupo de asesinos que estuvieron a punto de matarlo. Bolívar se salvó gracias a la serenidad y juicio de la bella Manuelita Sáenz, que lo hizo saltar por una ventana. El vicepresidente Santander tenía con anterioridad noticias de esta conjuración para asesinar al Libertador y guardó silencio. Al día siguiente fueron fusilados algunos de los directores de la conspiración, habiéndose perdonado a la mayoría y conmutado a algunos otros la pena de muerte por la de destierro. El general Santander, destituido de todos sus cargos, salió desterrado para los Estados Unidos y Europa. Un gran dolor llenó desde entonces el alma de Bolívar. Dictador por tercera vez, no fue sino con suma repugnancia que aceptó tan desagradable encargo. Al año siguiente, 1829, el gobierno del Perú declaró la guerra a Colombia. Sucre fue enviado a dirigir la campaña y después de derrotar completamente a los peruanos, concedió una capitulación generosa, como todos los actos de su vida, a los desventurados vencidos (Portete de Tarqui. 26 de febrero de 1829).

Los últimos años de la vida del Libertador están llenos de amargura y de gigantesco dolor. El general Santander y sus partidarios habían logrado minar con infamias y traiciones el prestigio de Bolívar. Después de la bochornosa guerra con el Perú, siguieron los levantamientos, la insubordinación de algunos de los generales más distinguidos. El general Córdova, uno de los vencedores de Ayacucho, se insurreccionó contra el gobierno de Bolívar y tuvo una muerte oscura, combatiendo a las fuerzas que fueron enviadas en su contra. El general Páez, después de algunos actos lamentables de desobediencia y anarquía, se

declaró en rebelión contra el Libertador y fueron inútiles todos los esfuerzos de éste para tratar con Páez, quien declaró poco tiempo después, la separación de Venezuela de la Gran Colombia. Páez se cubrió de infamia insultando al Libertador, a quien mandó decir que el nuevo gobierno de Venezuela le prohibía volver a dicho país. Así correspondía Venezuela todos los sacrificios de Bolívar por darle libertad. En enero de 1830, el Libertador reunió el Congreso en Bogotá y renunció una vez más la Presidencia de la República. Aceptaba su renuncia en medio de la mayor emoción del Congreso y del pueblo, se despidió de sus amigos y salió para Cartagena de Indias. Durante su estancia en ese puerto atlántico recibió la noticia de la muerte del más ilustre de sus generales. Sucre había sido asesinado en la montaña de Berruecos, por los políticos colombianos, cuando alejado para siempre de las cosas de gobierno, se dirigía a la ciudad de Quito a encontrar a su esposa. Así murió el soldado más puro de la Independencia de América, a los 35 años de edad; el más prudente y caballeroso de los jefes militares, el honrado y valiente y talentoso vencedor de Ayacucho. Cuando el Libertador recibió la noticia de la muerte de Sucre, exclamó: “¡Santo Dios, se ha derramado la sangre de Abel!”. Bolívar lloró a su mejor amigo y a su más ilustre colaborador y marchó a Barranquilla, en el norte de Colombia, donde agobiado y abatido por todas las decepciones, sintió que sus males del cuerpo se agravaban y se dirigió al cercano puerto de Santa Marta. Allí pasó los últimos días de su vida. Pobre y abandonado, aceptó la hospitalidad que le ofreciera en su quinta de San Pedro Alejandrino, un generoso caballero español. Allí volvió a leer algunos de los

libros que había leído en su juventud. Releyendo las aventuras de Don Quijote y conversando con los pocos amigos que lo siguieron, pasó sus últimos días. El 10 de diciembre dictó su última proclama, llena de perdón para sus enemigos y de votos fervientes por la tranquilidad y la dicha de Colombia. El 17 a la 1 de la tarde, entró en la muerte. Tenía 47 años. La noticia se su fallecimiento resonó en todo el mundo. Mientras en América se le maldecía, en Europa se le tributaban los más apasionados elogios, las más altas demostraciones de admiración y de respeto. A su muerte quedó entregada Nuestra América al más desenfrenado desorden. El Libertador fue sepultado en la iglesia mayor de Santa Marta, y 12 años después trasladado su cuerpo a Venezuela, tardíamente arrepentida de sus culpas, sepultándose en una tumba espléndida.

Pocas veces un hombre ha vivido una vida tan bella. Pocas veces una sola alma ha amado tanto a la humanidad y se ha sacrificado tanto por el más alto ideal de los hombres: La Libertad. Pocas veces el genio humano ha florecido tan maravillosamente, tan prodigiosamente, como en Bolívar. Su vida toda es una lección estupenda de belleza y de heroísmo, de sacrificio y de fe. Un vértigo de gloria corre como una catarata a lo largo de la vida de este hombre inmortal. La vida de Bolívar es la herencia más preciosa y noble que ha recibido Nuestra América. Dejó el Libertador trazados de mano maestra, todos los programas de vida para estas tierras. Comprendió como nadie, todos los problemas iberoamericanos. Dijo que era urgente y necesario buscar intercambios de sangre; que estos pueblos sólo podrían salvarse, mezclándose con europeos de todas partes —ejemplo:

la Argentina—, y esto, como todo lo que él pensó y dijo, ha venido realizándose, así en los bienes como en los males, con una seguridad asombrosa. La originalidad de su genio profundamente iberoamericano, será siempre el orgullo mayor de nuestro continente. Por desgracia, algunas de aquellas buenas cosas que él deseó para nosotros, se han realizado, pero en contra de nuestros destinos. El Canal de Panamá se abrió; pero ese pedazo de tierra ya no nos pertenece. Fueron los norteamericanos los que supieron aprovecharse de tan importante lugar, cometiendo para ello uno de los mayores atentados que han cometido contra Nuestra América. Sólo la unión puede salvar a nuestros pueblos. Recordamos a Bolívar como a un genio de la Libertad, como a un hombre lleno de gloria en estos países donde la gloria ha sido siempre tan escasa. Pero en realidad lo hemos olvidado, porque no hemos sabido seguir el maravilloso reflejo de su vida. ¿De qué sirven las estatuas consagradas a los héroes si alrededor de ellas se agitan multitudes de perezosos, analfabetos y miserables? Pensemos en Nuestra América, trabajemos por ella, esforcémonos con todas las fuerzas de nuestra inteligencia y de nuestro espíritu en unirnos todos para ser respetables, civilizados, fuertes; no busquemos la fuerza para servirnos de ella como arma de conquista; porque toda conquista es desenfreno y codicia criminal y contra toda conquista y abusos militares combatió siempre Bolívar. Renunció varias veces el mando supremo del gobierno para tornar a ser simple ciudadano, deseándolo con toda la sinceridad de su gran alma. (Véanse sus últimas cartas.) Dictador y militar, se consideró a sí mismo

hombre peligroso para un gobierno democrático, y combatió el militarismo y los gobiernos militares, diciendo en más de una ocasión estas palabras profundas: “Desgraciado del pueblo cuando el hombre armado delibera”. Porque el soldado es hombre de garantía y defensa, y antes que otra cosa es y debe ser siempre hombre de paz. Bolívar está considerado como uno de los más insignes guerreros de la historia. Pero al revés de los grandes capitanes del mundo —Alejandro, Hanníbal, Julio César, hasta Napoleón—, hombres de genio que gastaron lo mejor de su vida en el horrendo oficio de matar hombres y esclavizar pueblos. Bolívar es Libertador de casi todo un continente y aun en medio de una de las guerras más bárbaras y crueles y a pesar de su proclama de guerra a muerte, fue casi siempre generoso y hombre lleno de perdón y ternura. Fue un gran soldado, pero soldado de la Libertad. Seamos fuertes para combatir al mal, para defender el bien, para alargar sobre el horizonte de universo toda la dicha que los hombres todos nos debemos unos a los otros. Amemos con todo nuestro amor y nuestra admiración la vida y la gloria de Bolívar; sólo que para amarla y admirarla es necesario y hermoso poner nuestro esfuerzo personal al servicio de nuestra América, espiritual, noblemente. Entonces, Simón Bolívar, Libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, fundador de Bolivia y ratificador de la libertad continental, el Libertador de América, nacerá de nuevo entre nosotros.

ENTRE LIBERTADOR Y DICTADOR

Ricardo Palma

I

Estando de sobremesa el Libertador Bolívar en Chuquisaca, allá por los años de 1825, versó la conversación sobre las excentricidades del doctor Francia, el temerario dictador de Paraguay.

Lo que algunos comensales referían sobre aquel sombrío tirano, que se asemejaba a Luis XI en lo de tener por favorito a su barbero Bejarano, despertó en el más alto grado de curiosidad de Bolívar.

—Señores —dijo el Libertador—, daré un ascenso al oficial que se anime a llevar una carta mía para el gobernador del Paraguay, entregarla en propia mano y traerme la respuesta.

El capitán Ruiz se puso de pie y contestó:

—Estoy a las órdenes de vuecelencia.

II

Al día siguiente, acompañado de una escolta de 25 soldados, emprendió Ruiz el camino de Tarifa para atravesar el Chaco. Después de un largo mes de fatigas, llegaron a Candelaria en el alto Paraguay, donde existía una guardia fronteriza que desarmó a la escolta sin permitirle pasar adelante. El oficial paraguayo, custodio de la frontera, envió inmediatamente un chasqui al gobierno con el aviso de lo que ocurría.

Francia le mandó instrucciones; y el capitán Ruiz, acompañado de dos jinetes paraguayos, que no hablaban español, sino guaraní, continuó el viaje hasta la Asunción, sin que en el tránsito se le dejara comunicar con nadie.

Pasó Ruiz por algunas calles de la capital hasta llegar al palacio del dictador, donde sin permitirle apearse del caballo, tuvo que entregar al oficial de guardia el pliego de que era conductor.

Una hora después salió éste, dio a Ruiz una carta sellada y lacrada, que contenía la respuesta del dictador a Bolívar, y el sobre el oficio, con estas palabras de letra del autócrata paraguayo.

Llegó a las 12. —Despachado a la una, con oficio. —Francia.

III

El capitán volvió grupas, escoltado por los dos vigilantes paraguayos, que no se apartaron un minuto de su lado hasta llegar a Candelaria, donde lo esperaban los 25 hombres de su escolta.

Después de mil contratiempos, naturales a camino tan penoso como el del desierto Chaco, puso Ruiz en manos del Libertador la ansiada correspondencia, y obtuvo el ascenso, leal y honrosamente merecido.

Los compañeros de armas de Ruiz acudieron presurosos a su alojamiento, esperando oír de su boca descripciones pintorescas del país paraguayo y estupendos informes sobre la persona del enigmático dictador:

—¿Qué ha visto por allá, compañero?

—Árboles, arroyos y dos soldados que me custodiaban.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Qué ha oído en ese pueblo? ¿Qué se dice de nosotros?

—No he oído más que el zumbar del viento; con nadie he hablado; sólo mis dos guardianes hablaban; y como lo hacían en guaraní, no les comprendí jota.

—¿Y Francia? ¿Qué tal se portó con usted? ¿Es bajo? ¿Es alto? ¿Es feo? ¿Es buen mozo? En fin, díganos algo.

—¿Qué les he de decir, si yo no he conocido al dictador, ni he pasado del patio de su casa, ni visto de la ciudad sino cuatro o cinco calles, y eso al galope, más tristes que un cementerio?

El despotismo extravagante del doctor Francia estuvo más arriba que la curiosidad burlesca del Libertador.

La nota del Libertador Bolívar al tirano Francia se limitaba a proponerle que sacase al Paraguay del aislamiento con el resto del mundo civilizado, enviando y recibiendo agentes diplomáticos y consulares. La contestación, de que fue conductor el capitán Ruiz, no puede ser más original, empezando por el título de Patricio que da al general Bolívar. Hela aquí tal como apareció en un periódico del año 1826: “Patricio: Los portugueses, porteños, ingleses, chilenos, brasileros y peruanos, han manifestado a este gobierno iguales deseos a los de Colombia, sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapiña y de otros males a esta provincia, y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de oliva el pérfido puñal para regar con sangre la libertad

que los ambiciosos pregonan. Pero el Paraguay los conoce, y, en cuanto pueda, no abandonará su sistema, al menos mientras yo me halle al frente de su gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la justicia para hacer respetar tan santos fines. Y si Colombia me ayudase, me daría un día de placer y repartiría con el mayor agrado mis esfuerzos entre sus buenos hijos, cuya vida deseo que Dios Nuestro Señor guarde por muchos años. —Asunción, 23 de agosto de 1825. —Gaspar Rodríguez de Francia”.

Bolívar leyó y releyó para sí; sonrióse al ver que el suscriptor lo desbautizaba llamándole Patricio en vez de Simón, y pasando la carta a su secretario Estenós, murmuró:

—¡La pim...pinela! ¡Haga usted patria con esta gente!





HIDALGO

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Lo fue Hidalgo un genio para la guerra, como lo fue Morelos, ni un batallador, como los Galeana; pero ese humilde cura párroco, de alma y cabellos blancos, fue el primero que oyó el quejido de los opresos, como se oye en un confesonario la confidencia de dolor. A ese curato de Dolores fue el indio desvalido en busca del buen sacerdote que había de socorrerle. Y aquel insigne cura bautizó la libertad.

Sentimos amor a todos los grandes insurgentes; pero de ellos, ninguno es más querido que ese viejecito de canas inmaculadas; a él volvemos la mirada en los conflictos, a él solamente le llamamos padre.

Y es padre, no por la investidura sacerdotal, es padre por el amor que nos tuvo. Sus manos fueron hechas para bendecir, y bendijeron a una nación recién nacida. Es padre en el sentido altísimo de este vocablo: en el que expresa un absoluto desinterés y un infinito amor.

Gloria del clero humilde, del que pena en villorrios y cortijos es el que en Dolores alzó el estandarte de la libertad. Iturbide podrá representar un ejército bizarro; Hidalgo encarna todo un pueblo. Iturbide se unió a la causa de la Independencia cuando ésta era rica y vencía. Hidalgo la abrazó, levantándola del suelo, cuando muy niña, se moría de hambre y de sed y de frío. Iturbide fue emperador, fue Hidalgo fusilado.

¡Oh, qué buen cura de almas! ¡Cómo quisiéramos revivirlo para besar sus canas! Es como el padre ya muerto, como el padre que nos quiso tanto y al que no podremos enseñarle ya la hermosa nieta. ¿Cómo sacarle del sepulcro, cómo despertarle, cómo decirle: Tú que tanto sufriste por nosotros, ve el hogar que hemos formado?

Llegó la libertad a esa parroquia de Dolores como pidiendo limosna. Llegó recomendada por una buena y noble dama, por la Corregidora Domínguez. Fue indigente, desnuda casi, al curato hospitalario. Y allí le dieron pan y besos. Allí la virgen de Guadalupe le prometió la victoria.

Morelos fue el hombre de la energía y del valor; Hidalgo, el de la bondad y la fe. Aquél fue el héroe; éste es el padre.

¿No os parece oír como un rumor de confesión llegando a los oídos del cura Hidalgo? Se confesaba la nación entera, y al confesarse, en desahogo de su corazón, decía penas sufridas y perennes congojas y nobilísimos anhelos.

Mientras los primates le perseguían y anatematizaban, ese cura que pedía limosna para dar limosna, ése que oía el azote y escuchaba la voz lastimera e imprecante del pobre indio, ése tuvo amor y tuvo compasión, y tuvo fe.

Fue sacerdote en el excelso significado de esta palabra.

¿Quiénes suavizaron la condición del mexicano en la época de la conquista? Las Casas, los buenos misioneros españoles. ¿Quién nos dio patria? Un cura: Hidalgo.

Esos que de cerca oyen latir el corazón del pueblo; éstos que han padecido en la misión, en el curato pobre, en la cabaña de adobes y carrizos, éstos son lo que nos han hecho beneficios.

La bondad no bajó de lo alto: subió de la masa oscura y olvidada.

Padre Hidalgo: tus canas reflejan, en la obra de nuestra Independencia, el misterioso resplandor del alba.





MORELOS

GENARO GARCÍA

Morelos nació en Valladolid de Michoacán, el 30 de septiembre de 1765, y residió allí hasta 1779, en que se trasladó a la hacienda de Tahuejo, de la jurisdicción de Apatzingán, donde trabajó como labrador durante 11 años. Hacia 1790 volvió a Valladolid para comenzar la carrera eclesiástica, no obstante que tenía a la sazón 25 años de edad. Hizo sus estudios en aquella ciudad, primeramente en el Colegio de San Nicolás, y luego en el seminario; tardó seis años en concluirlos. Al mismo tiempo que seguía su carrera, trabajaba a fin de mantener a su madre Juana Pavón, viuda de Manuel Morelos, y a su hermana Antonia Morelos. Ayudaba a su hermano Nicolás Morelos; consta que pagó por él como fiador a causa de la quiebra de un estanco. Favorecía, además, a sus ahijados, a veces con sumas considerables de dinero. Vino a graduarse en la Real y Pontificia Universidad de México, y recibió en Valladolid las órdenes eclesiásticas, menores y mayores. La ilustración que

alcanzó fue muy deficiente; sin embargo, aprendió a expresar claramente sus ideas con frases concisas.

Consagróse en seguida a enseñar gramática y retórica a los niños de Uruapan. Continuaba esta labor, hacia 1798, cuando recibió el nombramiento de cura de Churumuco, que aceptó fiado en la protección divina, aunque se miraba pequeño para desempeñarlo. Se estableció entonces con su madre y hermana en Tamácuaro de la Aguacana, cabecera de su curato, cuya clima ardoroso y enfermizo dañó gravemente a los tres, por lo cual Morelos hizo salir de allí violentamente, en silla de manos, a su madre y a su hermana; estrictamente apegado a sus deberes, no quiso abandonar a Tamácuaro, a pesar de su salud bastante quebrantada; poco después tuvo noticia de que su madre se hallaba moribunda en Pátzcuaro; pero ni aun entonces quiso dejar acéfala a su parroquia, sino que se limitó a pedir a la diócesis que lo mandara a tierra fría; al fin perdió a su madre sin haber tenido el consuelo de verla durante sus últimos instantes.

A causa de que fue nombrado cura de Carácuaro en aquel mismo año, se radicó en Nocupétaro, de clima más benigno que el de Tamácuaro; pero cuyos naturales, inducidos por la maldad en que vivían, le negaron la obediencia, la tasación y el servicio personal que estaban obligados a prestarle, y elevaron a la diócesis una queja calumniosa en contra de él, si bien inútilmente, pues Morelos demostró su inculpabilidad.

Predispuesto por su naturaleza vigorosa, el clima cálido del sur y probablemente también por la soledad de su hogar, entabló relaciones amorosas con una mujer ignorada, de la que

tuvo dos hijos: Juan Nepomuceno, nacido hacia 1803, y José, posteriormente. Redimió esta falta reconociendo a Juan y a José de una manera pública.

De los años siguientes conocemos un detalle importante: la renuncia que hizo de su jurisdicción sobre las haciendas Cutzián y de Santa Cruz a favor de los curatos de Turicato y de Churumuco para mejorar su administración espiritual, pues estaban mucho más cercanas a aquellos curatos que al de Carácuaro: tal renuncia reducía considerablemente las ya exiguas obvenciones parroquiales que recaudaba Morelos. No obstante, pudo adquirir allí, a costa probablemente de continuas economías, una casa que valía “11,543 pesos”.

Así vivió hasta 1810, en que Hidalgo inició la primera de nuestras revoluciones ofreciendo a las multitudes la libertad y la riqueza que tanto ambicionaban, porque se sentían oprimidas y pobres: ignorantes de que ambos bienes sólo se alcanzan con el progreso y que éste jamás se fuerza; se insurreccionaron al punto con el mayor entusiasmo y siguieron a Hidalgo sin elementos de lucha; pero seguras de que su patrona celestial, la Virgen de Guadalupe, les daría el triunfo: las muchedumbres se dejan seducir por cualquier promesa. Aunque Hidalgo se abstuvo de proclamar la independencia y permitía a sus huestes que vitorearan a Fernando VII, la revolución no arrastró a las clases superiores que son conservadoras siempre, para no exponer las comodidades que han conquistado, porque su mayor cultura les enseña que las revoluciones sólo producen ruina y barbarie al destruir las riquezas acumuladas y transformar en loables hábitos los peores delitos; el clero alto

de la Nueva España, por ejemplo, combatió el movimiento de Independencia, mientras que el clero bajo, por el contrario, lo secundó. Por pertenecer Morelos a este último clero y haber sido, además, discípulo de Hidalgo en el Colegio de San Nicolás de Valladolid, simpatizó doblemente con la revolución; de modo que apenas le habló Hidalgo en Indaparapeo, la tarde del 20 de octubre de 1810, aceptó el grado de su lugarteniente para “correr las tierras calientes del sud”.

No hemos logrado descubrir cuál fue el plan de guerra y gobierno que los dos se proponían desarrollar. Hidalgo se limitó a decir en su manifiesto de 15 de diciembre de aquel año, que deseaba establecer un Congreso formado “de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino”; creía que el americano debía gobernarse por el americano, de igual modo que el alemán por el alemán, según declaró cuando fue procesado. Quizá los caudillos insurgentes carecieron de un plan positivo; el propio Hidalgo aseguró entonces que “no adoptó plan ninguno de organización en todo ni en parte”, y Morelos reconoció después que su sistema tendía únicamente a que recayese en los criollos el gobierno que estaba en las manos de los europeos. Se podría inferir de aquí que los caudillos insurgentes no querían compartir los beneficios de la Independencia con los indígenas, a pesar de que eran quienes principalmente la llevaban a cabo; esta exclusión vendría a comprobar que todas las revoluciones son tan falaces como la francesa, que en vez de otorgar la libertad, la igualdad y la fraternidad que había ofrecido, tiranizó a la misma Francia, convirtió en parias a incontables de sus hijos o los guillotiné sin exceptuar a las mujeres ni a los octogenarios y diezmó a la Europa.

Morelos principió sus campañas contra los realistas en noviembre de 1810 con “16 indígenas de Nocupétaro”, solamente y otros escasísimos elementos de guerra; mas a pesar de esto y de su falta absoluta de conocimientos militares, tomó a Tecpan, el Veladero, el Aguacatillo y otros puntos estratégicos antes de que feneciera dicho mes; inspirado exclusivamente por su genio extraordinario, pudo desplegar desde el primer momento una táctica pronta y además fecunda en eficaces ardides. Luego derrotó al esforzado capitán Paris que mandaba a mil hombres, y ocupó a Chichicualco. Decía entonces: “Se an dado beinte y seis batallas en rumbos desde 13 de Nbre. de 1810 hasta 23 de mayo de 1811, y despreciando guerrillas y muchos pormenores, se an ganado beinte y dos y cuatro se an empatado: y en las 22 an acabado los más beteranos y Milicianos de Acapulco, Oaxaca, Puebla y fixo de Veracruz con algunos colorados y Dragones de México que llaman de España: y en todas ellas sólo ha perdido la América 75 soldados”. En seguida se apoderó de Chilpancingo y Tixtla; deshizo la fuerza del teniente coronel Fuentes que había conquistado renombre en España; se posesionó de Chilapa, Tlapa, Chautla de la Sal, Izúcar, Cuautla, Taxco y Tenancingo, donde derrotó al brigadier Porlier; volvió a Cuautla y resistió allí gloriosamente durante 72 días el sitio que le puso el hasta entonces victorioso general Calleja, con el mejor ejército que había visto la Nueva España; reapareció también en Chautla, y en Chilapa desbarató las tropas que estaban a punto de entrar en Huajuapán; se situó en Tehuacán; salvó un botín considerable de plata; venció a la guarnición de Orizaba; conquistó la provincia entera de Oaxaca, y rindió, en

fin, el 19 de agosto de 1813, la fortaleza de Acapulco que parecía inexpugnable.

Para conseguir tan importantes y repetidos éxitos, Morelos elegía con singular acierto a sus tenientes y soldados y se hacía obedecer y amar de ellos fácilmente: estimaba más a poca gente con disciplina que a un mundo de hombres sin ella; daba excelente ejemplo a sus subordinados, y a nadie permitía ni aun a la “voz del pueblo”, que infringiera la disciplina militar; mantenía en su ejército la unidad de mando, sin la cual se vuelve ilusorio el triunfo; proscribía el sistema corruptor de mantener jefes y oficiales separados de las fuerzas, y reprimía los abusos de sus subalternos sin exceptuar a ninguno, porque juzgaba que la tolerancia en esto constituía una verdadera complicidad; ordenó, así, que se encapillase y ejecutara “dentro de tres horas” al militar que cometiera los delitos de robo o saqueo por valor de más de un peso; a fin de no carecer de ningún elemento de guerra, establecía talleres de armas, fábricas de pólvora, fundiciones de plomo y cobre y casas de moneda; extraño a la envidia, se complacía en premiar, conforme a los méritos de cada uno, a cuantos militaban a sus órdenes, en elogiar a los otros caudillos insurgentes y en honrar a los que morían sobre el campo de batalla; negábase a otorgar ascensos “sin mérito”; quitaba a los oficiales todo manejo de fondos para remediar su “ambiciosa codicia” y obligarlos a que cumplieran mejor con “sus deberes”; proyectaba y maduraba sus planes de campaña con la mayor anticipación posible; se posesionó de Tehuacán, verbigracia, a fin de que le sirviera de base en sus operaciones ulteriores contra Oaxaca; no se dejaba desvanecer por la gloria

de las armas, y antes bien reconocía que cualquier cambio de fortuna podía destruirla: “por lo mismo —agregaba— jamás se me ha llenado la cabeza de viento”; no combatía a sus enemigos sino después de haberles ofrecido la paz con el objeto de no dañarlos innecesariamente, y aunque los trataba en lo general “conforme a sus obras” y a la justicia, ordenando que recibieran la pena o el perdón que merecían, optaba por indultarlos cada vez que le era posible, pues se inclinaba más hacia la clemencia que hacia el rigor; cuando en Oaxaca conservó la vida de 200 españoles, no exceptuó a Pardo ni a Padruns que debían “muertes a sangre fría”.

Morelos se distinguió no sólo por su genio militar sorprendente, sino también por sus excepcionales dotes administrativas. Humanitario en grado sumo, se apresuró a abolir la servidumbre y la distinción de castas una y otra vez; su bando de 5 de octubre de 1813 comenzaba así: “Porque deve alejarse de la América la esclavitud y todo lo que a ella huele...” y en sus 23 puntos para la Constitución, no toleraba más distinciones entre los americanos que las del vicio y la virtud; preocupado tanto de los menesterosos como de la misma independencia, dispuso que el 50 por ciento de los bienes decomisados a los realistas, se diese a los pobres, de suerte que todos quedaran socorridos y ninguno se enriqueciera en lo particular; recomendaba a sus compatriotas que se vieran como hermanos, y confiaba más en la unión y en la concordia que en las armas, por lo cual sacrificaba a aquéllas sus propios intereses personales; acatando las ideas exageradamente religiosas de todo el pueblo de la Nueva España, no toleraba otro culto que el católico,

y exigía que la devoción a la Virgen de Guadalupe se mantuviera “en todos los pueblos del reyno”. Comprendiendo que las naciones que no entran en el concierto de los demás quedan condenadas a desaparecer, procuraba celebrar tratados con la Gran Bretaña, los gobiernos independientes de la América Meridional y los Estados Unidos; inquebrantable en su propósito de independencia, desoía con altivez los ofrecimientos de amistad de las autoridades realistas; escribió, así, al calce del manifiesto conciliatorio que Calleja expidió al tomar posesión del virreinato: “Que entregue el bastón de mando a los Criollos y quedaremos en Paz”; ordenaba a todos los mexicanos y mexicanas que trabajasen “en el destino que cada cual fuese útil”, porque la ociosidad es fecunda en malos hábitos, y persuadido de que únicamente sobreviven y prosperan los pueblos de carácter moral, prohibía los homicidios, desafíos, peticiones, provocaciones, el “juego recio”, la fabricación de naipes, cualquier “echo, dicho o deseo” que perjudicase al prójimo, y aun el uso del tabaco, que juzgaba un “detestable vicio” muy dañoso para la salud; quería que las leyes atenuasen la indigencia, y abogaba por el aumento del jornal del pobre, mediante su mayor ilustración y mejoramiento de costumbres; respetaba comúnmente los derechos individuales, y opinaba que la Constitución debía resguardar la propiedad de cada uno y convertir el hogar en “un asilo sagrado”; sólo admitía las contribuciones que oprimían poco; cuidaba de que la justicia estuviera “plenamente asistida”, por presentir de seguro que sin ella ningún pueblo disfruta de paz y bienestar; atendía con escrúpulo el buen gobierno de los lugares que ocupaba, y, celoso de su

propia autoridad, la defendía franca y resueltamente, pero quizá también con alguna presunción, pues se permitía decir entonces: “yo sé bien cómo anda el mundo”; sin embargo, no aspiraba a ejercer una autoridad absoluta, y condenaba al contrario a quienes reasumían en sí todos los poderes bajo el pretexto de “salvar a la patria”, pero a la cual arruinaban, porque “mirándola peligrar”, impedían a los otros ciudadanos que acudieran a salvarla.

Morelos fue ante todo un patriota ejemplar. Su mayor anhelo consistió en hacer feliz a su patria “el blanco de todo” y la “madre común”, según decía; gustaba más de llamarse “Siervo de la Nación”, que “Generalísimo de las Armas de la América Septentrional”, y daba las gracias con mayor efusión por los servicios que otros prestaban a ésta que por los que él mismo recibía. No exceptuaba de la obligación de defender a la patria, ni a los eclesiásticos, mujeres, niños y ancianos, y llamaba infames a cuantos vivían en país realista sin dar pruebas de patriotismo; por lo que hacía a él, aceptaba de antemano cualquier puesto donde pudiera ser útil a la Nueva España.

Naturalmente, Morelos tuvo errores como cualquier otro hombre. Así, por asegurar la ayuda de los Estados Unidos, les ofreció la provincia de Tejas, suponiendo que el fin de emancipación justificaba todos los medios; ignorante de los principios económicos, procuraba moderar con las leyes “la opulencia”, que suele lastimar a los humildes, y fijaba precios, en las leyes también, a los artículos de primera necesidad para combatir los monopolios, criadores del hambre del pueblo; a causa probablemente de que tampoco sabía que uno de los principales

corolarios de la justicia es el derecho de propiedad, y que, por tanto, las mismas leyes no pueden destruirlo, propuso la confiscación de los bienes de los enemigos y la del oro, la plata y “demás preciosidades” de las iglesias, si bien ofreciendo el reintegro; es curioso que el propio Morelos condenara a muerte, como observamos ya, a los militares que robaban o saqueaban; con tendencias comunistas llegó, en fin, hasta proyectar la inutilización de “todas las haciendas grandes”, cuyos terrenos “laboriosos” excedieran de “dos leguas”, y la destrucción de los acueductos, presas, caseríos y demás oficinas “de los hacenderos pudientes, criollos o gachupines”. Pero debemos considerar que todos los revolucionarios han permitido el robo, y que, a pesar de que el comunismo recluta sus adeptos, casi exclusivamente entre los incapaces que envidian las riquezas producidas por los aptos, también suele ganar a alguno que otro hombre de noble espíritu y sentimentalismo exagerado, como Morelos.

Una vez que rindió la fortaleza de Acapulco, se despojó del poder supremo que hasta entonces había ejercitado, y lo transfirió al Congreso Insurgente, que él mismo creó, para que existiera un cuerpo con la majestad debida que pudiese regir sabiamente a la nación. Por desgracia aquel Congreso, falto de experiencia política y además de gratitud, depuso a Morelos, quien aceptó estoicamente tal humillación, diciendo que si no se le creía útil como general, serviría de buena voluntad como el último soldado del Ejército Independiente; quizá pensó que era justa su deposición, porque se complacía en reconocer que del yerro “no estuvo esempto ni el primer hombre ni el más sabio de los hombres”.

Morelos continuó sirviendo con lealtad al Congreso, y en varias ocasiones impidió que lo aprehendieran sus enemigos. Precisamente por salvarlo en Tamálac, el 5 de noviembre de 1815, no vaciló en sacrificarse conteniendo él solo a las fuerzas realistas y ordenando a la vez al general Bravo que vino a auxiliarlo: “Vaya U. a escoltar al Congreso, que aunque yo perezca, no le hace, pues ya está constituido el gobierno”. Morelos salvó así al Congreso por última vez, pero quedó vencido y en poder de los realistas.

Traído a la capital, lo procesaron luego los tribunales comunes y el del Santo Oficio, que arteramente amenazaba con la condenación eterna a los reos que se negaban a delatar a sus cómplices. Morelos, de bronce antes, se volvió de cera, no obstante que había expuesto su vida en múltiples combates y conservando su serenidad habitual en los mayores infortunios; quizá su confesor le convenció de que el Concilio IV de Toledo tuvo derecho para ordenar que se declarase excomulgado delante del Espíritu Santo a cualquiera que intentara privar a los reyes de sus señoríos. Morelos era un creyente tan ingenuo que oficialmente se llamaba “Coronel del más privilegiado y distinguido Regimiento del señor San Miguel Arcángel”; no podía dudar, en consecuencia, del infierno ni de sus penas terroríficas e inacabables; para siempre sintió, así, un pavor invencible al pensar que se vería sujeto a ellas y además privado de las inefables delicias del cielo si no denunciaba a sus hermanos los insurgentes; de aquí que los delatara, no con el objeto de conservar su vida, sino a fin de ganar a Dios; los delatados no lo culparon: en su caso habrían hecho lo mismo.

Muy pocos días después, Morelos recibió con perfecta tranquilidad las balas de los soldados que lo fusilaron en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de aquel mismo año. Honrado sin mácula, no dejó bienes de fortuna, a pesar de que había manejado caudales enormes.

EL GENERAL DON JOSÉ MARÍA MORELOS SEGÚN EL "DIARIO" DEL LICENCIADO ROSAINS, SECRETARIO PARTICULAR DEL HÉROE

Día 10 de febrero. Marchó el señor Morelos a San Francisco Huizo, pueblo de mediano vecindario, cabecera de la doctrina de San Pablo Huizo, donde tuvo su campamento el comandante español Régules y de donde salió luego en fuga cuando supo que Morelos había encumbrado la cuesta de San Juan del Rey. Esta jornada fue de tres leguas, por buen camino. Huizo está al poniente de Oajaca.

Día 15 de febrero. Andadas cuatro leguas llegó el señor Morelos al pueblo de Yanhuitlán, curato de dominicos de Oajaca, con buena población y con algunas casas decentes. Será este lugar monumento eterno del genio cruel y sanguinario de los realistas, pues en él pasaron por las armas, mandado por Régules, a más de 80 vecinos de las inmediaciones, de los cuales arrojaron a una barranca como 60.

Día 23 de febrero. Marchamos a Tepozcolula, que dista cuatro leguas. En su medianía está el pueblo de San Juanico, que es triste espectáculo de la revolución. Sus casas están incendiadas,

su templo sin ornamentos ni utensilios, pues todos fueron robados, lastimadas sus paredes, y de su pavimento parece que exhalan suspiros sus miserables víctimas; todo esto conmovió el ánimo del señor Morelos en aquel lugar pavoroso. Tepozcolula es cabecera de partido y antes fue subdelegación, apreciable por su vasto comercio de algodón, grana y matanzas de ganado cabrío y por comprender más de 100 pueblos en los que hacían lucrosos repartimientos los alcaldes mayores, y los cobraban por sus manos, abusando de su autoridad y cometiendo muchas vejaciones en los pobres indios. Tiene seis diversas aguas, y de éstas la más apreciable es la de Tondá. Aunque la iglesia que llaman Capilla Vieja, está arruinada, sus fragmentos y hermosas columnas manifiestan que de tiempo atrás se conocieron en América las bellezas de la arquitectura.

Día 3 de marzo. Este día fue de ceniza, y después de tomarla nos encaminamos a Zacatepec, que dista cinco leguas y consta como de 300 familias; pertenece al curato de Amuzgos y por lo civil a Jamiltepec. Cerca de él estaba un buen campamento enemigo, que abandonó a sólo la noticia de nuestra aproximación. Aquella campiña produce mucha grana y abunda en plátanos y palmas de coco.

Día 12 de marzo (viernes). Una salva de artillería y vísperas cantadas anunciaron ayer la jura, de la junta soberana nacional instalada en Zitácuaro, y se efectuó con la pompa posible. La tropa y oficialidad se vistió con el aseo que pudo en una marcha tan penosa y larga. Formó guardia desde el cuartel general hasta la iglesia, donde se presentó el señor Morelos de grande uniforme: marchaba a su vanguardia, en columna, la división

de Galeana, y a su retaguardia la escolta. Colocóse en la iglesia bajo el dosel. El cura don Miguel Gómez exigió el juramento sobre los santos Evangelios a la oficialidad, en el altar mayor y después lo prestaron las repúblicas de indios. En seguida comenzó la misa y predicó don Joaquín Gutiérrez, capellán de honor del señor Morelos.

Concluida esta función, formada la tropa en el atrio de la iglesia, hizo el juramente el regimiento de Tlapa con su comandante indio don Victoriano Maldonado, al frente de sus banderas. Terminada esta ceremonia, se retiró el señor Morelos a su posada en el mismo orden que había venido. Todo contribuyó a dar esplendor a dicha función: el aseo de la tropa, su número, su brillante armamento, obró con entusiasmo en aquella gente popular, no acostumbrada a presenciar estas escenas, y la desengañó de que aquel ejército no era formado de centauros a alimañas, como se les había hecho creer a las viejas por los españoles, principalmente por las pastorales del señor Bergosa, obispo de Oajaca.

Día 18 de marzo (jueves). La jornada de hoy de siete leguas, es la más penosa que ha hecho el ejército hasta el paraje de la Cruz Alta, la mayor parte de loma y con algunos pedazos de bosque muy a propósito para que se ocultase el enemigo. Aunque este paraje tiene porción de jacales, los encontramos abandonados de sus dueños. Absolutamente no hay pastos sino a larga distancia, como ni tampoco agua. Reuniéronse allí muchas circunstancias para probar la constancia y valor con que nuestro ejército arrostraba los mayores contratiempos y peligros.

Día 19 de marzo (viernes). Día de regocijo por ser cumpleaños del señor Morelos. Cuando otro lo hubiera empleado en banquetes y regocijos, el general suspendió su marcha y se detuvo en este páramo solo, porque se quedaron a pie muchos soldados y cansadas 60 mulas de carga. Su trabajo en el despacho fue igual al de otros días. No permitió que se hiciesen salvas ni saludos, ni recibió otro obsequio que el sincero afecto de cuantos le rodeábamos. Su vida es una serie continuada de trabajos de toda especie; su comida un pedazo de carne fría, sentado en el suelo, y casi no descansa.

Día 22 de marzo (lunes). Hoy después de haber andado tres leguas de camino barrancoso y áspero, nos quedamos en el paraje del Tamarindo, y como los aposentadores no nos esperaban en él y es un desierto, todos nos quedamos sin comer, incluso el señor Morelos; no hubo pan ni tortillas, un añejo chicharrón de chivato fue su único manjar, y... gracias. Sin embargo, todos estuvimos alegres. En aquel punto hay buenos pastos y un fresco arroyo inmediato.

Día 26 de marzo (viernes). En la historia de nuestra revolución se pronunciarán con respeto los nombres del Veladero, Aguacatillo y Tonaltepec que están a nuestra vista, pues a ellos llegó el general Morelos cuando no contaba en su hueste más de 400 hombres, 80 armas de fuego y el resto con machetes, hondas y garrotes; y el enemigo tenía infinita mayor parte, con más de 2 mil fusiles y el resto repartido en diversos puntos ventajosos. Sin embargo, Morelos los afrontó con tan poca fuerza, resistió 33 ataques y un sitio de más de un mes en el punto llamado el Paso; y últimamente, asaltó en su mismo campo

(de los Tres Palos) al comandante Paris tomándole más de mil fusiles, su artillería, caja militar y equipajes; todo esto es admirable y casi excede los términos de la creencia. Efectivamente, 20 honderos rechazaron tras de sus trincheras a 500 enemigos; nueve hicieron frente en una loma a 700 y les quitaron una culebrina; un espía a quien sorprendieron en una vereda estrechísima a tres fuegos, se abrió paso con los estribos de su silla de montar por entre los fusiles, y eran tantos los balazos que le cruzaban, que el macho sobre que cabalgaba se paraba a cada instante sacudiendo las orejas; por fin este hombre mata a uno de un tajo de revés, y lejos de acobardarse, cuando ya se ve libre de peligro, acude encolerizado al campo de Morelos pidiéndole una escopeta para vengarse de sus enemigos. Este hombre famoso era conocido con el nombre de Pedro el Petatano: se mete en el campo enemigo con su sable, pregunta por el comandante, y no dándosele noticia por los soldados, encuentra al fin a un hombre decente que cree que es el jefe, descarga sobre él un golpe mortal, y acudiendo en su defensa varios soldados, cierran contra él y con sus golpes muere, asombrándolos con su valor, intrepidez y prodigalidad de su vida.

Pero aún es más admirable el caso ocurrido en uno de los ataques habidos en aquellos lugares. Empeñóse un tiroteo con nuestras tropas durante el sitio; hallábase un loro en la cima de una ceiba, en las orillas del río llamado del Marqués: este animalito, sin asustarse como era natural con el tiroteo, comenzó a gritar: ¡Fuego! ¡Fuego! A tales voces se reaniman los nuestros, creyendo ser aquélla voz de su comandante; entones vuelven a la carga, y creyendo los enemigos que desde lo alto se les

disparaba, se ponen en fuga. En estos lugares tuvieron sus primeros ensayos las tropas de Morelos, que le dieron tanto prestigio entre los suyos, y causó tanto terror a sus enemigos. En fin, hoy hemos andado cosa de tres leguas. Este paraje es escaso de pastos, aunque no de aguas, por cruzar inmediato el río del Marqués; en él aunque muy abajo, se cogen muchas mojarras: sus casas están destruidas por los enemigos.

Por la tarde quiso el señor Morelos ver el puerto desde un lugar acomodado, y a este fin tomó el camino de las Cruces, que es asperísimo y todo de peña viva. Como a la legua y media de distancia se encuentran vestigios de un campamento en que el enemigo tuvo cerca de 3 mil hombres, y a poco trecho, en el mismo camino, está una trinchera, desde la cual 20 hombres (honderos) hicieron retroceder a cerca de 500 que comandaba don Pedro Vélez, hoy castellano de Acapulco, logrando dar tan fuerte pedrada a uno de los principales jefes, que intimidó al resto de la tropa. También se descubre desde allí muy bien la ciudad y el castillo de Acapulco.

Día 3 de abril (sábado). En la jornada de hoy como de tres leguas para llegar al punto de los Dragos, hay dos cosas notables. La una es el árbol en cuyo pie se acostó el señor Morelos un día en que dispersos todos sus soldados y fatigado inútilmente de poderlos contener, desesperado de conseguirlo, se acostó junto a un cañón atravesado en el camino, donde durmió largo tiempo sin que le sobresaltara la inmediación del enemigo ni afligiera el abandono de los suyos. La otra es el paraje llamado de Bejuco donde acaeció una cosa igual, pues acometidos los nuestros por Carreño, gobernador de Acapulco, muerto éste, huyeron tanto los americanos como los realistas.

Día 4 de abril (domingo). Hechos los aprestos para el ataque de la ciudad de Acapulco y conmovida la tropa con la música militar, se dio principio a la acción, ocupando el costado derecho el brigadier Ávila, el izquierdo Galeana, y el centro la escolta de Morelos, al mando del coronel don Felipe González. La tropa de Galeana desalojó al enemigo del cerro de las Iguanas; González se entró hasta las primeras casas de la ciudad, despreciando los fuegos cruzados del castillo, lanchas y baluarte del hospital. Ávila ganó la Casa Mata y cerro de su situación, persiguiendo a los que la defendían hasta las orillas del poblado; el cerro, sobre la gran dificultad que había para subirlo colocado el enemigo sobre su eminencia, quedaba protegido y cubierto con anchas peñas, no sólo de los tiros de fusil, sino aun de la artillería gruesa. Hemos tenido tres muertos, e ignoramos los de los enemigos; uno de éstos cayó prisionero; tratólo el señor Morelos con mucha benignidad, y le puso en las manos la tercera intimación de rendirse para el comandante de la fortaleza, no obstante el modo incivil y bárbaro con que habían sido tratados los que llevaron las anteriores intimaciones, pues fueron aporreados, y aun las mujeres les echaron encima zacate ardiendo... ¡no fue mal refresco!

Día 7 de abril (miércoles). Hoy no se ha hecho fuego ninguno. Llegó en este día a nuestro campo doña Manuela Medina, india natural de Tasco, mujer extraordinaria a quien la junta le dio el título de capitana porque ha hecho varios servicios a la nación y acreditándose por ellos, pues ha levantado una compañía y se ha hallado en siete acciones de guerra. Hizo un viaje de más de 100 leguas por conocer al general Morelos.

Después de haberlo visto, dijo que ya moría con ese gusto aunque la despedazase una bomba de Acapulco.

Por la tarde salió el señor general a observar la Casa Mata y la vereda por donde debe atacarse a la ciudad. La casa es amplia, por dentro está forrada hasta cosa de dos varas de madera durísima; en lo interior tiene una barda de cal y canto, y haciendo en ella troneras para fusil, podría oponerse en la misma, en caso necesario, una vigorosa resistencia.

Día 9 de abril (viernes). Salió el señor Morelos a recorrer su campo, poniéndose en puntos arriesgados para enseñar a la oficialidad, a pesar de que se le oponían los que estaban cerca de su persona. Cinco balas de a 24 cruzaron a distancia de menos de tres varas de donde el general se colocó para observar los movimientos del enemigo.





SAN MARTÍN

JOSÉ MARTÍ

San Martín fue el libertador del sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey.

Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una compañía, disparándoles tiros desde un rincón del monte; al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén y le hicieron teniente coronel.

Hablaba poco, parecía de acero; miraba como un águila: nadie lo desobedecía; su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire.

En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir

con su deber? Llegó a Buenos Aires; no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería; en San Lorenzo fue su primera batalla: sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera.

En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo, el cruel, de Venezuela; Hidalgo estaba muerto; O'Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América.

Hay hombres así, que no pueden ver la esclavitud; San Martín no podía: y se fue a libertar a Chile y al Perú. En 18 días cruzó con su ejército Los Andes altísimos y fieros: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú; lo derrota para siempre en la batalla de Chabuco; liberta a Chile.

Se embarca con su tropa, y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte, en el testamento, al Perú.

Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debieron querer;

pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantes fundadores.

Esos son héroes: los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad; los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

DOS ANÉCDOTAS SOBRE SAN MARTÍN

San Martín, el viejo y glorioso soldado, conversaba un día con su hija, la señora Mercedes de Balcarce, y otras personalidades argentinas, entre las que se encontraba Sarmiento, cuando de improviso se presentó entre ellos una de sus dos nietecitas, toda deshecha en lágrimas.

—Mientras hacía el puchero —dijo la nena con angelical sencillez— para ti y mi mamá, han roto el vestido de mi muñeca; ahora no tiene ella con qué vestirse y está con mucho frío; abrígala tú con tu capa, que si no se me muere.

San Martín procuró consolarla acariciándola, pero la nena lloraba inconsolable. Entones el glorioso abuelo sacó de su cofre una medalla con cintas ya descoloridas y la entregó a la niña, diciéndole:

—Toma, mi hijita, ponle eso para que se le pase el frío.

La nena se apaciguó, y ya consolada, se fue a jugar con la medalla.

Ratos después la señora de Balcarce recogía del patio la medalla, pudiendo leer en ella esta inscripción:

“Bailén, 8 de junio de 1808”.

—Papá, dijo la señora, ¿no se ha fijado en la medalla que dio a la niña? ¡Es la condecoración que acordó a usted el gobierno de España por haber sido uno de los vencedores de Bailén!

Sonriendo con melancólica tristeza, San Martín respondió:

—Es cierto, mi querida hija; pero ¿cuál es el valor de todas estas cintas y condecoraciones si no alcanzan a detener las lágrimas de una niña?



Hallábase San Martín en el campamento de Mendoza. El edecán de servicio en la antesala de su tienda, entró un día anunciándole:

—Un oficial pregunta por el ciudadano don José de San Martín.

—Hágale usted entrar.

Entró el oficial, ratificándose en que venía a ver el ciudadano, y no al general en jefe.

—Puede usted hablar —le dijo San Martín.

—Vengo a confiarme a usted, como un hijo a su padre — balbuceó el oficial—. Soy habilitado de mi cuerpo. Ayer recibí de la Comisaría de Guerra, para socorro de los oficiales y soldados, una suma de dinero. Llevábala a su destino, cuando entré, por mi desgracia, a saludar a un oficial amigo mío que se hallaban enfermo. Varios compañeros estaban jugando a los naipes en el aposento. Me invitaron. Al principio rehusé. Luego quise tentar la suerte. Resolví jugar la pequeña suma que me corres-

pondía de la cantidad total que llevaba. Como debo al sastre y a varios proveedores, no pudiendo pagar mis deudas con esa suma, ocurrióseme que si lograba duplicarla o triplicarla, saldría de apuros. El caso es que perdí. Ofuscado por el golpe, quise reponer la pérdida; ¡juego de nuevo y vuelvo a perder!... En fin, arriesgué todo lo que llevaba, y lo perdí todo... He pasado la noche vagando por los alrededores del campamento. ¡Estoy deshonrado! ¡Ruégole, señor, que se apiade de mi situación y salve mi honor! Yo le pagaré después como pueda, aunque sea sirviéndole de criado. ¡Lo que no quiero es que se me injusticie como ladrón y llegue la noticia a mi pobre madre!...

El general San Martín le contestó después de una pausa:

—Como general estaría obligado a hacerle enjuiciar ante el Consejo de Guerra. Pero usted se ha confiado a mi lealtad y promete enmendarse...

Y tiró de una gaveta de su escritorio, sacó unas onzas de oro hasta completar la suma que el oficial le pedía, y al entregárselas le dijo:

—Vaya usted, y en el acto entregue ese dinero en la caja su cuerpo. ¡Que en su vida se vuelva a repetir un pasaje semejante! Y, sobre todo, guarde usted en el más profundo secreto el asunto de esta entrevista, porque si alguna vez el general San Martín llega a saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto le manda fusilar.





RESUMEN DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE

SIMÓN BOLÍVAR

*Usted créame, general, nadie ama la gloria tanto como yo.
Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno.
Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de usted,
hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia, le doy a usted cuanto merece.
Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruebo mucho
lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.*

(Párrafo de una carta de Bolívar a Sucre, fechada en Lima el 21 de febrero de 1825.)

El general Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, provincia de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la capital, Caracas. En el año de 1802 principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Empezada la revolución, se dedicó a esta arma y mostró desde los primeros momentos una aplicación y una inteligencia que le hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra y desde luego el general Sucre salió a campaña. Sirvió a las órdenes del ge-

neral Miranda, con distinción, en los años 11 y 12. Cuando los generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos armados, mandados por el intrépido Piar, destrozaron 8 mil españoles en tres combates en campo raso. El general Sucre era un de los que se distinguían en medio de estos héroes.

El general Sucre sirvió el E. M. G. del ejército de Oriente desde el año de 1816 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que le han distinguido tanto. Él era el alma del ejército en que servía. Él metodizaba todo, él lo dirigía todo, mas con esa modestia, con esa gracia con que hermo sea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el general Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden, y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al gobierno, le ponían a menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos

encendían los espíritus. El general Sucre quedaba en la tempestad, semejante a una roca, combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatía.

Después de la batalla de Boyacá, el general Sucre fue nombrado jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al general Briceño y al coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el general Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicaba a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fue destinado desde Bogotá a mandar la división de tropas que el gobierno de Colombia puso a sus órdenes para auxiliar a Guayaquil, que se había insurreccionado contra el gobierno español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron a Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el general Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud; el general Sucre dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi y libra así a Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El general Sucre lo conjuró, lo rechazó sin

combatirlo. Su política logró lo que sus armas no habían alcanzado. La destreza del general Sucre obtuvo un armisticio del general español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación; porque sin ella, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo a su disposición el general Sucre medios de resistencia.

El general Sucre formó, en fin, un ejército respetable durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el país, con las que recibió del gobierno de Colombia y con la división del general Santa Cruz que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos a los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el general Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado, en premio de sus servicios, general de División e intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su Libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se sublevó poco después de la capitulación que le concedió el Libertador, con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho, que acabamos

de ver con asombro, no lo era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido obligó al general Sucre a marchar contra él, a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles soldados de Colombia. El general Sucre los guiaba, y Pasto fue nuevamente reducido al deber. El general Sucre bien pronto fue destinado a una noble misión militar y diplomática cerca de este gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliarse del Perú. Apenas llegó a esta capital, cuando el gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente, para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó a ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo, con fuerza muy superiores, convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden: todo iba a sucumbir sin el jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El general Sucre tomó, a su pesar, el mando.

El Congreso, que había sido ultrajado por el presidente Riva Agüero, depuso a este magistrado luego que entró en el Callao, y autorizó al general Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar, sino obrar con decisión.

El general Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en

el mismo empeño, como que era él el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba a las puertas con fuerzas dobles; la plaza no estaba preparada para un sitio; los cuerpos de ejército que la guarnecían eran de diferentes estados, de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada; todo el mundo mandaban en aquel lugar de confusión, y al parecer, el general Sucre era responsable de todo. Él, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y el Poder Ejecutivo. Aconsejó a ambos Cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El general Sucre tenía órdenes positivas de su gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencias, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar había sido con suma repugnancia, y sólo por complacer a las autoridades peruanas, pero bien resuelto a no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fue su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del general Santa Cruz en el Alto Perú habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El general Sucre había recibido órdenes de embarcarse con 4 mil

hombres de las tropas aliadas hacia aquella parte. En efecto, dirige su marcha con 3 mil colombianos y chilenos; desembarca en el puerto de Quilca y toma la ciudad de Arequipa. Abre comunicaciones con el general Santa Cruz, que se hallaba en el Alto Perú; a pesar de no recibir demanda alguna de dicho general, de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen aquella navegación; los caballos y bagajes había costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo, todo se efectuó en pocas semanas. Ya la división del general Sucre había recibido parte del general Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte, estaba en marcha, cuando se recibió el triste anuncio de la disolución de la división peruana en las inmediaciones de, Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues indispensable mudar de plan. El general Sucre tuvo una entrevista con el general Santa Cruz en Moquegua, y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el general Sucre vino a Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, a Supe para oponerse a los planes de Riva Agüero, que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias el general Sucre instó al Libertador para que le permitiese ir a tomar el valle de Juaja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al general Canterac, que venía del sur. Riva Agüero había ofrecido cooperar a esta maniobra; mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era

dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, o más bien, que la conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El general Sucre dio en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva Agüero le había calumniado atrocemente: le suponía autor de los decretos del Congreso, el agente de la ambición del Libertador, el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardientemente al Libertador, para que no le emplee en la campaña contra Riva Agüero, ni aún como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él que siguiese como espectador y no como jefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. Él decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva Agüero y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, a los vehementes clamores del general Sucre. Él tomó en persona el mando del ejército, hasta que el general La Fuente, por su noble resolución de ahogar la traición de un jefe y la guerra civil de su patria, prendió a Riva Agüero y a sus cómplices. Entonces el general Sucre volvió a tomar el mando del ejército; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco a nada al Estado. Sin embargo, el general Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las

exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fue que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien cuanto las circunstancias lo permitían.

Sucre tuvo orden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo efectuó con el esmero que acostumbra, y dictó aquellas providencias preparatorias que debían servirnos para realizar la próxima campaña.

Cuando la traición del Callao y de Torre-Tagle llamó los enemigos a Lima, el general Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pérfidas que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador y el honor de los colombianos. El general Sucre combatió con suceso a todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar a los enemigos del Perú y de la libertad, para sostener a los buenos, para confortar a los que empezaban a desfallecer por los prestigios del error triunfante. El general Sucre escribía a sus amigos que más interés había tomado por la causa del Perú que por una que le fuese propia o perteneciese a su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados; ellos lograron retener en la causa de la patria a muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este general tomó al mismo tiempo a su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al Valle de Jauja, por encima de Los Andes helados y desiertos. El ejército recibió todos los auxilios necesarios, debidos, sin duda, tanto a los pueblos peruanos que los prestaban como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El general Sucre, después de la acción de Junín, se consagró de nuevo a la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército eran auxiliados por el mismo general: estos cuidados dieron al ejército 2 mil hombres que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos a tan piadoso servicio. Para el general Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el general del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el general Sucre desplegó todos los talentos superiores que le han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del Nuevo Mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña tiene un mérito que todavía no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de 14 años y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho

es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos y el “sagrado imperio” de la naturaleza.

El general Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada.

[*Lima, 1825*]



ÍNDICE

ESTAS LECTURAS

DISCURSO SOBRE AMÉRICA DANNER GONZÁLEZ.....	7
---	---

TEXTOS PREVIOS

LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN DANNER GONZÁLEZ.....	13
A GUIA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO JOSÉ VASCONCELOS.....	17
RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN BERNARDO J. GASTÉLUM.....	25

AMÉRICA

LAS LEYENDAS.....	31
EL CÍMBALO DE ORO ANTONIO MEDIZ BOLIO.....	33
QUETZALCÓATL.....	40
LAS HAZAÑAS DE LOS HIJOS DEL SOL ARTURO CAPDEVILA.....	46
NETZAHUALCÓYOTL SALVADOR NOVO.....	53
LA VANIDAD DE LAS COSAS HUMANAS.....	55
NINYOYLNONOTZA.....	58
EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.....	61
EL VIAJE DE COLÓN, LA PRIMERA TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO CARLOS PEREYRA.....	63
LA EMPRESA DE MAGALLANES CARLOS PEREYRA.....	73
LA CONQUISTA.....	89
VIDA DE CUAUHTÉMOC LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.....	91

SITIO DE MÉXICO LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.....	96
ANTIGUA TENOXITTLÁN ALFONSO REYES	103
EL PADRE DE LAS CASAS JOSÉ MARTÍ.....	114
LA COLONIA	119
LAS MULAS DE SU EXCELENCIA VICENTE RIVA PALACIO.....	121
EL OBISPO CHICHEÑO RICARDO PALMA.....	128
SIMÓN BOLÍVAR CARLOS PELLICER.....	134
ENTRE LIBERTADOR Y DICTADOR RICARDO PALMA.....	176
I.....	176
II.....	176
III.....	177
HIDALGO MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA	180
MORELOS GENARO GARCÍA.....	183
EL GENERAL DON JOSÉ MARÍA MORELOS SEGÚN EL “DIARIO”	
DEL LICENCIADO ROSAINS, SECRETARIO PARTICULAR DEL HÉROE.....	194
SAN MARTÍN JOSÉ MARTÍ.....	202
DOS ANÉCDOTAS SOBRE SAN MARTÍN.....	204
RESUMEN DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE SIMÓN BOLÍVAR	207

LECTURAS CLÁSICAS

AMÉRICA

se terminó en la Ciudad de México durante el mes de agosto del año 2014. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.





ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA
ISBN 978-607-401-849-3 TOMO V

Estas *Lecturas Clásicas* no podrían complementarse de mejor manera que compendiando textos de América, aunque debe afirmarse que este volumen es más bien una suerte de mapa geopolítico en la cual la memoria oral y la historia nos brindan un gran cuadro donde, por supuesto, lo latinoamericano crece. Se integran aquí poesía y prosa, géneros complementarios que sirven de crisol para una misma realidad.

Este volumen recorre un vuelo casi fugaz, se ocupa de más de 400 años, inicia con la partida de Quetzalcóatl, pasando por el descubrimiento de América y la defensa de Tenochtitlan en manos de Cuauhtémoc, continúa con la Conquista y la Colonia, donde se advierten tiempos oscuros de expoliación e injusticias en contra de los pueblos indígenas, apenas defendidos por la trémula luz humanitaria de fray Bartolomé de las Casas.

Narra las luchas libertarias valerosamente sostenidas por Hidalgo y Morelos, por Sucre y San Martín. Nos lleva también más allá del Río Magdalena, en el sueño independentista del libertador de América: Simón Bolívar. Es la carta de navegación del esplendor y la esperanza de América. Aquí la realidad y la fantasía se mecen juntas sobre una delgada línea, como un equilibrista sin miedo de caer al vacío.

Que la lectura de estos textos sirva para reafirmar nuestra fe en América y para hacer viable el gran proyecto del maestro Vasconcelos: ¡Que por nuestra raza, hable el espíritu!

DG

LECTURAS



LITERATURA